

LA CIENCIA FICCIÓN DE H. G. WELLS (I)

H. G. Wells



Nada mejor que rematar la edición de esta Biblioteca de Ciencia Ficción de Ediciones Orbis con estos dos volúmenes que reúnen los relatos de ciencia ficción mas destacados de Herbert George Wells, seleccionados de entre esos 63 relatos de su producción global. Se trata, a la vez, de un rescate, el pago de una deuda y un homenaje. Y, por supuesto, del mejor colofón que puede tener esta Biblioteca.

H.G. Wells
La Ciencia-
Ficción de
H.G. Wells I

Título original: *The short stories of H. G. Wells*

Traducción: Thema

Cubierta: Tomás C. Gilsanz

© 1927; H. G. Wells.

© 1988; Ediciones Orbis, colección Hyspamérica,
número 92.

Queda hecho el depósito que marca la Ley: 11.723.
Impreso en Argentina

ISBN 951-614-7957

Títulos originales de los relatos

· **Los Acorazados Terrestres** (The Land Ironclads, *The Strand*. Diciembre 1903)

· **La Puerta en el Muro** (The Door in the Wall, *The Daily Chronicle*. 14 Julio 1906)

· **El País de los Ciegos** (The Country of the Blind, *The Strand*. Abril 1904)

· **El Bacilo Robado** (The Stolen Bacillus, *Pall Mall Budget*. 21 junio 1894)

· **La Isla del Æpiornis** (Æpiornis Island, *Pall Mall Budget*. 27 Diciembre, 1894)

· **El Extraño Caso de los Ojos de Davidson** (The Remarkable Case of Davidson's Eyes, *Pall Mall Budget*. 28 Marzo 1895)

· **El Señor de las Dinamos** (The Lord of the Dynamos, *Pall Mall Budget*. 6 septiembre 1894)

· **La Historia de Plattner** (The Plattner Story, *The New Review*. Abril, 1896)

· **Los Argonautas del Aire** (The Argonauts of the Air, *Phil May's Annual*. Diciembre, 1895)

· **La Historia del Difunto Mister Elvesham** (The Story of the Late Mr. Elvesham, *The Idler*. Mayo, 1896)

· **En el Abismo** (In the Abyss, *Pearson's Magazine*. 1 Agosto 1896)

Introducción

Herbert George Wells: su tiempo y su obra

EN la tan bizantina como superfina polémica acerca de la paternidad de la ciencia ficción moderna, dirimida entre el francés Julio Verne y el británico Herbert George Wells (véase la introducción a La ciencia ficción de Julio Verne, en el número 89 de esta misma colección), Verne es considerado generalmente como el precursor temático del género, mientras que Wells es calificado más bien como su precursor ideológico. Verne, fiel a las constantes de culto al maquinismo y a la moda de las aventuras «científicas» que reglan en su país, inventaba el submarino, disparaba su cañón contra la Luna, viajaba a los polos, daba la vuelta al mundo e imaginaba un buque aéreo sustentado en el aire por multitud de hélices horizontales. Wells, mas sumergido en las inquietudes sociales que arrasaban en aquella época su país, se ocupó mas de las ideas: utilizó la máquina del tiempo como vehículo para examinar la degradación de la burguesía y las clases obreras en un futuro lejano; las promesas de la aviación le hicieron pensar inmediatamente en su aprovechamiento bélico; la genética significó para él la visión de la manipulación del hombre; y nuestro satélite le sirvió de cuna para el estudio de una civilización alienígena completamente distinta a la nuestra.

Bajo estas premisas, por supuesto, Julio Verne se ha convertido en el auténtico clásico de los partidarios de la hard science fiction, la ciencia ficción profundamente arraigada en la ciencia mientras que H. G Wells es el adalid de los partidarios de la ciencia ficción de ideas, de la que es un buen ejemplo (aunque no, evidentemente, el único) la new wave y toda la ciencia ficción experimental: Pero todo esto, por supuesto, son nimiedades. Excepto para los exquisitamente puristas, Verne y Wells comparten en panteones contiguos pero no antagónicos, el honor de ser los auténticos maestros iniciadores de la ciencia ficción moderna. Intentar demostrar otra cosa es querer buscar tres pies al

gato, la cuadratura del círculo y el parentesco con IBM de los robots de La guerra de las galaxias. En otras palabras, pura necedad.

El paralelismo (que no antagonismo) entre la obra de Verne y Wells, cada uno dentro de su particular dimensión, empieza en el hecho de que ambos fueron fruto de su tiempo, de su país y de su sociedad. Herbert George Wells, nacido el 21 de septiembre de 1866 en Bromley, en el condado de Kent, fue el tercer hijo de un tendero, cuyos humildes orígenes (los del padre) quedan claramente reflejados en el hecho de que, antes de establecerse, había sido jardinero y jugador de críquet, y se casó con una sirvienta. La lucha constante del padre de Wells por hacerse un sitio en la recién nacida pequeña burguesía inglesa de la segunda mitad del siglo pasado sería luego reflejada en vanas obras de su hijo, como *El amor y M. Lewisham*, *Kipps* o *Tono-Bungay*.

El padre de «Bertie», como era llamado familiarmente Wells, murió joven, y la madre tuvo que ponerse a servir en un café para mantener a la familia. En consecuencia, la juventud de Wells lo fue todo menos fácil y placentera. Al igual que sus hermanos (y que la mayor parte de los jóvenes e incluso niños ingleses de la época), tuvo que ponerse a trabajar pronto, y realizó los más diversos oficios, incluidos el de aprendiz de pañero y mancebo de botica, circunstancia que reflejaría magistralmente, junto con otros muchos detalles autobiográficos, en su novela *Tono-Bungay* (recientemente publicada en español).

En 1883 pasó a ocupar un puesto de alumno/maestro en la escuela de segunda enseñanza de Midhurst, gracias a lo cual consiguió una beca para la escuela normal de ciencias de Londres. Allí tuvo la fortuna de estudiar bajo la batuta de Thomas Henry Huxley, abuelo de Julián y Aldous Huxley, un acérrimo defensor de las teorías darvinianas y un declarado humanista científico, que influyó grandemente en todo su pensamiento posterior, y con cuyo nieto Julián (y su propio hijo) escribiría, muchos años más tarde, la obra *La ciencia de la vida* (1929). Consiguió graduarse como externo, fue nombrado lector de biología en el University Correspondence College y escribió dos libros de texto (publicados en 1893, cuando aún no había cumplido los treinta años). Pero el estrés pudo más que él, y tuvo que ser ingresado durante varios meses en un hospital.

Es ahí precisamente donde empieza su meteórica carrera literaria, a través de una serie de artículos y ensayos en diversas revistas literarias y científicas. Es curioso constatar que el más famoso de esos primeros

artículos, «*El hombre del año un millón*», describía las ideas científicas de Wells sobre el hombre de un lejano futuro. En ese artículo aparecen por primera vez las constantes de cómo verá la ciencia ficción al hombre del futuro: gran cabeza, ojos enormes, manos delicadas y un cuerpo muy reducido. Pero Wells iba más lejos y veía a esos hombres sobreviviendo a la muerte del Sol, inmersos permanentemente en líquidos nutritivos en refugios muy profundos bajo la superficie de la Tierra. Otros artículos de esa época trataban también de visiones que hoy llamaríamos prospectivas: «El advenimiento del hombre volante» lo dice todo en su título; «Una excursión al Sol» era una poética visión del sistema solar que contemplaba las tormentas solares como grandes mareas electromagnéticas; «La extinción del hombre» . planteaba la tesis de que el ser humano quizá no sea la especie más apta para sobrevivir en nuestro planeta; «Las posibles cosas vivas» examina la posibilidad de la vida basada en el silicio, en vez de en el carbono.

Y entonces se produce la entrada triunfal en el campo de la literatura. Basándose en una serie de ensayos que había elaborado en 1888 para una publicación de aficionados, Wells escribe *La máquina del tiempo* (1895), que obtiene inmediatamente un clamoroso éxito. A ella le siguen en poco tiempo: *La visita maravillosa* (1895 también), una mordaz sátira de la sociedad victoriana de su tiempo vista por los ojos críticos y despiadados de un ángel caído de los cielos; *La isla del doctor Moreau* (1896). basada en un ensayo anterior del propio Wells, «Los límites de la plasticidad»; *El nombre invisible* (1897). *La guerra de los mundos* (1898), *Cuando el durmiente despierta* (1899), *Los primeros hombres en la Luna* (1901), *El alimento de los dioses* (1904), *Una utopía moderna* (1905), *En los días del cometa* (1906). Todas esas obras son acogidas con enorme entusiasmo por un público ansioso de nuevas ideas. Todas ellas (excepto *La visita maravillosa*, que puede ser considerada como fantasía pura) serían calificadas, hoy día, como pertenecientes a la más estricta ciencia ficción.

En la primera década del nuevo siglo, sin embargo, la literatura de H. G. Wells empieza a sufrir un profundo cambio. Aunque la crítica social nunca ha dejado de estar presente en su obra, ahora empieza a abandonar el «sentido de la maravilla» presente hasta entonces y a centrar su literatura en una realidad más concreta. Sus obras se hacen más realistas, se centran en sus propias experiencias vitales, aunque siempre defendiendo causas que eran muchas veces escandalosas para la sociedad victoriana de su tiempo, como en *Ana Verónica* (1909), donde contempla con ojo crítico la situación de la mujer en la sociedad inglesa de principios de siglo, o *Los nuevos Maquiavelos* (1911), en la que aborda con una lucidez no exenta de cinismo los

problemas políticos de su tiempo.

La Primera Guerra Mundial constituye para Wells, como para tantos otros europeos, un profundo trauma. Su interés por el conflicto bélico se refleja en el hecho de que no deja de recorrer el frente, actuando como periodista y dando conferencias en defensa de la civilización y de la democracia. Como resultado de esas experiencias publicará más tarde una serie de libros sobre la guerra, cuyos títulos son suficientemente elocuentes: *Guerra y futuro*; *Italia, Francia y Gran Bretaña en la Guerra*; *La guerra que terminará con la guerra...*

Tras esa primera etapa de ciencia ficción y esa segunda etapa de novelas realistas, muchas de ellas casi autobiográficas, Wells sufre un nuevo cambio literario. Sus obras de entreguerras reflejan su gran preocupación hacia sus semejantes, juntó con un profundo y amargo sentido de la crítica. Wells empieza ya a sentirse desesperanzado con respecto a la humanidad y sus posibilidades de redención. En *Mr. Blettsworthy en la isla Rampole* (1928), por ejemplo, un hombre que ha naufragado en una isla intenta por todos los medios convertir a los supersticiosos salvajes que la habitan e inculcar en sus mentes un poco de sentido común, pero no consigue vencer sus crueles y estúpidas costumbres tribales; el rizo final de la obra surge cuando el protagonista se da cuenta de que durante toda la novela ha estado delirando, que no existen sus salvajes, y que la isla de Rampole es en realidad Nueva York. En *El fuego eterno*, una revisión del libro de Job trasladada a la Inglaterra contemporánea de Wells, el agonizante héroe wellsiano es reconfortado en sus amarguras por diversos filósofos sociales.

Ese segundo libro señala ya el camino que emprenderá la futura carrera literaria de Wells. Cada vez más interesado por la sociología, Wells abandona poco a poco la literatura y regresa a sus orígenes, el ensayo. En esa época se recluye en su propiedad de Bastón Globe, en Dummond, Essex, y escribe dos de sus obras capitales: *El trabajo, la riqueza y la felicidad de la humanidad* (1931) y su secuela, una ficción especulativa, medio narración, medio ensayo (de la que saldría posteriormente el famoso guión de la película de William Garrierson Menzies), *La forma de las cosas que han de venir* (1933). Junto con estas obras capitales, Wells escribe una serie de obras menores, mientras sigue atormentado por visiones cada vez más mesiánicas en las que se ve como oráculo de la humanidad. Escribe también su *Autobiografía* (1934), cuya sinceridad es considerada brutalmente escandalosa, y una serie de ensayos socio-filosóficos, de los que habían sido heraldos varias obras anteriores, como *El esquema de la historia*

(1920) y *El salvamento de la civilización* (1921), pero ahora mucho más pesimistas: *El destino del Homo sapiens* (1939), *El nuevo orden del mundo* (1939), *La conquista del tiempo* (1942). Su última obra, publicada en pleno caos de la Segunda Guerra Mundial, es una fantasía literaria que parece querer cerrar de forma definitiva la opinión de los últimos años de Wells sobre el hombre, la historia y Dios: *Todos a bordo hacia Ararat* (1941) es una pesimista fantasía en la cual Dios le pide a un nuevo Noé que construya una segunda Arca. Noé acepta, pero pone una condición: esta vez debe ser Dios quien se embarque en ella como pasajero, dejando libres a los hombres para que se ocupen de su propio destino.

Aquejado por la tuberculosis y la diabetes, Wells se retira los últimos años de su vida en su casa de Londres, soportando los postreros coletazos de la guerra. Apenas sobrevivirá a ella: morirá el 13 de agosto de 1946, sin ver cumplidos sus anhelos de libertad y justicia social y derrotado en su fe en el futuro de la humanidad.

Es curioso constatar que, aunque Wells pareció «renegar» de la ciencia ficción que le había proporcionado sus primeros éxitos apenas hubo consolidado su fama literaria (si bien nunca renunció a la fantasía, que no deja de aparecer a lo largo de toda su obra), y aunque ninguna de sus obras posteriores a 1910 pueden compararse en ese sentido a las anteriores, son precisamente sus primeras novelas, sus obras más estrictamente de ciencia ficción, las que más han perdurado a nivel popular. Es cierto que el conjunto de su obra sigue editándose y leyéndose en todos los idiomas; pero el público de sus obras sociales es mucho más restringido que el de sus primeras fantasías. Si su nombre se conoce mundialmente en la actualidad, es más por *La máquina del tiempo* o por *El hombre invisible* que por *Kipps* o por *Ana Verónica*, para citar unos ejemplos, pese a ser todas ellas obras estimables literariamente.

Del mismo modo también, aunque Wells es conocido principalmente por sus novelas (y quienes no las hayan leído, que indudablemente son aún muchos, sí han visto algunos de los numerosos filmes que sobre ellas se han realizado), donde con mayor intensidad surge la gran fantasía de H. G. Wells, más aún que en sus novelas, es en sus relatos cortos. Casi todos ellos fueron escritos en la primera época de su carrera: después de la Primera Guerra Mundial se dedicarla casi exclusivamente (aparte su labor periodística) a la novela, y en la última época de su vida al ensayo y a la obra monumental. Pero es en el frescor de sus primeras obras cortas, libre todavía de su pesimismo y del trascendentalismo que permeó la última etapa de su vida, donde

surgen todas las grandes ideas fantásticas de Wells.

En total, Wells publicó (censados) 63 relatos cortos, que forman la monumental obra *The Short Stories of H. G. Wells*, un volumen de 1148 páginas publicado en Londres en 1927. La mayor parte de ellos corresponden al género de ciencia ficción y fantasía, y contienen joyas tan universales como «*Los acorazados terrestres*», donde anticipa por primera vez el uso de los tanques en la guerra; «*El bacilo robado*», sobre la contaminación intencionada de las aguas potables; «*La estrella*», uno de los primeros relatos de ciencia ficción sobre el desastre provocado por el choque con un meteorito; «*El nuevo acelerador*», «*El señor de las dinamos*», el relato prehistórico «*Una raza aterradora*», «*El país de los ciegos*»... y tantos otros relatos donde la imaginación de Wells se mezcla con un profundo sentido de la ciencia y la realidad científica y de la filosofía y la realidad humana. Sin embargo, es curioso constatar que la mayor parte de esos relatos, que constituyen cada uno una joya en sí mismo, aunque conocidos de oídas por muchos lectores, apenas han sido publicados en español, excepto de una forma muy dispersa y aislada, en los últimos treinta años. Pese a que constituyen uno de los puntales de la obra wellsiana, junto con sus inmortales *La máquina del tiempo*, *El hombre invisible* y *La guerra de los mundos*.

Nada mejor, pues, que rematar la edición de esta Biblioteca de Ciencia Ficción de Ediciones Orbis con estos dos volúmenes que reúnen los relatos de ciencia ficción mas destacados de Herbert George Wells, seleccionados de entre esos 63 relatos de su producción global. Se trata, a la vez, de un rescate, el pago de una deuda y un homenaje. Y, por supuesto, del mejor colofón que puede tener esta Biblioteca.

DOMINGO SANTOS

Los acorazados terrestres

Capítulo 1

EL joven teniente estaba cuerpo a tierra al lado del corresponsal de guerra, admirando con los prismáticos la idílica calma de las líneas enemigas.

—Lo único que puedo ver —dijo finalmente— es un hombre.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el corresponsal de guerra.

—Mirarnos con los prismáticos —respondió el joven teniente.

—¡Y esto es la guerra!

—No —dijo el teniente—, es Bloch.

—El juego está empatado.

—¡No! Tienen que ganar o si no perderán. Un empate es una victoria para nosotros.

Habían discutido sobre la situación política alrededor de unas cincuenta veces y el corresponsal de guerra ya estaba hartado. Estiró los brazos.

—¡Yooo supongo que así será! —bostezó.

¡Fuuuuu!

—¿Qué ha sido eso?

—Nos han disparado.

El corresponsal de guerra se deslizó hacia una posición ligeramente más baja.

—¡Nadie le dispara a él! —se quejó.

—Supongo que quieren aburrirnos para que volvamos a casa.

El corresponsal de guerra no respondió.

—Está la cosecha, por supuesto..

Llevaban un mes allí. Después de los primeros movimientos enérgicos, después de la declaración de guerra, las cosas habían ido cada vez más despacio, hasta que pareció que toda la maquinaria de los acontecimientos se había detenido. Para empezar, tuvieron un momento casi de fuga, el invasor había cruzado la frontera, justo al empezar la guerra, formando media docena de columnas paralelas tras una nube de ciclistas y caballería, que daban la impresión general de dirigirse directamente hacia la capital. La caballería de los defensores les hizo retroceder, acribillándoles y forzándoles a abrirse, a flanquear; después se desplazaron hacia una posición próxima con un estilo más tradicional, donde permanecieron un par de días hasta que, una tarde, izas!, se encontraron al invasor frente a sus líneas dispuestas para la defensa. No había sufrido tanto daño como se esperaba: al parecer volvía con los ojos abiertos, con sus exploradores cargados de armas, y acampó sin ofrecer el menor atisbo de ataque y comenzó a excavar trincheras como si tuviera la intención de quedarse allí hasta el final de los tiempos. Era lento, pero mucho más cauto de lo que esperaba el resto del mundo; mantenía ocultos a los convoyes y escudaba a su cauta infantería lo suficientemente bien como para prevenir cualquier ataque poderoso del adversario.

—Pero deberían atacar —insistió el joven teniente.

—Nos atacarán al amanecer, en algún lugar de las líneas. Tendrá las bayonetas en las trincheras en cuanto haya visibilidad —decía el corresponsal de guerra desde hacía una semana.

El joven teniente le hizo un guiño al oír aquello.

Una mañana, temprano, los hombres que enviaron los defensores para que cubrieran unos quinientos metros por delante de las trincheras con la idea de vaciar los cargadores ante cualquier ataque nocturno inesperado, causaron un pánico injustificado al disparar a la nada durante diez minutos. El corresponsal de guerra entendió el

significado de ese guiño.

—¿Qué haría usted si fuera el enemigo? —preguntó de repente el corresponsal de guerra.

—¿Si tuviera los mismos hombres que tengo ahora?

—Sí.

—Tomar esas trincheras.

—¿Cómo?

—¡Oh..., con una treta! Me arrastraría hacia la mitad del camino, por la noche, antes de que saliera la luna y allí establecería el contacto con los muchachos .que hemos enviado. Les dispararía si intentaran moverse y a la luz del día les cazaría. Me aprendería de memoria esa zona del terreno, tumbado todo el día en los hoyos, escondido, y por la noche iría avanzando. Hay un espacio allí, un terreno desigual, por donde podrían cruzar para disminuir la distancia fácilmente. En una noche, más o menos. Sería un mero juego para nuestros muchachos; es para lo que han sido entrenados... ¿Armas? Ni la metralleta ni ese tipo de cosas detendría a los buenos hombres que quieren acción.

—¿Por qué no lo hacen ellos?

—Sus hombres no son lo suficientemente brutos, ésa es la cuestión. Son una pandilla de enclenques hombres de ciudad, y ahí radica el asunto. Son oficinistas, empleados de fábrica, estudiantes..., hombres civilizados. Saben escribir, hablar bien, hacer todo tipo de cosas, pero en la guerra son pobres aficionados. No tienen la fuerza física necesaria y eso es todo. Nunca en su vida han dormido una noche al raso; nunca han bebido otra cosa que no sea agua pura; nunca han comido menos de tres comidas al día desde que dejaron el biberón. La mitad de su caballería no había montado sobre un caballo hasta que se alistaron hace seis meses. Montan a caballo como si fueran en bicicleta, ¿les ha visto? Son unos inútiles en este juego y lo saben. Nuestros chicos de catorce años pueden dar lecciones a esos hombres maduros... Muy bien...

El corresponsal de guerra cavilaba con la nariz entre los nudillos.

—Si una civilización decente —dijo— no puede producir hombres mejores para la guerra que... —se detuvo por cortesía cuando ya era tarde—. Lo que quiero decir..

—Que nuestra vida al aire libre —completó el joven teniente.

—¡Exacto! —dijo el corresponsal de guerra—. Entonces la civilización tiene que detenerse.

—Eso parece —admitió el teniente.

—La civilización tiene la ciencia, ya sabe —dijo el corresponsal—. Ha inventado y fabricado los rifles, las armas y todo lo que utilizamos.

—Que nuestros saludables cazadores y campesinos, y nuestros desaliñados y pendencieros vaqueros y nuestros azotadores de negros pueden usar diez veces mejor que... ¿Qué es eso?

—¿El qué? —dijo el corresponsal de guerra, y al ver que su compañero estaba atareado con sus prismáticos, sacó los suyos—. ¿Dónde? —preguntó mirando hacia las líneas enemigas.

—No es nada —dijo el teniente, todavía observando.

—¿Qué es «nada»?

El joven teniente bajó sus prismáticos y señaló.

—Me pareció ver algo allí, detrás de los troncos de aquellos árboles. Algo negro. Pero no sé qué era.

El corresponsal de guerra intentó escudriñar el lugar.

—No ha sido nada —dijo el joven teniente, volviéndose para observar el cielo de la tarde que oscurecía, añadió: —Ya no volverá a haber nada más para nosotros, a menos que...

El corresponsal de guerra le miró interrogativamente.

—Deben de tener problemas de estómago o algo así... Al vivir sin las letrinas adecuadas...

Desde las tiendas de atrás llegó el sonido de unas cornetas. El corresponsal de guerra se deslizó hacia atrás por la arena y se puso en pie. «¡Bum!» se oyó a lo lejos, por la izquierda.

—¡Hala! —dijo, dudó y volvió a agacharse para volver a mirar con curiosidad—. Disparar a estas horas es de mala educación.

El joven teniente permaneció un rato en silencio. Después volvió a

señalar al lejano grupo de árboles.

—Uno de nuestros cañones pesados. Estaban disparando a aquello —dijo.

—¿A lo que era «nada»?

—De todos modos, a algo que está por ahí.

Ambos se quedaron callados, mirando por sus prismáticos durante un rato.

—Justo al atardecer —se quejó el teniente, y se levantó.

—Podría quedarme aquí un rato —dijo el corresponsal

El teniente negó con la cabeza.

—No hay nada más que ver.

Se disculpó y bajó hacia la trinchera donde su pequeño pelotón de ágiles soldados bronceados por el sol estaban charlando. El corresponsal de guerra también se levantó, miró un momento hacia la animación laboriosa que había debajo de él, volvió a dirigir su mirada durante unos veinte segundos hacia los enigmáticos árboles y después volvió la cara hacia el campamento.

Se preguntó si su editor consideraría demasiado trivial para el consumo público la historia de que alguien pensaba que había visto algo negro tras un grupo de árboles y de que luego se disparó un tiro contra aquella ilusión.

«Es el único atisbo de interés —pensó el corresponsal— en diez días. No —se dijo rápidamente—, escribiré otro artículo: "¿Se ha acabado la guerra?".»

Examinó la perspectiva de las líneas que se iban oscureciendo, el entramado de trincheras, una tras otra, dominándose entre sí, según había dispuesto la defensa. Las sombras y las neblinas difuminaban los contornos que quedaban y una linterna brillaba aquí y allá, y había grupos esporádicos de hombres reunidos alrededor de pequeñas hogueras.

«Ninguna tropa del mundo podría hacerlo», se dijo.

Estaba deprimido. Creía que en la vida había otras cosas mejores que la eficacia en la guerra; creía que en el corazón de la civilización, pese a todas sus tensiones, su abrumadora concentración de fuerzas, su injusticia y su sufrimiento, había algo que podría ser la esperanza del mundo; y a su civilizado espíritu le atormentaba la idea de que cualquier pueblo que viviera al aire libre, siempre cazando, perdiendo el contacto con los libros, el arte y todas esas cosas que hacen que la vida sea más intensa, tuviera la esperanza de resistir y malograr esa gran evolución hasta final de los tiempos.

Coincidiendo con sus pensamientos llegó una columna de soldados defensores y pasaron junto a él bajo el destello de una lámpara oscilante que marcaba el camino.

Miró sus caras rojas e iluminadas y se detuvo en una de ellas un instante, era una cara común entre las filas de defensores: nariz deformada, labios sensuales, ojos brillantes y claros llenos de astuta atención, sombrero caído inclinado hacia un lado y adornado con una pluma de pavo real del rústico don Juan convertido en soldado, piel curtida y oscura, complexión fuerte, paso largo e incansable y pericia en coger el rifle.

El corresponsal de guerra respondió a los saludos y siguió con lo suyo.

—Brutos —susurró—. Brutos astutos y primitivos. ¡Y ellos van a batir a los hombres de ciudad en el juego de la guerra!

Desde el destello rojo que provenía de entre las tiendas más cercanas llegaron primero una y después media docena de voces, vociferando al unísono con voz lenta y cansina las palabras de un fragmento de una canción particularmente patriótica y sentimental.

—¡Oh, dejémoslo! —murmuró el corresponsal de guerra con amargura.

Capítulo 2

LA batalla empezó delante de las trincheras llamadas la Cabaña de Hackbone. Allí el suelo se extendía amplio y llano entre las líneas, sin dejar apenas refugio para un lagarto, y a los hombres sobresaltados y recién despertados que se lanzaban hacia las trincheras, les parecía que aquello era una prueba más de la inexperiencia del enemigo de la que tanto habían oído hablar. ,Al principio, el corresponsal de guerra no podía creer lo que oía y habría jurado que el pintor de temas de guerra y él, todavía medio dormido e intentando ponerse las botas a la luz de una cerilla que sostenía con la mano, eran las víctimas de la misma ilusión. Entonces, después de sumergir su cabeza en un cubo de agua fría, recuperó la inteligencia mientras se secaba. Escuchó.

—¡Caramba! —exclamó—. Esta vez es algo más que disparos para asustar. Es como si pasaran mil carros sobre un puente de hojalata. — El estrépito continuo aumentó de repente—. ¡Ametralladoras! —Y después: —¡Cañones!

El pintor, con una sola bota puesta, quiso mirar la hora y fue a buscar su reloj dando saltos.

—Ha pasado media hora desde el amanecer —dijo—. Tenía razón acerca de su ataque, después de todo...

El corresponsal de guerra salió de la tienda mientras comprobaba que llevaba chocolate en el bolsillo. Tuvo que detenerse un instante hasta que sus ojos se acostumbraron un poco a la oscuridad.

—¡Dios! —exclamó.

Se quedó quieto un momento para habituar la vista antes de dirigirse hacia un oscuro hueco que había entre las tiendas adyacentes. El

pintor salió tras él y tropezó con la cuerda de una tienda. Eran las dos y media de la madrugada más oscura desde hacía tiempo y el enemigo enfocaba sus reflectores hacia un cielo de seda negra.

—Están intentando deslumbrar a nuestros fusileros —dijo el corresponsal de guerra bajo un resplandor, esperó al pintor y después salió de nuevo con una especie de prisa prudente—. ¡Vaya! —exclamó—. ¡Demonios!

Se detuvieron.

—Son esos malditos reflectores —dijo el corresponsal de guerra.

Vieron linternas que iban y venían, cerca de allí, y hombres que marchaban por las trincheras. Les siguieron y entonces los ojos del pintor ya se adaptaron a la oscuridad.

—Si trepamos por aquí —dijo—, que no es más que una zanja, llegaremos arriba directamente.

Eso hicieron. Las luces iban y venían por las tiendas de atrás mientras los hombres se escapaban y, una y otra vez, salían a campo abierto, tropezaban y se tambaleaban. Pero en poco tiempo llegaron arriba. Algo que sonó como el impacto de un tremendo accidente ferroviario explotó en el aire, sobre ellos, y la metralla les cayó encima como un repentino puñado de granizo.

—¡Arriba! —gritó el corresponsal y pronto se dieron cuenta de que habían llegado a la parte alta y allí se quedaron, en medio de un mundo de intensa oscuridad y frenéticos destellos, cuya única realidad era el ruido.

A derecha e izquierda, por todos lados, rugía el fragor de la batalla, el polvorín de todo un ejército, primero caótico y monstruoso, y después prolongado por pequeños resplandores y destellos y vislumbres que empezaban a tomar forma. Al corresponsal de guerra, le pareció que el enemigo atacaba en línea y con toda su fuerza, en cuyo caso iba a ser o ya había sido aniquilado.

—Muerte al amanecer —dijo, con su instinto para los titulares. Se lo dijo para sí mismo, pero, después transmitió en voz alta una idea al pintor: —Lo habrán querido hacer por sorpresa.

Resultaba extraordinario cómo continuaba el fuego. Después de un rato empezó a percibir una especie de ritmo en aquel ruido infernal.

Después disminuyó perceptiblemente, casi hasta parecer una pausa, una pausa inquisitiva. «¿Todavía no estáis todos muertos?», parecía decir la pausa.

La línea parpadeante que conformaban los destellos de los rifles se iba atenuando y se rompió y los cañonazos de las enormes armas del enemigo que se encontraban a tres kilómetros de distancia parecían salir de las profundidades. Entonces, de repente, tanto por este como por el oeste, algo sobresaltó a los rifles que reanudaron frenéticamente sus estampidos.

El corresponsal de guerra se exprimió el cerebro para sacar alguna teoría que explicara aquel conflicto de repente, se dio cuenta que él y el pintor estaban tensamente iluminados. Pudo ver la cima en la que se encontraban y ante ellos el negro perfil de la fila de fusileros, que se apresuraban hacia las trincheras más cercanas. Se observaba una lluvia de luces y, a lo lejos, hacia el enemigo, había un claro con hombres —¿Nuestros hombres?— que lo atravesaban corriendo y en desorden. Vio que uno de esos hombres alzaba sus manos y caía. Algo más, negro y brillante, apareció en el borde de los destellos luminosos; y detrás de todo esto, a lo lejos, se veía la calma y un ojo blanco que contemplaba el mundo. «Juit, juit, juit», se oía silbar en el aire, después el pintor salió corriendo para cubrirse, seguido por el corresponsal de guerra. Un estallido de metralla explotó tan cerca como había parecido y nuestros dos hombres se echaron cuerpo a tierra, en una depresión del terreno y la luz y todo se había detenido de nuevo, dejando un enorme signo de interrogación en la noche.

El corresponsal de guerra salió gritando con rabia.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¡Están abatiendo a nuestros hombres!

—Negro —dijo el pintor— y parecido a un fuerte. A una distancia que no llega a los doscientos metros desde la primera trinchera. —Buscó comparaciones en su mente—. Algo entre un blocao grande y un plato gigante.

—¡Y corrían! —dijo el corresponsal de guerra.

—Usted también habría corrido si algo así, ayudado por un reflector, se convirtiera en una pesadilla que le persiguiese en mitad de la noche.

Treparon hacia lo que dedujeron que era el borde de la hondonada y se tumbaron observando la insondable oscuridad. Durante un rato no

podieron distinguir nada y, después, una repentina convergencia de los reflectores, procedentes de ambos lados, hizo aparecer de nuevo aquella extraña cosa.

En aquella trémula palidez tenía el aspecto de un insecto enorme, torpe y negro, un insecto del tamaño de un acorazado, reptando oblicuamente hacia la primera línea de trincheras y disparando por sus portillas laterales. En su coraza debían de impactar las balas con más fuerza que la intensa violencia del granizo cuando cae sobre un techo de hojalata.

Entonces, en un parpadeo, volvió a caer el telón de la oscuridad y el monstruo desapareció, pero el ruido creciente de la fusilería anunciaba su aproximación hacia las trincheras.

Comenzaban a hablar entre ellos sobre todo aquello cuando un balazo salpicó la cara del pintor y decidieron dirigirse hacia abajo cuanto antes, hacia la protección de las trincheras. Llegaron a la segunda línea discretamente, antes de que el amanecer hubiera despuntado lo bastante como para permitir ver algo. Se vieron envueltos en una multitud expectante de fusileros que discutía a gritos qué iba a pasar. Parecía que la estrategia del enemigo se había concentrado en eliminar a los hombres de primera línea, pero no creían que continuara siendo así.

—Cuando llegue el día, haremos prisioneros a la mayoría de ellos —dijo un soldado fornido.

—¿A ellos? —preguntó el corresponsal de guerra.

—Dicen que han formado una fila regular y que avanzan a lo largo de nuestras líneas de frente... ¿A quién le importa?

La oscuridad desaparecía tan imperceptiblemente que todavía no se podía afirmar que se podía ver. Las luces de los reflectores dejaron de moverse de acá para allá, los monstruos del enemigo eran inciertas manchas de oscuridad en la oscuridad que no duraron mucho en ser inciertas pues empezaban a ser distinguibles. El corresponsal de guerra, con la mente ausente y mordisqueando chocolate, contempló, finalmente, el campo de batalla bajo el triste cielo, cuyo foco central era una serie de catorce o quince enormes y burdas siluetas que permanecían, en perspectiva, en el borde de la primera línea de trincheras, a intervalos de unos trescientos metros y, evidentemente, disparando contra la multitud de fusileros. Estaban tan cerca que los disparos de los defensores habían cesado y sólo estaba en acción la

primera línea de las trincheras.

La segunda línea dirigía a la primera y, mientras la luz iba aumentando, el corresponsal de guerra pudo divisar a los fusileros que luchaban contra esos monstruos, agachados en grupos y apelotonados tras los taludes transversales que cruzaban las trincheras, con objeto de prevenir alguna posible enfilada. Las trincheras que estaban cerca de las grandes máquinas estaban vacías, excepto por los desoladores restos de hombres muertos y heridos; los defensores se dirigieron hacia derecha e izquierda en cuanto la proa del acorazado subió hacia la parte delantera de la trinchera. El corresponsal de guerra miró con sus prismáticos e, inmediatamente, se convirtió en el centro de atención para los soldados que estaban a su alrededor.

Querían mirar, preguntaban, y, después de que anunciara que los hombres que cruzaban las zonas transversales parecían incapaces de avanzar o de retirarse y que estaban agachados a cubierto en vez de estar luchando, creyó oportuno dejar sus prismáticos a un cabo robusto e incrédulo. Oyó una voz estridente y detrás de él se encontró con un soldado delgado y cetrino que hablaba con el pintor.

—Allí hay muchachos que han sido capturados —decía el hombre—. Si se retiran quedarán expuestos y el fuego es demasiado directo...

—No disparan mucho, pero cada tiro es un acierto.

—¿Quiénes?

—Los muchachos que van en esa cosa. Los hombres que se acercan...

—¿Acercándose a dónde?

—Les evacuamos de las trincheras que podemos. Nuestros muchachos vuelven en zigzag... No dejan de disparar.. Pero cuando lo tengamos claro llegará nuestro turno. ¡Mejor dicho! Esas cosas no podrán ni cruzar ni entrar en una trinchera; y antes de que puedan retirarse, nuestras armas les habrán aplastado. Les habrán aplastado, ¿sabe? — Le brillaba la mirada—. Después atacaremos a esos miserables de su interior...

El corresponsal de guerra se quedó pensando un instante, intentado imaginarse la idea. Después se dispuso a recuperar los prismáticos que había dejado al cabo corpulento...

La luz del día se hacía más intensa. Las nubes se levantaban y un

destello amarillento entre las masas de nubes que se elevaban hacia el este desveló el amanecer. Volvió a mirar hacia el acorazado terrestre. Al verlo en el desolado y gris amanecer situado oblicuamente sobre la ladera, al borde de la primera trinchera, le vino a la cabeza la imagen de un barco embarrancado. Debía de medir entre veinticinco y treinta metros de estaba a una distancia de unos doscientos cincuenta metros, su altura sería de unos tres metros; contaba con un complejo diseño bajo los aleros de su ano caparazón de tortuga. Ese diseño estaba formado por un entramado de portillas, cañones de rifle y tubos de telescopios —falsos y reales— que no se podían distinguir los unos de los otros. El artefacto se había dispuesto en una posición adecuada para enfilar la trinchera, que, por lo que él vio, estaba vacía, excepto por dos o tres grupos de hombres agachados y los muertos. Detrás, a través de la llanura, había marcado la hierba con un rastro de señales encadenadas, como marcas que dejan los animales marinos sobre la arena. A derecha e izquierda de ese rastro se dispersaban muertos y heridos, los hombres que fueron muertos a tiros cuando huían de sus posiciones avanzadas bajo la luz de los reflectores de las líneas invasoras. Ahora permanecía asomando un tanto la caza sobre la trinchera, como si fuera una criatura inteligente planeando la próxima fase de su ataque. Bajó lo prismáticos y entendió mejor la situación.

Aquellas criaturas de la noche habían ganado claramente la primera línea de trincheras y la lucha se había detenido. En la creciente luz pudo distinguir por casualidad que los tiradores defensores permanecían echados a ras del suelo en la segunda y tercera líneas de trincheras, hacia las alturas inferiores de la posición y en los zigzags que les daban la oportunidad de abrir fuego cruzado. Los hombres que estaban cerca de él hablaban de cañones.

—Estamos en la línea de tiro de la artillería pesada de la cima, pero cambiarán alguna de posición para acribillarlos —dijo el hombre delgado con confianza.

—Humm... —dijo el cabo.

«¡Bang!, ¡bang!, ¡bang! ¡Brrrrrr!» Fue una especie de sobresalto nervioso y todos los rifles se dispararon solos. El corresponsal de guerra se encontró junto al pintor, dos hombres inútiles agachados tras una línea de espaldas absortas, o de hombres laboriosos vaciando sus cargadores. El monstruo se había movido. Y seguía moviéndose a pesar del granizo que marcaba su piel con nuevas y brillantes esquirlas de plomo. Iba cantando una cancioncilla mecánica, «tuf-tuf, tuf-tuf, tuf-tuf», y expulsaba pequeños chorros de vapor por la parte de atrás. Se arrastraba hacia arriba como una lapa; elevó su cubierta mostrando

su longitud, la de sus pies. Eran unos pies anchos y rechonchos con formas de botones y nudos, unas cosas planas y anchas, parecidas a las patas de los elefantes o de las orugas; después, cuando la cubierta se elevó aún más, el corresponsal de guerra, volviendo a inspeccionar la cosa con sus prismáticos, vio que esos pies colgaban, según parecía, de los bordes de las ruedas. Su mente se trasladó a la calle Victoria, en Westminster, y se vio a sí mismo en los floridos tiempos de paz, buscando algún asunto para una entrevista.

—Señor.. Señor Diplock —dijo—; y él les llamaba Pedrails... ¡Imagínese encontrárselos aquí!

El tirador que estaba a su lado levantó la cabeza y los hombros con una postura calculadora para disparar más acertadamente, parecía muy normal asumir que la atención del monstruo tenía que estar ocupada con la trinchera que tenía delante, y, de pronto, fue derribado hacia atrás por una bala que le atravesó el cuello. Sus pies se alzaron y desapareció del margen del campo de visión del observador. El corresponsal de guerra se arrastró con más fuerza, pero después de echar un vistazo tras él, hacia una pequeña y desagradable confusión, recobró sus prismáticos, ya que esa cosa estaba poniendo sus pies en el suelo, uno tras otro, y se elevaba cada vez más sobre la trinchera. Sólo una bala en su cabeza podría haberle hecho dejar de mirar.

El hombre delgado de la voz estridente dejó de disparar para volverse y repetir su punto de vista.

—Quizá no puedan pasar —gritó—. Ellos...

«¡Bang!, ¡bang!, ¡bang!, ibang!», resonó por todas partes.

Aquel hombre siguió diciendo una o dos palabras más, después lo dejó, negó con su cabeza para reforzar la imposibilidad de que nada pudiera cruzar una trinchera como la que tenían allí abajo y volvió a su tarea.

Mientras tanto, la enorme cosa seguía avanzando. Cuando el corresponsal de guerra volvió a mirar por los prismáticos, ya cruzaba la trinchera, y sus curiosos lúes removían la loma más cercana con la intención de 'quedarse allí. Se afianzó. Siguió arrastrándose hasta que la mayor parte de la masa mayor pasó sobre la trinchera y la atravesó entera. Entonces se detuvo un Instante, ajustó su cubierta más cerca del suelo, soltó un inquietante «¡tut, tut!» y avanzó de repente a un ritmo de unos diez kilómetros por hora, recto por la suave vertiente,

hacia nuestro observador.

El corresponsal de guerra se levantó apoyándose en el codo y miró al pintor con una expresión de interrogación natural.

Durante un momento, los hombres que estaban cerca de él volvieron a sus posiciones y abrieron fuego furiosamente. Entonces, el hombre delgado se deslizó hacia atrás con un movimiento precipitado y el corresponsal le dijo al pintor:

—¡Venga! —y le condujo a lo largo de la trinchera.

Al llegar abajo, la visión de la ladera de la trinchera, ocupada por una docena de enormes cucarachas, desapareció por unos instantes y en su lugar podía verse un estrecho pasaje, atestado de hombres, la mayoría de ellos retrocediendo, aunque uno o dos se volvían o se detenían. Nunca se dio la vuelta para ver cómo se arrastraba la nariz del monstruo por el borde de la trinchera; ni siquiera se preocupó por mantener el contacto con el pintor. Oyó el silbido de las balas a su alrededor y vio a un hombre delante de él que tropezaba y se caía y, después, se vio inmerso en el furioso tumulto que luchaba para entrar en una zanja transversal en zigzag que permitía a los defensores cubrirse por arriba y abajo de la colina. Era como si hubiese pánico en un teatro. Dedujo, por señales y palabras sueltas, que en la parte delantera otro de esos monstruos también había ganado la segunda trinchera.

Por un instante, perdió el interés por el curso general de la batalla; se convirtió en un modesto egoísta de circunspección apresurada que buscaba la retaguardia más alejada, en medio de una dispersa multitud de desconcertados fusileros atareados en lo mismo. Gateó a través de las trincheras, se armó de valor y salió corriendo a campo abierto, tuvo momentos de pánico cuando parecía una locura no ir a cuatro patas, y momentos de vergüenza cuando se ponía en pie y se encaraba para ver cómo iba la batalla. Él fue uno de los miles de hombres que hicieron lo mismo aquella mañana. Se detuvo en el lomo de la colina, en un grupo de matorrales, y, durante unos minutos, casi parecía dispuesto a quedarse para ver cómo acababa todo.

Ya era pleno día. El cielo gris se había convertido en azul y de todas las masas nubosas del amanecer sólo quedaban unos jirones aborregados que se iban desvaneciendo. El mundo, abajo, era brillante y singularmente claro. La cumbre, quizá, no se elevaba a más de unos treinta metros por encima de la llanura, pero en esa región plana ya era suficiente ofrecer una amplia panorámica. A lo lejos, por la parte

norte de la cima, se veían, pequeños y lejanos, los campamentos, los carros alineados, todo el engranaje de un gran ejército; con oficiales galopando y hombres haciendo cosas sin sentido. Sin embargo, aquí y allá se veían los hombres que iban cayendo y la caballería que se alineaban en la planicie, más allá de las tiendas. La multitud de hombres que había estado en las trincheras seguía hacia la retaguardia, dispersándose, como un rebaño sin pastor, por las laderas más alejadas. Por todos lados se veían pequeños grupos que intentaban esperar y realizar alguna confusa acción; pero el movimiento general quedaba lejos de cualquier concentración. En la zona sur había un elaborado encaje de trincheras y defensas, atravesadas por las tortugas de hierro, catorce de las cuales se extendían lo largo de una fila de unos cinco kilómetros, que desplazaban a la velocidad del trote de un hombre destruyendo y eliminando cualquier núcleo de resistencia. Aquí y allá, pequeños grupos de hombres que habían sido superados y que no podían huir mostraban la bandera blanca, mientras que la infantería de ciclistas avanzaba, ahora a través de campo abierto, en orden abierto, pero sin ser molestados, para completar trabajo de aquellas máquinas. Examinándolo todo, los defensores ya parecían un ejército derrotado. Un mecanismo que había sido acorazado contra las balas con efectividad, que podía cruzar como si nada una trinchera de nueve metros y que parecía poder disparar con una precisión absoluta, era capaz de vencer cualquier cosa excepto ríos, precipicios y la artillería.

Miró su reloj.

—¡Las cuatro y media! ¡Dios mío! Cuántas cosas pueden pasar en dos horas. Ahí está todo nuestro bendito ejército derrotado, a las dos y media... ¡Y hasta ahora nuestros malditos patanes no han conseguido nada con la artillería!

A través de sus prismáticos recorrió con la mirada la cima, a derecha e izquierda. Se volvió de nuevo hacia el acorazado más cercano, que avanzaba en diagonal hacia él a una distancia que no llegaba a los trescientos metros, después observó el terreno por el que tenía que retirarse si no quería ser capturado.

—No harán nada —dijo, y volvió a mirar al enemigo.

Entonces, lejos desde la izquierda, llegaba el ruido sordo de un cañón, seguido, rápidamente, por un repetido sonido de artillería.

Dudó por un momento, pero decidió quedarse.

Capítulo 3

LA defensa contaba, principalmente, con sus rifles en caso de que se produjese un asalto. Había ocultado su artillería en distintos puntos, en la parte de arriba y detrás de la cima, dispuesta a entrar en acción en contra de cualquier preparación de la artillería enemiga dispuesta a atacar. La situación se desencadenó al amanecer, así que cuando los artilleros tuvieron sus cañones listos para atacar, los acorazados terrestres ya estaban entre las primeras trincheras. Hay una reticencia natural en disparar hacia las propias líneas vencidas y muchos de los cañones, con la intención, simplemente, de luchar en contra del avance de la artillería enemiga, no estaban en las posiciones adecuadas para disparar sobre la segunda línea de trincheras. Después de esto, el avance de los acorazados terrestres fue rápido. El general de los defensores se encontró, de repente, invitado a idear otra estrategia de guerra en la que los cañones tenían que luchar solos en medio de una infantería derrotada y en retirada. Tenía apenas treinta minutos para pensar en ello. No respondió a la invitación y lo que ocurrió esa mañana fue que el avance de los acorazados terrestres dominó la lucha y cada cañón y cada batería tuvo que hacer lo que dictaban las circunstancias. La mayoría desempeñó un triste papel.

Algunos de los cañones acertaron dos o tres blancos, algunos uno o dos, y el porcentaje de error era inusualmente elevado. Naturalmente, los obuses no causaban daño alguno. En todos los casos los acorazados siguieron la misma táctica. Cada vez que entraba en juego un cañón, el monstruo se daba la vuelta casi del todo, así la oportunidad de impacto directo era mínima, y no se dirigía hacia el cañón, sino a los puntos más cercanos a su flanco, desde los que podía disparar a los artilleros. Pocos de los blancos acertados fueron efectivos; sólo uno de aquellos artefactos quedó inutilizado, y fue el que combatió contra las tres baterías del brigada del ala izquierda. A

otros tres alcanzados cuando estaban cerca de los cañones les acertaron limpiamente sin que por ello quedaran fuera de combate. Nuestro corresponsal de guerra no vio esa detención momentánea del avance victorioso por el ala la izquierda; sólo vio el combate completamente ineficaz de la mitad de la batería 96—B, que estaba muy cerca a su derecha. La observó a veces más allá del margen de seguridad.

Justo después de oír que las tres baterías abrían fuego a su izquierda, se dio cuenta del ruido de cascos de caballos que provenía de la zona a cubierto de la ladera, y en seguida vio primero un cañón y después otros dos transportados al galope hacia su posición a lo largo del lado norte de la cima, fuera de la vista de la gran mole que se encontraba ahora subiendo en diagonal hacia la cumbre, cortando el paso a la lenta infantería que quedaba a su lado y por detrás.

La media batería dio la vuelta y se colocó en línea, cada cañón describió una curva, se detuvo, retiró los arzones y se preparó para la acción...

«¡Bang!»

El acorazado terrestre se dejó ver por la cima de la colina, como una gran masa negra a la espalda de los artilleros. Se detuvo, como si dudara.

Los dos cañones que quedaban dispararon y entonces su gran enemigo se dio la vuelta y quedó completamente a la vista, con el cielo de fondo y acercándose con rapidez.

Los artilleros volvieron a disparar frenéticamente. Estaban tan cerca que el corresponsal de guerra pudo ver con sus prismáticos la expresión de sus caras excitadas. Al mirar, vio que un hombre caía y se dio cuenta, por primera vez, de que el acorazado estaba disparando.

Durante un momento, el enorme monstruo negro trepó a paso acelerado hacia los activos y furiosos artilleros. Entonces, como movido por un impulso generoso, se volvió para dejar que todo su costado recibiera el ataque a una distancia de apenas cuarenta metros de ellos. El corresponsal de guerra enfocó sus prismáticos hacia los artilleros y percibió que ahora los hombres eran abatidos a una velocidad mortífera.

Por un momento pareció espléndido, pero después pareció horrible. Los artilleros iban cayendo como moscas alrededor de sus cañones.

Acercar una mano a un cañón significaba la muerte. «¡Bang!», sonó el cañón de la izquierda, un fallo desesperado, y ese fue el único segundo tiro que la media batería pudo disparar. En otro momento, media docena de artilleros supervivientes levantaron sus manos en medio de la confusión de hombres muertos y heridos, y la lucha finalizó.

El corresponsal de guerra dudó entre quedarse en su matorral y esperar una oportunidad para rendirse de o huir por un barranco que había descubierto. Si se rendía, era seguro que perdería su material; mientras que si escapaba tenía muchas posibilidades. Decidió marcharse por el barranco y aceptar la primera oportunidad que se le presentara en el campamento de conseguir un caballo.

Capítulo 4

ALGUNAS autoridades han encontrado posteriormente muchos errores particulares en el primer acorazado terrestre, pero, con toda seguridad, en el primer día de su aparición cumplió plenamente su propósito. Básicamente consistía en unas fuertes estructuras de acero largas y estrechas dotadas de motor y sostenidas sobre ocho pares de ruedas pedunculares, cada una de ellas de unos tres metros de diámetro, con dirección propia y largos ejes libres de girar alrededor de un eje común. Esta distribución les proporcionaba la máxima adaptabilidad a los desniveles del suelo. Se desplazaban nivelados con el terreno, con un pie sobre un montículo y otro sobre una depresión, capaz de mantenerse erguido y firme estando de costado incluso sobre una ladera escarpada. Los ingenieros dirigían los motores bajo el mando del capitán, que tenía puestos de observación en las pequeñas portillas alrededor del borde superior de la coraza ajustable, una lámina de acero de treinta centímetros que protegía toda la máquina, y que también podía elevar o bajar una torre de mando situada sobre las portillas por el centro de la cubierta de hierro. Cada uno de los fusileros ocupaba una pequeña cabina de peculiar construcción y éstas estaban repartidas por los laterales, por delante y por detrás de la gran estructura principal, de tal manera que parecían los asientos colgados de un tílburi irlandés. Sin embargo, sus rifles eran unos instrumentos que variaban mucho de los simples mecanismos que sus adversarios tenían en las manos.

En primer lugar, éstos eran automáticos, expulsaban sus cartuchos y se iban recargando con un cartucho cada vez que eran disparados, hasta que se acababan las municiones y, además, tenían miras de insólita precisión que proyectaban una pequeña imagen de cámara oscura dentro de la cabina sin luz en la que se sentaba el fusilero. Esta imagen de cámara oscura quedaba señalada con dos líneas cruzadas y,

fuera lo que fuera lo que coincidiera en la intersección de esas dos líneas, se producía el disparo. Esa forma de observación era una idea muy ingeniosa. El fusilero permanecía en la mesa con algo parecido a un compás de delineante que abría y cerraba, de modo que siempre tenía la altura adecuada del hombre al que querían disparar, si era de estatura normal. Una pequeña hebra de alambre trenzado, parecida a un cable eléctrico, iba de aquel instrumento hasta el arma y, cuando el compás se abría y se cerraba, la mira subía y bajaba. Los cambios de la claridad de la atmósfera, debidos a los cambios de la humedad, se solucionaban por la ingeniosa utilización de una sustancia meteorológicamente sensible, el catgut, y cuando el acorazado terrestre se desplazaba, las miras efectuaban una desviación compensatoria hacia donde se dirigía. El fusilero permanecía en pie en su cámara oscura y observaba la pequeña imagen que tenía delante. Con una mano sostenía el compás para calcular la distancia y con la otra asía un gran pomo, como el de una puerta. Cuando empujaba el pomo, de forma circular, sobre el rifle, éste hacía lo que le correspondía, y la imagen iba y venía como un panorama móvil. Cuando veía a un hombre al que quería disparar, lo enfocaba sobre las líneas entrecruzadas y después presionaba con el dedo un botón parecido al de un timbre que estaba convenientemente situado en el centro del pomo. El hombre era alcanzado. Si, por alguna casualidad, el fusilero fallaba el blanco, movía un poco el pomo o reajustaba el compás, presionaba el botón y le disparaba por segunda vez.

El rifle y la mirilla salían por una portilla, exactamente igual que un gran número de otras portillas que alineaban en una fila triple bajo el alero de la cubierta del acorazado. Cada una de ellas exhibía un rifle y mirilla falsos para que los de verdad pudieran ser alcanzados sólo por casualidad y, si eso ocurría, entonces, el chico que estaba debajo sólo diría «¡bah!», encendería la luz, bajada el instrumento dañado hacia su cámara y reemplazaría la parte dañada o pondría un nuevo rifle si el daño era considerable.

Hay que pensar que estas cabinas estaban suspendidas por el movimiento de los ejes y dentro de las grandes ruedas sobre las que colgaban los grandes pies en forma de pata de elefante y, detrás de esas cabinas, a lo largo del centro del monstruo, corría una galería central. a la que iban a parar aquéllas y a lo largo de la cual funcionaban los grandes motores compactos. Era un largo pasillo en el que se encontraba almacenada esa maquinaria zumbante, con el capitán de pie en medio, cerca de la escalera que conducía a la torre de mando y dirigiendo a los ingenieros, silenciosos y alerta, casi siempre por señas. El ruido y zumbido de los motores se mezclaba con

los disparos de los rifles el estruendo intermitente de las balas que caían sobre el armazón. Una y otra vez movía el volante que elevaba su torre de mando, subía por la escalera hasta que sus ingenieros no podían verle por encima de la y volvía a bajar dando órdenes. Dos pequeñas bombillas eléctricas constituían toda la iluminación de ese espacio, las pusieron de tal manera que resultara más visible para sus subordinados; el aire era denso, olía a aceite y petróleo, y si el corresponsal de guerra hubiese sido trasladado de repente desde el amanecer abierto del exterior a las entrañas de este aparato, habría pensado que se encontraba en otro mundo.

Naturalmente, el capitán veía los dos lados de la batalla. Cuando alzaba su cabeza dentro de la torre de mando, veía el rocío del amanecer, el asombro y el caos de las trincheras, los soldados caídos y los que huían, los grupos de prisioneros de aspecto desolado, las armas destrozadas; cuando volvía a bajar para indicar con señales «velocidad media», «cuarto de marcha», «media vuelta hacia la derecha», se encontraba en la penumbra con el olor a aceite de la mal iluminada sala de máquinas. Cerca de él, a cada lado, se encontraba el micrófono de tubo y, una y otra vez, dirigía, hacia un lado o hacia otro, el extraño artefacto para «concentrar los disparos directos sobre los artilleros» o para «barrer la trinchera que está a unos cien metros sobre nuestro frente derecho».

Era un hombre joven, bastante sano pero nada bronceado y con ese tipo de puesto y de expresión que predominan en la Armada de Su Majestad: alerta, inteligente, tranquilo. Él, sus ingenieros y sus fusileros estaban todos por su tarea. Eran hombres tranquilos y racionales, no tenían esa energía dispersa de los atolondrados cuando se apresuran, esa fuerza excesiva y sanguinaria, esa fuerza histérica tan frecuentemente considerada como el estado mental apropiado para las proezas heroicas.

Aquellos jóvenes ingenieros sentían una cierta lástima y un desprecio absoluto por los enemigos que estaban abatiendo. Consideraban a esos hombres grandes y sanos a los que disparaban del mismo modo que esos hombres sanos y grandes podrían considerar inferiores a ciertos negros. Los despreciaban por hacer la guerra, despreciaban profundamente su patriotismo gritón y su emotividad; los despreciaban, sobre todo, por el pobre ingenio y la casi brutal falta de imaginación que mostraba su método de lucha.

—Si esos hombres hacen la guerra —pensaban los jóvenes—, ¿por qué diablos no la hacen como hombres sensatos?

Estaban resentidos por la idea de que su bando era demasiado estúpido como para no hacer otra cosa que no fuera jugar al juego del enemigo, por la idea de que iban a jugar a aquello siguiendo las reglas de hombres sin imaginación. Estaban resentidos por haber sido forzados a fabricar una maquinaria para matar hombres, por la alternativa de tener que masacrar a esas personas o tener que soportar sus salvajes gritos; por la inconmensurable imbecilidad de la guerra.

Mientras tanto, con algo de la precisión mecánica de un buen empleado que pone al día las cuentas, los fusileros movían las manecillas y apretaban los botones...

El capitán del Acorazado Terrestre Número Tres se apresuró hacia la cima cercana a la media batería que había capturado. Sus prisioneros alineados se mantenían firmes y esperaban que los ciclistas que estaban detrás fueran a buscarles. Inspeccionó la victoriosa mañana desde su torre de mando.

Leyó las señales del general.

—El Cinco y el Cuatro se quedarán entre los cañones de la izquierda y prevendrán cualquier intención de recuperarlos. El Siete, el Ocho y el Doce se quedarán con los que ya tienen; el Siete se pondrá en posición para dirigir las armas tomadas por el Tres. Después, ¿queda algo más por hacer? El Seis y el Uno acelerarán la velocidad a unos quince kilómetros por hora e irán por detrás del campo de batalla hasta llegar la altura del río...

—Les capturaremos a todos —interrumpió un chico— ¡Ah, ya estamos aquí!

—El Dos y el Tres, el Ocho y el Nueve, y el Trece y el Catorce, se distanciarán unos cien metros, esperarán la orden y después saldrán lentamente para cubrir el avance de la infantería de ciclistas en contra de cualquier ataque de las tropas montadas. Muy bien. Pero ¿dónde está el Diez?... ¡Hola!... El Diez que se encargue de las reparaciones y que se ponga en movimiento tan pronto como le sea posible... ¡Han dado al Diez!

La disciplina de la maquinaria de guerra nueva era más laboriosa que pedante, y el capitán sacó la cabeza de la torre para decir a sus hombres:

—Escuchen, muchachos: han dado al Diez. Creo que no ha sido nada serio, pero, de todos modos, ha quedado inmovilizado.

Sin embargo, todavía quedaban trece monstruos en acción para acabar con el ejército derrotado.

Capítulo 5

EL corresponsal de guerra, escondido en su barranco miró hacia atrás y les vio a todos echados sobre la cima, hablando entre ellos y agitando banderas de celebración. Los costados de hierro tenían un brillo dorado a la luz del sol naciente.

Las aventuras personales del corresponsal de guerra acabaron con la rendición a eso de la una de la tarde y para entonces ya había robado un caballo, éste le derribó y escapó por los pelos de ser arrollado; vio que la bestia tenía una pata rota y le disparó con su revólver. Pasó algunas horas en compañía de una cuadrilla de desalentados fusileros, discutió con ellos sobre topografía y, finalmente, se marchó por su cuenta por un camino que tenía que llevarle hasta la orilla del río pero que no lo hizo. Además, se había comido todo el chocolate y no encontró nada para beber. También hacía mucho calor. Desde detrás de un muro de piedra, derruido pero atractivo, vio a lo lejos la caballería de defensores intentando cargar contra los ciclistas, flanqueados a ambos lados por los acorazados. Descubrió que los ciclistas pudieron retirarse hacia campo abierto delante de la caballería con un margen de velocidad suficiente que les permitía desmontar de forma rápida y efectuar tiros aún más terriblemente efectivos. Estaba convencido de que aquellos hombres de la caballería, habiendo cargado contra los otros con todo su corazón, se habían detenido justo más allá de su campo de visión y se habían rendido. Se vio obligado a entrar rápidamente en acción por culpa del movimiento hacia delante que había emprendido una de esas máquinas y que había amenazado con enfilarse por su muro. Descubrió que tenía una terrible ampolla en el talón.

Ahora se encontraba en un lugar cubierto de maleza y pedregoso, sentado y meditando sobre su pañuelo, que en las últimas veinticuatro

horas se había vuelto de un color extremadamente ambiguo.

—Es la cosa más blanca que tengo —dijo.

Supo durante todo el rato, que el enemigo estaba en el este, en el oeste y en el sur, pero cuando oyó a los acorazados Uno y Seis desplazándose a su manera tranquila y mortífera a una distancia que no llegaba a un kilómetro por el norte, decidió rendirse incondicionalmente, sin correr más riesgos. Ataría su bandera blanca una rama y se situaría en un lugar de modesta oscuridad de allí, hasta que alguien se acercara. Oyó voces, ruidos y el peculiar sonido de un grupo de caballos, muy cerca, se puso el pañuelo en el bolsillo y salió para ver qué pasaba allí delante.

El ruido de los disparos cesó y entonces se acercó más hacia donde oyó los ruidos de muchos soldados de la vieja escuela: simples, toscos, pero sinceros y nobles, gritando con mucho vigor.

Salió de su escondite hacia la gran llanura; a lo lejos, una línea de árboles marcaba la ribera del río.

En el centro del cuadro todavía quedaba un puente de carretera intacto y otro puente ferroviario un poco hacia la derecha. Dos acorazados terrestres descansaban, a derecha e izquierda de la imagen, con aire de cobertizos inofensivos, en una pose de anticipada calma, dominando totalmente tres kilómetros o más al nivel del río. A pocos metros del matorral emergió y se detuvo el resto de la caballería de los defensores, polvorienta, algo desorganizada y obviamente enojada, pero seguían formando un atractivo conjunto de hombres. A media distancia, tres o cuatro hombres y caballos recibían atención médica y, más cerca, un grupo de oficiales consideraba, con disgusto, las novedades sobre el mecanismo de la guerra. Cada uno era muy consciente de los otros doce acorazados terrestres y de la multitud de soldados de ciudad, en bicicleta o a pie, cargados ahora de prisioneros y de equipos de guerra capturados, pero también muy efectivos, que iban barriendo la retaguardia como una gran red.

—Jaque mate —dijo el corresponsal de guerra, caminando hacia campo abierto—. Pero me rindo en la mejor compañía. Hace veinticuatro horas pensaba que la guerra era imposible... y ¡estos miserables han capturado a todo el dichoso ejército! ¡Bien, bien! —Pensó en su conversación con el joven teniente—. Si las sorpresas de la ciencia no tienen fin, la gente civilizada vencerá, por supuesto. Mientras su ciencia dure, adelantarán a la gente del campo. Pero... —durante un instante se preguntó qué le habría pasado al joven

teniente.

El corresponsal era una de esas personas inconscientes que siempre están del lado del perdedor. Cuando vio desarmados, desmontados y alineados a jinetes robustos y bronceados; cuando vio a sus caballos torpemente conducidos por unos ciclistas nada ecuestres a los que se habían rendido; cuando vio a aquellos paladines fracasados observando aquel escandaloso panorama, se olvidó, de golpe, que había llamado a esos hombres «patanes taimados» y que había deseado que hubiesen sido derrotados hacía menos de veinticuatro horas. Hacía un mes que había visto aquel regimiento marchando a la guerra con todo su orgullo y había sido advertido de su terrible destreza, de cómo podían cargar en orden abierto, cada hombre disparando desde su puesto, y de cómo barrían cualquier cosa que se les pusiera por delante, en el orden que fuera, a pie o a caballo. ¡Y habían tenido que luchar injustamente con unos cuantos jóvenes que estaban en aquellas máquinas!

—«La humanidad contra la máquina» —se le ocurrió como un titular adecuado. El periodismo reduce todo pensamiento a frases.

Se paseó tan cerca de los prisioneros alineados como los centinelas parecían dispuestos a permitirse, los examinó y comparó sus proporciones robustas con las de sus captores de constitución débil.

—Inteligentes degenerados —murmuró—. Londinenses anémicos.

Los oficiales rendidos se acercaron a él y pudo oír tono de tenor del coronel. El pobre caballero había pasado tres años trabajando duramente con el mejor material del mundo, perfeccionando los tiros disparados a caballo, y se preguntaba con preguntas blasfemas, normal por las circunstancias, qué se podía hacer en contra de aquella chatarra.

—Cañones —dijo alguien—. Cañones grandes que puedan girar en redondo. Los cañones grandes no pueden moverse igual que ellos y los pequeños, a campo abierto, son destruidos. Los he visto eliminarlos. Se les puede atacar por sorpresa, matar a las bestias, quizá.

—Debería hacer las cosas que ellos hacen.

—¿Qué? ¿Más chatarra? ¿Nosotros ...?

—Titularé mi artículo... —el corresponsal de guerra se quedó meditando—: «La humanidad contra la maquinaria» y citaré a ese

chico al principio.

Era un periodista demasiado bueno como para echar a perder el contraste, destacando que media docena de delgados jóvenes vestidos con pijamas azules que estaban en pie alrededor de su victorioso acorazado terrestre, bebiendo café y comiendo galletas, también tenían en sus ojos y en su porte algo que no se había degradado por debajo del nivel humano.

La puerta en el muro

Capítulo 1

HACE apenas tres meses, una noche confidencial, Lionel Wallace me contó esta historia de la Puerta en el Muro. Y en aquel momento pensé que, en lo concerniente a él, la historia era verídica.

Me lo contó todo con tal claridad y persuasión que no tuve más remedio que creerle. Pero por la mañana, estando en mi piso, me desperté en una atmósfera diferente; y mientras yacía en la cama y rememoraba las cosas que me había contado, despojadas del encanto de su voz grave y pausada, privadas de la luz tamizada del foco de la mesa, de la penumbra que nos envolvía y de las cosas agradables y relucientes que nos habían acompañado durante la sobremesa, de los vasos y la mantelería de la cena que habíamos compartido, que las convertían en un pequeño mundo brillante y completamente alejado de la realidad cotidiana, me pareció todo francamente increíble. «Mentía —me dije, y luego—: ¡Qué bien lo hizo...! ¡Era lo último que hubiera esperado de él, de nadie, que lo hiciese tan bien!»

Más tarde, sentado en la cama y mientras sorbía mi té de la mañana, me encontré tratando de explicar el sabor de realidad que me confundía con sus reminiscencias imposibles, suponiendo que de algún modo sugerían, ofrecían, denotaban —apenas sé qué palabra emplear — experiencias que no se podían contar de otro modo.

Bien, no recurriré a esa explicación ahora; he dejado atrás las dudas que se me interponían. Creo ahora, como creí en el momento del relato, que Wallace me desveló lo mejor que supo la verdad de su secreto. Pero si él mismo vio, o solamente creyó haber visto, si él mismo fue el poseedor de un inestimable privilegio o la víctima de un fantástico sueño, no pretendo dilucidarlo. Incluso los hechos en tomo a su muerte, que acabaron para siempre con mis dudas, no arrojan luz alguna sobre el asunto.

El lector deberá juzgar por sí mismo.

He olvidado ahora qué comentario casual o crítica mía movió a un hombre tan reservado a confiar en mí. Estaba, creo, defendiéndose de una acusación de negligencia y falta de credibilidad que le había hecho yo en relación con un gran movimiento público en que él me había defraudado, cuando de pronto me espetó:

—Tengo —dije— una preocupación. Sé —prosiguió tras una pausa— que he sido negligente. El caso es... no es un caso de fantasmas o de apariciones, pero es un caso extraño y difícil de contar, Redmond. Estoy obsesionado. Estoy obsesionado por algo que parece dejar todo a oscuras, que me llena de ansiedad...

Se detuvo, atajado por aquella timidez inglesa que a menudo se adueña de nosotros cuando hablamos de cosas senas, patéticas o bellas.

—Tú también estabas en Saint Athelstan's —dijo; y por un momento aquello me pareció un tanto irrelevante—. Bueno... —y se detuvo. Luego, vacilando mucho al principio, y con mayor seguridad después, empezó a contarme algo que permanecía oculto en su vida, el recuerdo obsesionante de una belleza y una felicidad que llenaba su corazón de insaciables ansiedades, que hacía que todos los intereses y el espectáculo de la vida en el mundo le parecieran aburridos, tediosos y vanos.

Ahora poseo la clave del asunto, que parece estar escrito visiblemente en su rostro. Tengo una fotografía en la que ha sido captada aquella mirada de desinterés. Me recuerda lo que una vez dijo de él una mujer —una mujer que le había amado mucho—. De repente —dijo— pierde todo interés. Se olvida de ti. No le importas un ardite... en sus mismas narices...

No obstante, el interés no siempre estaba ausente de él, y cuando mantenía su atención en algo, Wallace conseguía aparecer como un hombre extremadamente brillante. Su carrera, ciertamente, está jalonada de éxitos. Me dejó atrás hace ya tiempo; voló sobre mi cabeza y se hizo con una reputación en un mundo en el que yo, de todos modos, no podía obtenerla. Le faltaba todavía un año para cumplir cuarenta y ahora dicen que, de seguir viviendo, hubiera ocupado un cargo importante y muy probablemente estaría en el nuevo gabinete. En el colegio siempre me aventajó sin esfuerzo, como si fuese algo natural. Estudiamos juntos en el Saint Athelstan's College, en West Kensington, durante casi todo nuestro periodo escolar.

Cuando entró en el colegio, tenía mi mismo nivel, pero me dejó atrás con una sucesión de becas y con su brillante comportamiento. De todos modos, creo que mi vida escolar fue medianamente buena. Y fue en el colegio donde oí por primera vez el relato de la «Puerta en el Muro», que volvería a oír por segunda vez sólo un mes antes de su muerte.

Para él, al menos, la Puerta en el Muro era una puerta real que conducía, a través de un muro real, a realidades inmortales. De eso estoy ahora completamente seguro.

Ocurrió muy tempranamente en su vida, cuando era un niño de cinco o seis años. Recuerdo, mientras se sentaba para hacerme su confesión con pausada gravedad, cómo razonaba y reflexionaba sobre la fecha en que había acontecido. Había, dijo, una enredadera carmesí de Virginia, toda de carmesí uniforme y brillante, bajo un sol ambarino e intenso, que trepaba por un muro blanco. Aquello se me quedó de alguna manera impreso, aunque no recuerdo con claridad cómo; había hojas de castaño sobre el limpio pavimento, ante la puerta verde. Estaban manchadas de amarillo y verde, sabes, no secas ni sucias, de modo que debían de haber caído recientemente. Deduzco, pues, que era el mes de octubre. Todos los años me fijo en las hojas de castaño para cerciorarme.

Si no me equivoco, tenía cinco años y cuatro meses.

Fue, dijo, un niño más bien precoz; aprendió a hablar a una edad anormalmente temprana, y estaba tan sano y eran tan «a la antigua usanza», como dice la gente, que se le permitía una cantidad de iniciativas que a la mayor parte de los niños no se les confía hasta, al menos, los siete u ocho años. Su madre murió cuando él tenía dos años y estuvo al cuidado, menos vigilante y autoritario, de una institutriz. Su padre fue un severo y preocupado abogado que le prestó poca atención y que esperaba grandes cosas de él. A pesar de su brillante precocidad, encontraba la vida gris y aburrida, me parece. Y un día se fue en busca de aventuras.

No recordaba qué descuido en concreto le permitió escaparse ni el rumbo que tomó entre las calles de West Kensington. Todo esto se había desvanecido entre los irrecuperables fallos de su memoria Pero el muro blanco y la puerta verde persistían con indeleble nitidez.

Mientras recordaba esta experiencia de su niñez, dijo haber experimentado una extraña emoción ante la visión de aquella puerta; un impulso, un deseo de ir hacia ella, de abrirla y franquearla Y al

mismo tiempo, supo con absoluta certeza que era una imprudencia o un error —no sabía decir cual de las dos cosas— rendirse a esta atracción. Insistió en ello como en una cosa curiosa que sabía ya desde el principio —a menos que la memoria le hubiera jugado una mala pasada—: que la puerta no estaba cerrada con llave y que podía entrar cuando quisiera.

Me parece estar viendo la figura de aquel niño, atraído y repelido.

Apreciaba con una claridad meridiana, también, que su padre se enfadaría mucho si él atravesaba aquella puerta, aunque nunca pudo explicar la razón.

Wallace me describió todos, estos momentos de vacilación con la mayor minuciosidad. Pasó justo por delante de la puerta y luego, con las manos en los bolsillos y haciendo esfuerzos infantiles por silbar, anduvo lentamente hasta más allá del final del muro. Allí recuerda algunas tiendas sórdidas y sucias, sobre todo la de un fontanero y decorador, sucia y desordenada, abarrotada de tuberías, planchas de plomo, grifos, muéstranos de papel pintado y botes de esmalte. Permaneció de pie simulando examinar esos objetos y anhelando, deseando apasionadamente, la puerta verde.

Entonces, dijo, sintió un arrebato de emoción Corrió hacia ella, por si acaso la duda volvía a hacer presa en él, la abrió de un empujón, con la mano extendida, y dejó que se cerrase de golpe tras él. Y así, en un instante, entró en el jardín que le había obsesionado toda su vida.

A Wallace le resultaba muy difícil transmitirme con exactitud la emoción que le causó entrar en aquel jardín.

Había algo en su atmósfera que regocijaba, que le daba a uno una sensación de ligereza y de venturoso acontecimiento y bienestar; había en él, al contemplarlo, algo que daba limpidez, nitidez y sutileza a sus colores. Al instante de entrar en él, uno se sentía exquisitamente feliz, como sólo en raros momentos o cuando se es joven y alegre puede uno sentirse en este mundo. Todo allí era hermoso...

Wallace meditó antes de proseguir su relato.

—Mira —dijo, con la vacilante inflexión de un hombre que se detiene en cosas increíbles—, allí había dos grandes panteras... Sí, panteras moteadas. Pero no tuve miedo. Había un amplio y largo sendero con márgenes bordeados de mármol y flores a ambos lados, y esas dos enormes y aterciopeladas bestias jugaban con una pelota. Una de ellas

levantó la vista y vino hacia mí, movida un poco por la curiosidad, al parecer. Vino directamente hacia mí, frotó su redonda oreja muy suavemente contra la manita que yo le tendía y ronroneó. Era, te digo, un jardín encantado. Yo lo sé. ¿Sus dimensiones? ¡Oh! Se extendía a lo largo y a lo ancho en todas direcciones. Creo que había colinas a lo lejos. Dios sabe a dónde se había ido de repente West Kensington Y en cierto modo fue como volver al hogar.

»Mira, en el mismo momento en que la puerta se cerró detrás de mí, olvidé la calle con sus hojas de castaño caídas, sus coches y carros de tenderos, olvidé el lastre que me hacía gravitar hacia la disciplina y la obediencia del hogar, olvidé todas las vacilaciones y todos los temores, olvidé la prudencia, olvidé todas las realidades íntimas de esta vida. Me convertí, por un instante, en un niño muy alegre y maravillosamente feliz... en otro mundo. Era un mundo de una calidad diferente, con una luminosidad más cálida, más penetrante y más suave, de una lánguida y clara alegría, y con grupos de nubes recortadas por el sol en el azul de su cielo. Ante mí discurría, tentador, este largo y amplio sendero, con macizos sin malas hierbas a los lados, rebosante de flores silvestres y estas dos grandes panteras. Puse mis manecitas sin miedo sobre su suave piel y acaricié sus redondas orejas y sus escondidos y sensibles recodos y jugué con los animales: fue como si me dieran la bienvenida a casa. Experimenté una aguda sensación de regreso al hogar; al poco rato apareció por el sendero una guapa muchacha de elevada estatura, se me acercó y, sonriendo, me dijo: «¿Y bien», me levantó en sus brazos y me besó y, bajándome de nuevo, me cogió de la mano: no sentí extrañeza alguna, sino solamente una deliciosa impresión de estar recordando las cosas felices que, de forma harto extraña, me habían sido escamoteadas. Recuerdo que había unos anchos peldaños rojos que asomaban entre espigas de consuelda y subiéndolos llegamos a una gran avenida, entre viejos y frondosos árboles. Bajando esta avenida, sabes, entre los resquebrajados tallos rojos, había asientos de honor de mármol y estatuas y también blancas palomas, mansas y amistosas.

»Mi compañera me condujo por esta fresca avenida mirando hacia abajo (recuerdo sus agradables facciones, la barbilla, finamente modelada, de su dulce y gentil rostro) haciéndome preguntas con su voz grata y suave y contándome cosas, cosas bonitas, sabes, aunque nunca he podido recordar cuáles... De repente, un mono capuchino, muy limpio, de pelo pardo y rojizo y unos ojos castaños y simpáticos, bajó de un árbol hacia nosotros y corrió a mi lado mirándome y sonriendo; de pronto brincó sobre mi hombro. Así que proseguimos nuestro camino con gran dicha. Se detuvo.

—Sigue —le dije.

—Recuerdo pocas cosas. Pasamos junto a un anciano que meditaba entre los laureles, eso lo recuerdo, y también un alegre lugar con papagayos, y que recorrimos una amplia y umbrosa columnata que conducía a un fresco y espacioso palacio, lleno de fuentes placenteras, lleno de cosas hermosas, lleno de promesas para los deseos del corazón. Había muchas cosas y muchas personas; algunas todavía parecen destacarse con nitidez en mi memoria; otras, en cambio, aparecen mas vagas; pero todas estas personas eran hermosas y amables. En cierto modo, no sé por qué, tuve la impresión de que todas eran amables conmigo, que estaban contentas de tenerme junto a ellas y me llenaban de alegría con sus gestos, con el contado de sus manos; había afecto y amor en sus ojos, que parecían estar dándome la bienvenida. Sí.

Reflexionó un instante.

—Allí encontré compañeros de juegos, lo cual fue mucho para mí, porque yo era un niño solitario. Jugaban a unos juegos deliciosos en un prado cubierto de hierba en el que había un reloj de sol hecho de flores. Y mientras se jugaba, se amaba...

»Pero... es extraño... hay un vacío en mi memoria. No recuerdo cuáles eran los juegos. Nunca lo recordé. Más tarde, de joven, pasé largas horas tratando, incluso con lágrimas, de recordar aquella forma de felicidad. Deseé volver a jugar a ella otra vez en el cuarto de jugar, por mí mismo. ¡No! Todo lo que recuerdo es la felicidad y los dos queridos compañeros de juegos, que eran extraordinarios para mí... Entonces, de pronto llegó una mujer sombría y morena, con un rostro grave y pálido de ojos soñadores, que llevaba un vestido de color púrpura pálido, largo y fino, y un libro en las manos; me llevó aparte por señas hasta una galería que daba sobre un vestíbulo... aunque mis compañeros se oponían a que me fuera e interrumpieron sus juegos, siguiéndonos con la mirada mientras yo era arrebatado. «¡Vuelve con nosotros! —exclamaron—. ¡Vuelve pronto con nosotros!» Levanté la vista hacia ella, pero no les hizo el menor caso. Su rostro era muy dulce y grave. Me llevó hacia un asiento que había en la galería; yo estaba de pie junto a ella, dispuesto a mirar en su libro mientras lo abría sobre sus rodillas. Las páginas se abrieron. Ella señaló y yo miré maravillado, porque en las páginas vivientes de aquel libro me vi a mí mismo; era una historia sobre mí y en él se encontraban todas las cosas que me habían sucedido desde mi nacimiento...

»Fue maravilloso, las páginas de aquel libro no eran ilustraciones,

comprendes, sino realidades.

Wallace se detuvo con una expresión grave en el rostro; me miró vacilante.

—Sigue —dije—. Lo comprendo.

—Eran realidades... sí, seguro que lo eran; las personas se movían y las cosas iban y venían en ellas; mi querida madre, a quien ya casi había olvidado; después mi padre, severo y rígido, los criados, la institutriz, todas las cosas familiares del hogar. Luego el portal y las calles bulliciosas con el vaivén del tráfico. Yo miraba y me maravillaba, y volvía a mirar, vacilante, el rostro de la mujer, y pasé las páginas, saltándome esto y lo otro, para ver más y más de este libro, y así al final me encontré titubeando y vacilando, ante la puerta verde del largo muro blanco, y volví a sentir la desazón y el temor.

»"¿Y luego?", grité, y hubiera abierto la puerta, pero la mano fría de la grave mujer me detuvo.

»"¿Y luego?", insistí, y forcejeé suavemente con su mano, tirando de sus dedos con todas mis fuerzas infantiles; y mientras ella cedía y pasaba la página, se inclinó sobre mí como una sombra y me besó en la frente.

»Pero en la página no aparecía el jardín encantado, ni las panteras, ni la muchacha que me había llevado de la mano, ni los compañeros de juego que se habían opuesto a que me fuera Mostraba una calle larga y gris en West Kensington, en aquella fría tarde antes de que se encendieran las farolas; y yo estaba allí, una pobre figurita, llorando con fuerza, que era todo lo que podía hacer para contener mi pena; lloraba porque no podía volver a mis queridos compañeros, que me habían gritado: «¡Vuelve con nosotros! ¡Vuelve pronto con nosotros!» Estaba allí Esto no era ninguna página de libro, sino la cruda realidad; aquel lugar encantado y la mano que me retenía de la grave madre a cuyas rodillas me había arrojado habían desaparecido... ¿Adónde se habían ido?

Se detuvo de nuevo y permaneció un rato mirando al fuego.

—¡Oh! ¡Qué doloroso fue regresar! —murmuró.

—¿Y bien? —dije, al cabo de un minuto más o menos.

—¡Qué desgraciado me sentía! ¡Devuelto nuevamente a este gris

mundo anodino! Al comprender en su totalidad lo que me había sucedido, mi dolor crecía incontrolablemente. La vergüenza y la humillación de aquellas lágrimas vertidas en público y mi desgraciado regreso a casa permanecen todavía conmigo. Veo de nuevo al anciano caballero de benevolente mirada con gafas doradas que me paró y me habló... pinchándome primero con su paraguas. «Pobre pequeño —dijo—. ¿Así que te has perdido?» ¡Yo, un niño londinense de poco más de cinco años! Debí de recurrir a un joven y amable policía, convertirme en el centro de atención de un corro de curiosos y llevarme a casa. Sollozando, desamparado y amedrentado, regresé del jardín encantado a los peldaños de la casa de mi padre.

»Eso es lo que puedo recordar de mi visión de aquel jardín, el jardín que todavía me obsesiona. Por supuesto, no puedo comunicar nada de aquella indescriptible calidad de translúcida irrealidad que lo envolvía todo, tan alejada de las cosas que comúnmente experimentamos; pero eso... eso es lo que sucedió. Sí, fue un sueño, estoy seguro de que fue un extraordinario sueño a la luz del día.. ¡Hum!... Naturalmente, luego hubo un terrible interrogatorio de mi tía, de mi padre, del ama de llaves, de la institutriz, de todo el mundo...

»Traté de contárselo, pero mi padre fue el que primero me zurró por contar mentiras. Cuando después traté de contárselo a mi tía me castigó por mi malvada persistencia en mentir. Entonces, como dije, se le prohibió a todo el mundo escucharme ni una sola palabra sobre el asunto. Incluso mis libros de cuentos de hadas me fueron retirados durante un tiempo, porque yo era demasiado «imaginativo». ¡Ah, sí, sí! ¡Ellos lo hicieron! Mi padre pertenecía a la vieja escuela.. Pero mi historia volvió sobre mí con renovada violencia. La susurré a mi almohada, mi almohada que a menudo estaba húmeda y salada para mis labios susurrantes por las lágrimas infantiles. A mis plegarias oficiales y menos fervientes añadía siempre esta sincera súplica: «Ruego a Dios que pueda soñar con el jardín. ¡Oh! ¡Devuélveme al jardín! ¡Devuélveme al jardín!» Soñé a menudo con el jardín. Pude haberlo agrandado, pude haberlo cambiado; no lo sé... Todo esto, comprendes, es un intento de reconstruir, a partir de recuerdos fragmentarios, una experiencia muy temprana. Entre ella y los posteriores recuerdos de mi juventud hay un abismo. Llegó un momento en que parecía imposible volver a hablar de aquella prodigiosa visión.

Hice una pregunta obvia.

—No —dijo—. No recuerdo haber intentado jamás encontrar de nuevo el camino hacia el jardín en aquellos primeros años. Me parece

extraño ahora, pero creo que muy probablemente se mantenía una vigilancia más estrecha de mis movimientos, después de esta desventura, para evitar mi extravío. No, hasta que tú me conociste no intenté de nuevo entrar en el jardín. Y creo que hubo un período, ¡qué increíble me parece ahora, en que olvidé totalmente el jardín... Debió de ser cuando tenía unos ocho o nueve años. ¿Me recuerdas cuando era un muchachito en Saint Athelstan's?

—¡Pues claro!

—No mostraba entonces señales de tener un sueño secreto, ¿verdad?

Capítulo 2

LEVANTÓ la vista con una repentina sonrisa.

—¿Jugaste conmigo alguna vez al Pasaje del Noroeste?... No, claro, ¡tú no venías por mi camino!

»Era la clase de juego —prosiguió— a que los chicos imaginativos se pasan el día jugando. Consistía en descubrir el Pasaje del Noroeste que conducía a la escuela. El camino hacia la escuela era bastante fácil; así que se trataba de encontrar algún camino que no fuera fácil, saliendo diez minutos antes en una dirección tal que pareciese casi imposible, recorriendo calles desconocidas, llegar a mi meta. Un día me perdí en las calles de un barrio obrero que se encuentra al otro lado de Campden. Huí y empecé a pensar que, por una vez, el juego se resolvería en contra mía y que llegaría tarde a la escuela. Tomé sin esperanza alguna una calle que parecía un callejón sin salida, al final del cual encontré un pasaje. Pasé por allí apresuradamente, con renovada esperanza «Lo conseguiré», me dije, y pasé ante una hilera de tiendecitas destartaladas que me eran inexplicablemente familiares, ¡y hete aquí que allí estaba mi largo muro blanco y la puerta verde que me había conducido hasta el jardín encantado!

»Aquello me sacudió repentinamente. ¡Entonces aquel jardín, aquel maravilloso jardín, no había sido, después de todo, un sueño!

Hizo una pausa.

—Supongo que mi segunda experiencia con la puerta verde marca la diferencia abismal que separa la vida ocupada de un colegial y la ociosidad infinita de un niño. En cualquier caso, esta segunda vez no pensé ni por un momento en entrar en seguida. Mira, en primer lugar, me preocupaba únicamente el hecho de llegar a tiempo a la escuela,

obsesionado por no romper mi marca de puntualidad. Seguramente, sentí algún pequeño deseo, al menos, de abrir la puerta Sí. Debí haber sentido eso... Pero me parece recordar que la puerta ejercía una atracción sobre mí principalmente por constituir otro obstáculo a mi dominante resolución de llegar pronto a la escuela. Sentí un enorme interés por el descubrimiento que había hecho; sin duda seguí pensando obsesivamente en él, pero seguí mi camino. No me retuvo. Pasé corriendo, saqué mi reloj de un tirón, disponía todavía de diez minutos, y luego bajé una cuesta hasta llegar a un entorno que me era familiar. Llegué a la escuela jadeando, es verdad, y empapado de sudor, pero a tiempo. Todavía recuerdo que colgué el abrigo y el sombrero... ¡Había pasado junto a ella sin detenerme! ¡Qué extraño!, ¿no? Me miró pensativamente.

—Por supuesto, yo no sabía entonces que no estaría siempre allí. Los colegiales tienen una fantasía limitada. Supongo que pensé que era algo increíblemente maravilloso tenerla allí, saber cómo volver hasta ella; pero la escuela me retenía. Supongo que aquella mañana estuve muy desatento y distraído, haciendo esfuerzos por recordar a las personas extrañas y maravillosas que no tardaría en volver a ver. Por extraño que parezca, no dudaba de que se alegrarían de verme... Sí, aquella mañana debí de pensar en el jardín como un lugar alegre al que uno puede acudir en los interludios de un penoso curso escolar.

»Aquel día no fui allí en modo alguno. Al día siguiente era fiesta por la tarde y eso pudo influir. Quizá, también, mi falta de atención me acarreó algún castigo, dejándome sin el margen de tiempo necesario para dar aquel rodeo. No lo sé. Lo que sé es que, entretanto, el jardín encantado me obsesionaba hasta tal punto que no pude resistir más sin contar mi secreto a alguien.

»Se lo conté a... ¿cómo se llamaba?, un jovencito con cara de hurón al que solíamos llamar Squiff.

—El joven Hopkins —dije.

—Sí, era Hopkins. No me gustó contárselo. Sentí que, de algún modo, iba contra las reglas hacerlo, pero lo hice. Parte del camino de regreso a casa lo hacíamos juntos; él estaba comunicativo y si no hubiéramos hablado sobre el jardín encantado, habríamos hablado de cualquier otra cosa, y era incapaz de pensar en otra cosa. Así que se lo revelé.

»Pero él desveló mi secreto. Al día siguiente, en el recreo, me vi rodeado por media docena de chicos que, medio en broma, sentían una enorme curiosidad por oír algo más sobre el jardín encantado.

Estaba el grandullón de Fawcett... ¿Te acuerdas de él?... y Carnaby y Morley Reynolds. ¿No estabas tú también por casualidad? No, si hubieras estado... lo habría recordado.

»Un muchacho es una criatura de extraños sentimientos. Yo me sentía, estoy seguro, a pesar de mi propio y secreto disgusto, halagado por la atención que me prestaban los chicos mayores. Recuerdo un momento especialmente placentero por el elogio de Crawshaw... ¿te acuerdas del mayor de los Crawshaw, el hijo de Crawshaw, el compositor? Dijo que era la mejor mentira que había oído nunca. Pero al mismo tiempo experimenté una penosa sensación de vergüenza al contar lo que yo creía que era un secreto sagrado. Aquella bestia de Fawcett hizo un chiste sobre la muchacha de verde...

La voz de Wallace se quebró al revivir punzantemente aquella vergüenza.

—Fingí no oír —dijo, y prosiguió—: Bien, entonces, de repente, Carnaby me llamó mentiroso y discutió conmigo cuando le dije que todo era verdad. Le dije que sabía dónde encontrar la puerta verde, que podía llevarles a todos hasta allí en diez minutos. Carnaby se volvió exasperantemente virtuoso y dijo que yo tenía que hacerlo y mantener mi palabra o sufrir por ello. ¿Te retorció Carnaby alguna vez el brazo? Entonces comprenderás quizá cómo me sentó. Juré que mi historia era cierta. No había en aquel entonces en la escuela nadie que pudiera librar a un compañero de la ira de Carnaby, aunque Crawshaw intercedió un poco en mi favor. Carnaby se había salido con la suya. Me excité, me puse colorado y me asusté un poco. Me comporté completamente como un niño pequeño y necio y el resultado fue que, en lugar de irme solo a mi jardín encantado, mostré en seguida el camino —con las mejillas congestionadas, las orejas calientes, los ojos que me escocían y todo mi ser consumiéndose en la angustia y la vergüenza— a una banda de seis burlones impertinentes y amenazadores compañeros.

»Nunca encontramos el muro blanco y la puerta verde...

—Quieres decir que...

—Quiero decir que no pude encontrarlo. Lo habría encontrado si hubiera podido.

»Y luego, cuando pude ir solo, no lo pude hallar. Jamás lo encontré. Me parece ahora haber estado siempre buscándolo, durante mis días de escuela, pero nunca di con él, nunca.

—¿Te lo hicieron pasar mal, los compañeros?

—Se pusieron como fieras... Carnaby convocó un consejo contra mí por mentiroso y descarado. Recuerdo cómo entré a hurtadillas en casa y subí las escaleras para ocultar las señales de mi llanto. Pero cuando lloraba a solas hasta caer dormido no era a causa de Carnaby, sino por el jardín, por la hermosa tarde que había estado anhelando, por las dulces y amables mujeres y los solícitos compañeros de juego, el juego que había esperado volver a aprender, aquel belicoso juego que había olvidado...

»Creo firmemente que si no lo hubiera contado... pasé malos ratos después de aquello; lloraba por la noche y me encerraba en mí mismo durante el día. Durante dos semestres me retrasé y tuve malas calificaciones. ¿Te acuerdas? ¡Claro que sí! Fuiste tú... la paliza que me diste en matemáticas, lo que me hizo volver a estudiar.

Capítulo 3

MI amigo se quedó un rato en silencio, mirando fijamente el rojo corazón de fuego. Luego dijo:

—Nunca volví a verlo hasta que tuve diecisiete años.

»Su visión me asaltó por tercera vez mientras iba en coche hacia Paddington, camino de Oxford para conseguir una beca. Fue soto una visión fugaz. Iba inclinado hacia adelante en mi cabriolet fumando un cigarrillo y pensando que sin duda era un hombre de mundo cuando, de repente, allí estaban la puerta, el muro y la amada sensación de las cosas inolvidables y todavía inalcanzables.

»Charlábamos muy animadamente. Yo, cogido demasiado por sorpresa para hacer parar el coche hasta que hubimos doblado una esquina. Entonces tuve la extraña sensación de que mi voluntad se bifurcaba Golpeé la puertecita que había en el techo del coche y bajé el brazo para sacar el reloj. «¡Diga, señor!», dijo presto el chofer. «Esto... bueno... no es nada —exclamé—. ¡Me he equivocado! ¡No tenemos mucho tiempo! ¡Siga!» Y siguió...

»Obtuve la beca. Y por la noche, después de que se me hubo comunicado la noticia, me senté junto al fuego en mi estudio, una pequeña habitación del piso superior de la casa de mi padre, con sus palabras de elogio, tan infrecuentes en él, y sus juiciosos consejos zumbándome todavía en los oídos; fumaba mi pipa favorita, la formidable pipa de la adolescencia, y pensaba en aquella puerta en el largo muro blanco. «¡Si me hubiera detenido —pensé—, habría perdido la beca, habría perdido Oxford, echando a perder la magnífica carrera que me estaba aguardando! ¡Empiezo a ver las cosas con más claridad!» Caí en una profunda meditación, pero no puse en duda que mi carrera requería sacrificios.

»Aquellos queridos amigos y aquella límpida atmósfera me eran muy gratos, muy hermosos, pero remotos. Mi interés ahora se centraba sobre el mundo. Vi abrirse otra puerta: la puerta de mi carrera.

Volvió a mirar fijamente el fuego. La luz roja se reflejó en su rostro, confiriéndole por unos breves instantes una fuerza vivísima que pronto se desvaneció de nuevo.

—Bueno —dijo, y suspiró—. Me he entregado a esa carrera. He trabajado mucho... y muy duramente. Pero he soñado con el jardín encantado miles de veces y he visto su puerta, o al menos he vislumbrado su puerta, cuatro veces desde entonces. Si, cuatro veces. Hubo un tiempo en que este mundo parecía tan brillante e interesante, parecía contener tantos significados y oportunidades, que el encanto medio borroso del jardín era, en comparación, débil y remoto. ¿Quién desea acariciar panteras cuando se dispone a cenar en compañía de mujeres atractivas y hombres distinguidos? Regresé a Londres desde Oxford con un talento prometedor que yo había contribuido en buena parte a labrarme. En buena parte, pero... a pesar de todo, he tenido decepciones...

»He estado enamorado dos veces; no quiero detenerme en esto, pero una vez, cuando iba al encuentro de alguien de quien yo sabía que dudaba de que me atreviera a ir a verle, tomé un atajo, al azar, que había en un lugar apartado cerca de Earl's Court; y así me tropecé con un muro blanco y una puerta verde que me eran familiares. «¡Qué extraño! —me dije a mí mismo—, yo creía que este lugar se encontraba en Campden Hill. Es el lugar que jamás he logrado encontrar... era como contar piedras en Stonehenge, el lugar de aquel extraordinario sueño.» Y pasé junto a él con un firme propósito. Aquella tarde no tenía para mí atractivo alguno.

»Experimenté un impulso súbito de abrir la puerta; había que dar como mucho tres pasos; pero estaba plenamente convencido, en el fondo de mí corazón, de que sé me abriría. Y entonces pensé que, si lo hacía, podría llegar con retraso a aquella cita en la que estaba comprometido mi honor. Luego lamenté mi puntualidad; al menos, pude haberme asomado y saludado con la mano a las panteras, pero por entonces ya había aprendido a no volver a buscar tardíamente lo que no se ha encontrado buscándolo. Sí. aquella vez lo lamenté profundamente...

«Después de aquello vinieron años de intenso trabajo y no volví a ver mas la puerta. Solamente hace poco ha vuelto a aparecérseme y, junto a ella, he tenido la sensación de que algo, casi imperceptible,

enturbiaba mi mundo. Desde aquel momento, pensé con tristeza y amargura que no volvería a ver la puerta jamás. Quizá me resentía un poco por el exceso de trabajo, quizá se tratase de lo que la gente llama, según he oído, la crisis de los cuarenta. No lo sé. Pero lo cierto es que la penetrante brillantez que me hacía fácil la lucha había desaparecido recientemente, y justo en un momento en que los nuevos cambios políticos deberían estar ocupándome. Es extraño, ¿no es verdad? Pero empiezo a encontrar la vida penosa y sus recompensas, a medida que me acerco a ellas, sin valor. Empecé hace poco a desear el jardín desesperadamente. Sí, y lo he visto tres veces.

—¿El jardín?

—¡No... la puerta! ¡Y no he entrado!

Se inclinó hacia mí sobre la mesa, con una enorme aflicción en la voz mientras hablaba.

—Tres veces he tenido la oportunidad, ¡tres veces! Si alguna vez la puerta se me ofrece de nuevo, juro que entraré, lejos del polvo y del agobio, lejos de los resplandores estériles de la vanidad, lejos de las penosas futilidades. Iré y nunca volveré. Esta vez me quedará... Lo juré, y cuando llegó el momento, no entré.

»Tres veces en un año pasé junto a aquella puerta y no entré. Tres veces el año pasado.

»La primera vez fue en la noche de la lucha encarnizada por la Ley de Redención de Arrendamientos, en que el gobierno se salvó por una mayoría de tres votos. ¿Te acuerdas? Nadie de nuestro partido, quizá muy pocos de la oposición, esperaban que todo acabase aquella noche. Entonces el debate se vino abajo. Yo y Hotchloss estábamos cenando con su primo en Brentford; ambos estábamos desparejados, nos llamaron por teléfono y partimos en seguida en el coche de su pruno. Llegamos justo a tiempo, y en el camino pasamos por delante de mi muro y mi puerta, lívidos a la luz de la luna, manchados de un amarillo intenso bajo el resplandor de nuestros faros que los iluminaban, pero inconfundibles. «¡Dios mío!», exclamé. «¿Qué?», dijo Hotchloss. «¡Nada!», contesté, y el momento pasó.

»"He hecho un gran sacrificio", dije al portavoz parlamentario del partido cuando llegué. "Todos lo han hecho", dijo él, y se alejó apresuradamente.

»No veo cómo podía haber actuado de otra forma entonces. La

siguiente ocasión fue cuando corrí junto a la cama de mi padre para despedirme de aquel hombre anciano y severo. También en esta ocasión las exigencias de la vida eran imperiosas. Pero la tercera vez fue diferente; sucedió hace una semana. Me torturan los remordimientos al recordarlo. Fue con Gurker y Ralphs. Ya no es ningún secreto, sabes, que yo tuve una charla con Gurker. Habíamos estado cenando en Frobisher's y nuestra charla tomó de pronto un carácter íntimo. La cuestión de mi cargo en el nuevo ministerio quedaba siempre relegada para el final de la discusión Sí, si. Todo está decidido. No es necesario hablar de ello todavía, pero no hay razón para guardarte el secreto... ¡Sí, gracias!, ¡gracias! Pero déjame contarte mi historia.

»Aquella noche había muchísimas cosas en el aire. Mi posición era muy delicada. Estaba enormemente ansioso por conseguir alguna palabra definitiva de Gurker, pero se veía impedido por la presencia de Ralphs. Hacía inenarrables esfuerzos por mantener aquella banal e insignificante conversación, sin dirigirla abiertamente hacia el punto que me preocupaba. Tenía que hacerlo. El comportamiento posterior de Ralphs ha justificado con creces mi precaución... Sabía que Ralphs nos dejaría pasado Kensington High Street y entonces podría sorprender a Gurker con una súbita explosión de sinceridad. Uno tiene que acudir a veces a estas pequeñas artimañas... Y fue entonces cuando, en el margen de mi campo visual, reparé en el blanco muro y la puerta verde, que se hallaban enfrente de nosotros, calle abajo.

»Pasamos junto a ella conversando. Yo pasé junto a ella. Todavía puedo ver la sombra del marcado perfil de Gurker, su sombrero de copa inclinado hacia adelante sobre su prominente nariz, los abundantes pliegues de su bufanda ante mi sombra y la de Ralphs, mientras paseábamos, lentamente.

»Pasé a unas, veinte pulgadas de la puerta. «Si les doy las buenas noches y entro —me dije a mí mismo—, ¿qué pasarla?» Pero estaba sobre ascuas por aquella promesa de Gurker.

»No encontraba respuesta a aquella pregunta en la maraña de mis otros problemas. «Creerán que estoy loco —pensé—. Supongamos que desaparezco ahora... ¡Asombrosa desaparición de un político eminente!» Esto pesó en mí. Mil inconcebibles e insignificantes hechos mundanos pesaron sobre mí en aquella crisis.

Entonces se volvió hacia mí con una sonrisa triste y, hablando lentamente, dijo:

—¡Heme aquí! ¡Heme aquí! —repitió—. Y he perdido mi oportunidad. Tres veces en un mismo año la puerta se me ha ofrecido, aquella puerta que conduce a la paz, al goce, a la belleza más allá de lo que podemos soñar, a una bondad que a ningún hombre en la tierra le es dado conocer. Y yo la he rechazado, Redmond, y ha desaparecido.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Lo sé. No me queda ahora mas remedio que dedicarme a las tareas que me retuvieron con tanta fuerza cuando llegaron mis momentos. Tú dices que tengo éxito... esa cosa vulgar, chillona, tediosa y envidiada. Lo tengo. —Tenía una nuez en la mano—. Si esto fuera mi éxito —dijo, y la aplastó y me la tendió para que la viera.

»Permíteme que te diga algo, Redmond Esta pérdida me está destruyendo. Desde hace dos meses, desde hace casi diez semanas, no he trabajado nada, únicamente he cumplido con las obligaciones más inmediatas y urgentes. Mi alma está llena de implacable pesar. Por las noches, cuando es menos probable que se me reconozca, me escapo. Camino sin rumbo fijo. Sí. Me pregunto qué pensaría la gente si lo supiera. Un ministro del gabinete, la cabeza responsable del departamento más vital de todos, vagando solo... afligido... a veces lamentándose casi en alta voz... ¡por culpa de una puerta, de un jardín!

Capítulo 4

AÚN me parece estar viendo su rostro un poco pálido y el fuego sombrío, poco familiar, que se le había metido en los ojos. Le veo esta noche vividamente. Estoy rememorando sus palabras, las entonaciones de su voz, y el *Westminster Gazette* de ayer tarde está todavía sobre mi sofá, con la noticia de su muerte. Hoy, en el club, había un gran movimiento, a la hora del almuerzo, a causa de su muerte. No hablamos de otra cosa.

Encontraron su cuerpo a primeras horas de la mañana de ayer, en una profunda excavación cerca de East Kensington Station. Es uno de los dos pozos que se han realizado en relación con una extensión del ferrocarril hacia el sur. Está protegido de la intrusión del público por una empalizada en la parte alta de la calle, en la que se ha abierto una pequeña entrada para comodidad de algunos trabajadores que viven en aquella dirección. La entrada se dejó sin cerrar por un malentendido entre dos capataces; fue por ella por donde entró.

Mi mente está confundida por tantos interrogantes y enigmas. Al parecer, aquella noche hizo todo el trayecto desde la Cámara andando; durante la última sesión, con frecuencia regresó a casa andando, y es así como me imagino su figura oscura caminando por las calles desiertas, a una hora avanzada, arropado y ensimismado. Y luego, ¿fueron las pálidas luces eléctricas, cerca de la estación, las que confirieron a la empalizada un simulacro de blanco? ¿Despertó la puerta, totalmente abierta, algún recuerdo?

¿Pero había allí, en realidad, alguna puerta verde en el muro? No lo sé. He contado esta historia tal como él me la contó. A veces creo que Wallace no era mas que la víctima de la coincidencia entre una rara e insólita especie de alucinación y una trampa consecuencia de algún descuido, aunque no es ésa ciertamente mi convicción más profunda.

Pueden pensar que soy supersticioso, si quieren, que estoy loco; pero estoy realmente convencido de que él tenía, sin duda, un don prodigioso y un sentido, algo —no sé qué— que, bajo la apariencia de un muro y una puerta, le ofrecía un escape, una salida secreta y peculiar a otro mundo infinitamente más hermoso. En cualquier caso, diréis, al final le traicionó. Pero ¿le traicionó de veras? Ahí tocáis el más íntimo misterio de estos soñadores, de estos fantasiosos visionarios. Según nuestra visión común de las cosas, abandonó la seguridad para adentrarse en las tinieblas, el peligro y la muerte. Pero ¿lo vio así él realmente?

El país de los ciegos

A más de trescientas millas del Chimborazo y a cien de las nieves del Cotopaxi, en los desiertos más salvajes de los Andes ecuatoriales, está situado un misterioso valle montañoso separado del mundo de los hombres, el País de los Ciegos. Hace años, aquel valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían alcanzar finalmente, a través de temibles cañadas y por un camino helado, sus plácidos prados; y allí llegaron los hombres, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la codicia y la tiranía de un perverso gobernante español. Llegó luego la extraordinaria erupción del Mindobamba, que sumió en la noche a Quito durante diecisiete días, y el agua hirvió en Yaguachi y todos los peces muertos flotaron incluso hasta Guayaquil; por todas las escarpaduras a lo largo del Pacífico hubo derrumbamientos, rápidos deshielos y súbitas inundaciones, y un lado entero de la cima del viejo Arauca se deslizó y se desplomó estruendosamente separando el País de los Ciegos para siempre de las pisadas exploradoras de los hombres. Pero a uno de estos primeros colonos le sucedió que estaba al otro lado de las cañadas cuando el mundo se estremeció tan terriblemente, y por fuerza tuvo que olvidarse de su esposa e hijo y de todos los amigos y posesiones que había dejado y empezar una nueva vida en el mundo inferior. La empezó otra vez, pero enfermo; le sobrevino la ceguera y murió de pena en las minas; mas la historia que él contó engendró una leyenda que subsiste a lo largo de la Cordillera de los Andes hasta nuestros días.

Contó la razón que le había animado a aventurarse a abandonar aquel lugar al que había sido conducido por primera vez amarrado a una llama, junto a un inmenso fardo de enseres, cuando era niño. El valle, dijo, tenía todo lo que el corazón del hombre podía desear: agua dulce, pastos, un buen clima, laderas de tierra fértil con marañas de arbustos que daban un excelente fruto y, a un costado, grandes bosques de pinos que frenaban las avalanchas en lo alto. Por encima, a

lo lejos, en tres flancos, había enormes despeñaderos de roca gris verde coronados por riscos de hielo; pero la comente del glaciar no caía hacia ellos, sino que se deslizaba por las pendientes más alejadas y solamente de vez en cuando caían enormes masas de hielo por la ladera del valle. En este valle no llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales daban un neo pasto verde que el negó esparcía por todo el valle. Los colonos ciertamente prosperaban. Sus reses medraban y se multiplicaban, y sin embargo una cosa frustraba su felicidad; y era suficiente para frustrarla en gran manera. Les había sobrevenido una extraña enfermedad que había hecho que todos los niños nacidos allí, también algunos niños mayores, quedaran ciegos. Fue para buscar algún hechizo o antídoto contra esta plaga de ceguera por lo que él había vuelto a bajar la cañada con fatiga, peligros y dificultades. Por entonces, en tales casos los hombres no pensaban en gérmenes e infecciones, sino en pecados; y a él le pareció que la razón de esta calamidad debía ser la negligencia de estos inmigrantes laicos, que no habían instalado un altar en cuanto entraron en el valle. Él deseaba erigir un altar, un elegante, económico y eficaz altar; quería reliquias y poderosos símbolos de fe, objetos bendecidos, medallas y oraciones, misteriosas. En su mochila llevaba una barra de plata virgen cuyo origen no explicaba; insistía en que no había plata en el valle con la insistencia de un embustero inexperto. Todos habían reunido su dinero y ornamentos, teniendo poca necesidad de ese tesoro allí arriba, dijo, para comprar el remedio sagrado contra su enfermedad. Me imagino a ese joven montañés de ojos oscuros, tostado por el Sol, delgado y ansioso, agarrando el ala de su sombrero febrilmente, un hombre completamente deshabitado a las formas del mundo inferior, contando esta historia a algún solícito cura de ojos penetrantes antes del gran cataclismo; me lo imagino pretendiendo volver en seguida con remedios piadosos e infalibles contra aquella aflicción, y el infinito desánimo con que debió hacer frente a la inmensidad derrumbada de lo que una vez había sido la cañada. Pero el resto de su historia de desdichas no lo sé, excepto que tuvo una terrible muerte varios años más tarde. ¡Pobre descarriado de aquella lejanía! La comente que antaño formara la cañada saltaba ahora de la boca de una cueva rocosa, y la leyenda que su historia pobre y mal contada puso en circulación se ha convertido en la leyenda de una raza de ciegos en algún lugar, «por ahí», que todavía puede oírse hoy día.

Y entre la pequeña población de aquel valle ahora aislado y olvidado la enfermedad siguió su curso. Los viejos andaban a tientas y cegatos, los jóvenes veían confusamente y los niños que nacieron de ellos no veían en absoluto. Pero la vida era fácil en aquella cuenca bordeada de nieve perdida para todo el mundo, sin espinas ni aguijones, sin

insectos dañinos ni bestias excepto la mansa raza de llamas que ellos habían arrastrado, empujado y seguido por los lechos de los angostos ríos de la cañadas por las que habían llegado. Los videntes se habían vuelto cegatos tan gradualmente que apenas habían notado su pérdida. Guiaban a los jóvenes sin vista de aquí para allí hasta que conocían perfectamente todo el valle, y cuando al final la vista se extinguió enríe ellos, la raza siguió viviendo. Tuvieron incluso tiempo de adaptarse al control ciego del fuego que hacían cuidadosamente en hornillos de piedra. Eran al principio una raza de gente sencilla, iletrados, solamente un poco tocados por la civilización española, pero con algo de la tradición de las artes del viejo Perú y de su perdida filosofía. Las generaciones se sucedieron. Olvidaron muchas cosas e inventaron muchas otras. Su tradición del mundo más grande del que procedían adquirió un tinte mítico e incierto. En todo, excepto en la vista, eran fuertes y capaces; y pronto el nacimiento y la herencia produjo uno que tenía una mente original y que podía hablar y persuadirles; y después otro. Estos dos pasaron, dejando sus efectos, y la pequeña comunidad creció en número y entendimiento y se planteó y arregló los problemas sociales y económicos que se presentaron. Las generaciones se sucedieron. Llegó un momento en que nació un niño que distaba quince generaciones de aquel antepasado que salió del valle con una barra de plata para buscar la ayuda de Dios y que nunca volvió. Por entonces aconteció que entró en aquella comunidad un hombre procedente del mundo exterior. Y ésta es la historia de ese hombre.

Era un montañero de la región próxima a Quito, un hombre que había bajado al mar y había visto el mundo, un lector de libros de una forma original, un hombre agudo y emprendedor y que fue acogido por una partida de ingleses que habían acudido al Ecuador para escalar montañas, a fin de remplazar a uno de sus tres guías suizos que había caído enfermo. Anduvo escalando hasta que llegó el intento de subir el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, en el que se perdió para el mundo exterior. La historia del accidente ha sido escrita una docena de veces. La narración de Pointer es la mejor. Cuenta cómo la partida hizo su difícil y casi vertical camino hacia arriba hasta el mismo pie del último y más grande precipicio, y cómo construyeron un cobijo nocturno en medio de la nieve sobre un pequeño saliente de roca y, con un toque de auténtico dramatismo, cómo se dieron cuenta de que Núñez ya no estaba con ellos. Gritaron y no hubo respuesta; gritaron y silbaron y no durmieron durante el resto de la noche.

Cuando se levantó la mañana vieron las huellas de su caída. Parece imposible que no pudiera haber emitido ni un sonido. Se había

deslizado hacia el este por la ladera desconocida de la montaña; abajo, a lo lejos, se había golpeado contra un escarpado declive de nieve y se había abierto camino hacia abajo en medio de una avalancha de nieve. Su rastro seguía recto hacia el borde de un terrible precipicio y más allá todo estaba oculto. Lejos, abajo, confusos en la distancia, veían árboles que sobresalían de un estrecho y encerrado valle: el perdido País de los Ciegos. Pero ellos no sabían que era el perdido País de los Ciegos ni podían distinguirlo en modo alguno de cualquier otro retazo angosto de valle de montaña. Desanimados por el desastre, abandonaron su intento por la tarde y Pointer fue llamado a la guerra antes de poder realizar otro ataque. Hasta el presente el Parascotopetl se levanta como una cima inconquistada y el refugio de Pointer se derrumba en medio de las nieves sin que nadie vaya a visitarlo.

Pero el hombre que cayó sobrevivió.

Al final de la pendiente cayó unos mil pies y descendió en medio de una nube de nieve sobre una pendiente de nieve más escarpada aún que la de arriba. Llegó volteado, aturdido y sin sentido, pero sin un hueso roto en el cuerpo; y por fin llegó a pendientes más suaves, se detuvo y se quedó quieto, medio enterrado entre un blando montón de las blancas masas que le habían acompañado y salvado. Tornó en sí con un vago pensamiento de que estaba enfermo en cama; entonces se dio cuenta de su situación con una inteligencia de montañero, se relajó y después de un momento de descanso se liberó hasta ver las estrellas. Descansó tendido sobre el pecho durante un momento, pensando dónde estaba y qué le había sucedido. Examinó sus miembros y descubrió que algunos de los botones habían saltado y que el abrigo se le había vuelto sobre la cabeza. El cuchillo se le había salido del bolsillo y el gorro se le había perdido, aunque lo llevaba atado bajo la barbilla. Se acordó de que estaba buscando piedras sueltas para levantar su parte de pared del refugio. Su hacha de alpinista había desaparecido.

Decidió que debía haber caído y miró hacia arriba para ver, acentuado por la pálida luz de la Luna creciente, el tremendo vuelo que había dado. Durante un rato permaneció echado, contemplando enmudecido aquel vasto y pálido risco que descollaba por arriba, elevándose por momentos sobre la decreciente marea de la oscuridad. Su fantasmal y misteriosa belleza le retuvo durante cierto tiempo y después quedó sobrecogido por un arrebato de risa sollozante.

Después de un gran intervalo de tiempo se dio cuenta de que estaba cerca del margen inferior de la nieve. Abajo, en lo que ahora era un risco accesible e iluminado por la Luna, vio la oscura y quebrada

imagen del césped y las rocas. Luchó por levantarse con dolor en cada articulación y cada miembro, se liberó penosamente de la nieve suelta que tenía encima, bajó hasta que llegó al césped y allí se dejó caer, más que tumbarse, al lado de una roca, bebió largamente de la cantimplora de su bolsillo interior y al instante cayó dormido...

Fue despenado por el canto de los pájaros en los árboles de la lejanía.

Se incorporó y vio que estaba en un pequeño prado montañoso al pie de un vasto precipicio acanalado por la hondonada por la que habían bajado él y la nieve. Por encima, frente a él, otra pared de roca se erguía contra el cielo. Entre estos precipicios la cañada corría de este a oeste y estaba llena de luz solar de la mañana, que iluminaba hacia el oeste la masa de la montaña caída que cerraba la empinada cañada. Por debajo de él parecía haber un precipicio igualmente escarpado, pero tras la nieve de la hondonada encontró una especie de hendidura de chimenea de la que manaba agua de deshielo y hacia la que un hombre desesperado se podía arriesgar a bajar. Encontró que era más fácil de lo que le parecía y llegó finalmente a otro desolado prado montañoso, y después de una escalada por la roca sin especial dificultad, a una escarpada pendiente con árboles. Se orientó y se volvió hacia lo alto de la cañada, pues vio que desembocaba en unos verdes prados, entre los que divisó muy distintamente un grupo de chozas de piedra de forma poco familiar. A veces su avance era tan lento como trepar por la superficie de una pared, y al cabo de un tiempo el Sol naciente dejó de dar a lo largo de la cañada, los sonidos de los pájaros cantores se esfumaron y el aire se hizo frío y oscuro en tomo a él. Pero el distante valle con sus casas estaba más brillante. Llegó en seguida a un talud y notó entre las rocas, pues era un hombre observador, un helecho poco común que parecía salir de las grietas con grandes manos verdes. Cogió una hoja, mordió su tallo y lo encontró bueno.

Sobre el mediodía salió finalmente de la garganta de la cañada a la planicie y a la luz del Sol. Estaba tenso y cansado; se sentó a la sombra de una roca, llenó su cantimplora con el agua de una fuente, se la bebió toda y permaneció un rato descansando antes de continuar hacia las casas.

Eran muy extrañas a sus ojos, y en realidad todo el aspecto del valle se le hacía, mientras lo observaba, más curioso y menos familiar. La mayor parte de su superficie eran prados frescos y verdes, sembrados de bellas flores, irrigados con extraordinario cuidado y con evidente cultivo sistemático trozo a trozo. En lo alto y rodeando el valle, había un muro y lo que parecía ser un canal de agua circunferencial de

donde partían pequeños hilos de agua que alimentaban las plantas del prado; sobre las pendientes más altas pacían rebaños de llamas entre la escasa hierba. Cobertizos, aparentemente cobijos o silos de pienso para las llamas, se elevaban contra el muro fronterizo aquí y allá. Las corrientes de negó se juntaban en un canal principal, abajo, en el centro del valle, cercado a cada lado por un muro que se elevaba hasta el pecho. Esto daba un singular carácter urbano al recluso lugar, carácter en gran forma resaltado por el hecho de que cierto número de senderos pavimentados con piedras blancas y negras, cada uno con un curioso y pequeño bordillo a un lado, discurrían aquí y allá de manera ordenada. Las casas del pueblo central eran completamente diferentes de la casual y confusa aglomeración de las aldeas de montaña que él conocía, se encontraban dispuestas en una hilera continua a cada lado de la calle central, de asombrosa limpieza; aquí y allá su tachada multicolor estaba horadada por una puerta y ni una sola ventana rompía su fachada uniforme. Habían sido multicoloreadas con extraordinaria irregularidad; untadas de una especie de yeso que a veces era gris, a veces parduzco, a veces de color de pizarra o pardo oscuro; y fue la vista de este tosco enyesado lo primero que trajo al pensamiento del explorador la palabra «ciego». «El buen hombre que hizo eso —pensó— debía ser tan ciego como un murciélago.»

Descendió por un lugar escarpado y así llegó al muro y al canal que discurría por el valle, cerca de donde soltaba el agua sobrante por las escarpaduras de la cañada en un fino y ondulante rulo de cascada. Pudo ver a nombres y mujeres descansando sobre montones apilados de hierba, como si estuvieran echando la siesta, en la parte más remota del prado; y cerca del pueblo algunos niños recostados, y más cerca tres hombres portando cubos en horquillas a lo largo de un pequeño sendero que corría desde el muro circundante hacia las casas. Estos últimos estaban vestidos con tela de piel de llama, botas y correas de piel y llevaban gorros de tela con alas traseras y orejeras. Iban uno detrás de otro en fila, caminando lentamente y bostezando, como hombres que hubieran estado levantados toda la noche. Había algo tan tranquilizantemente venturoso y respetable en su porte que, tras un momento de duda, Núñez se echó hacia adelante tan visiblemente como pudo sobre su roca y dejó escapar un potente grito que resonó por todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron sus cabezas como si buscaran en torno a sí. Giraron los rostros de aquí para allá y Núñez gesticuló libremente. Pero no parecían verle a pesar de sus gestos, y al cabo de un rato, dirigiéndose hacia las montañas lejanas, hacia la derecha, gritaron su respuesta. Núñez voceó de nuevo y entonces, una

vez más y mientras hacía gestos ineficazmente, la palabra «ciego» se abrió paso entre sus pensamientos. «Esos tontos deben estar ciegos», dijo.

Cuando finalmente, después de mucho gritar e irritarse Núñez cruzó el arroyo por un puentecito, atravesó una puerta que había en el muro y se acercó a ellos, estaba seguro de que eran ciegos. Estaba seguro de que éste era el País de los Ciegos de que hablaban las leyendas. Le había asaltado esta convicción y una sensación de gran y envidiable ventura. Los tres se quedaron uno junto a otro, sin mirarle, pero con los oídos hacia él, juzgándole por sus pasos poco familiares. Se quedaron muy juntos, como hombres un poco asustados, y pudo ver sus párpados cerrados y hundidos, como si bajo ellos los globos hubieran desaparecido. Había una expresión casi de miedo en sus rostros.

—Un hombre —dijo uno de ellos en un español difícilmente reconocible—, es un hombre... un hombre o un espirita., que baja de las rocas.

Pero Núñez avanzó con los pasos confiados de un joven que entra en la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos volvían a su mente, y por su pensamiento pasó este viejo proverbio como si fuera un estribillo:

«En el País de los Ciegos el tuerto es rey.»

«En el País de los Ciegos el tuerto es rey.»

Y muy cortésmente les saludó. Les habló y se sirvió de sus ojos.

—¿De dónde viene, hermano Pedro? —preguntó uno.

—Ha bajado de las rocas.

—Vengo del otro lado de las montañas —dijo Núñez—, del país que está más allá, donde los hombres pueden verse. Cerca de Bogotá, donde hay cientos de miles de personas y donde la ciudad se extiende más allá de la vista.

—¿Vista? —musitó Pedro—. ¿Vista?

—Sale —dijo el segundo ciego— de las rocas.

Núñez vio que la tela de sus abrigos estaba cosida de una manera curiosa, cada una con diferentes costuras.

Le sobresaltaron con un movimiento simultáneo hacia él. Los tres con una mano extendida Retrocedió ante el avance de estos dedos desplegados.

—Ven aquí —dijo el tercer ciego, siguiendo su movimiento y agarrándole limpiamente.

Detuvieron a Núñez y le palparon, no diciendo ni una palabra mas hasta que lo hubieron hecho.

—Con cuidado —dijo, con un dejo en el ojo, y notó que pensaban de aquel órgano, con sus parpadeos, que era una cosa extraña en él Le tocaron otra vez.

—Una extraña criatura. Correa —dijo el que se llamaba Pedro—. Tienta la rudeza de su peto. Como el de una llama.

—Rudo es como las rocas que le engendraron —dijo Correa investigando la barbilla sin afeitar de Núñez con una mano suave y ligeramente humedecida—. Quizá se hará más fino. —Núñez forcejeó un poco ante su examen, pero ellos le agarraban firmemente.

—Con cuidado —dijo de nuevo.

—Habla —dijo el tercer hombre—. Ciertamente, es un hombre.

—¡Ugh! —dijo Pedro ante la aspereza de su abrigo.

—¿Y tú has venido al mundo? —preguntó Pedro.

—He salido del mundo. Por las montañas y glaciares; por ahí arriba, a medio camino del Sol. De un inmenso mundo donde se pone el. Sol, a doce días de camino hacia el mar.

Apenas parecían escucharle.

—Nuestros padres nos han dicho que los hombres pueden estar hechos por las fuerzas de la naturaleza —dijo Correa—. Por el calor de las cosas, la humedad y la putrefacción... la putrefacción.

—Conduzcámoslo a los mayores —dijo Pedro.

—Grita primero —dijo Correa—, no sea que los niños se atemoricen. Es un acontecimiento maravilloso.

Así que gritaron; Pedro fue delante y tomó a Núñez de la mano para conducirlo a las casas. Pero él retiró su mano.

—Yo puedo ver —dijo.

—¿Ver? —dijo Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez, girándose hacia él y tropezando con el cubo de Pedro.

—Sus sentidos son todavía imperfectos —dijo el tercer ciego—. Tropieza y dice palabras sin sentido. Llévale de la mano.

—Como queráis —dijo Núñez, y se dejó conducir, riendo.

A lo que parecía, no sabían nada de la vista.

Bien, en su momento, él les enseñaría.

Oyó a la gente gritar y vio unas figuras que se congregaron en el camino central del pueblo.

Aquel primer encuentro con la población del País de los Ciegos cargaba sus nervios y paciencia más de lo que él había previsto. El lugar parecía más grande a medida que se acercaba, y los enlucidos más extravagantes; una multitud de niños, hombres y mujeres (algunas mujeres y chicas, notó con agrado, tenían los rostros muy dulces, a pesar de que sus ojos estaban cerrados y hundidos) le rodearon, asiéndose a él, tocándole con manos dulces y sensibles, olfateándole y escuchando cada palabra que decía. Algunas de las muchachas y niños se apartaban, sin embargo, como si tuvieran miedo, y ciertamente su voz parecía ruda y basta al lado de sus suaves notas. Le atropellaban. Sus tres guías le sujetaban en un esfuerzo de posesión y decían una y otra vez:

—Un hombre salvaje salido de las rocas.

—Bogotá —dijo—. Bogotá. Al otro lado de las crestas de las montañas.

—Un hombre salvaje que usa palabras salvajes —dijo Pedro—. ¿Oís eso... Bogotá? Su mente apenas se ha formado todavía. Está solamente en los principios del habla.

Un muchachito le pellizcó la mano.

—¡Bogotá! —dijo burlonamente.

—¡Ay! Una ciudad distinta de vuestro pueblo. Vengo de un gran mundo... donde los hombres tienen ojos y ven.

—Su nombre es Bogotá —dijeron.

—Ha tropezado —dijo Correa—, ha tropezado dos veces mientras veníamos hacia aquí.

—Llémosle a los mayores.

Y repentinamente le empujaron por una entrada hacia una estancia tan oscura como boca de lobo excepto al final, donde ardía débilmente un fuego. La multitud le cercó por detrás y todo se cerró, excepto el lánguido resplandor del día: antes de que pudiera detenerse había caído precipitadamente a los pies de un hombre sentado. Su brazo, incontrolado, golpeó el rostro de alguien mientras caía; sintió el suave impacto de unos rasgos y oyó un grito de angustia; durante un momento luchó contra algunas manos que le agarraban. Era una lucha desigual. Le sobrevino un atisbo de la situación y permaneció quieto.

—He caído —dijo—; no podía ver en esta negra oscuridad.

Hubo una pausa como si los invidentes que le rodeaban trataran de comprender sus palabras. Entonces se oyó la voz de Correa:

—Está recientemente formado. Tropieza cuando camina y mezcla palabras en su hablar que no significan nada.

También otros dijeron cosas sobre él, que él oyó o comprendió imperfectamente.

—¿Puedo incorporarme? —pidió en una pausa—. No forcejearé con vosotros otra vez.

Se consultaron y le dejaron levantarse.

La voz de un hombre mayor empezó a hacerle preguntas y Núñez se

encontró tratando de explicar el gran mundo del que había caído, el cielo, las montañas, la vista y maravillas por el estilo, a aquellos mayores que se sentaban en la oscuridad en el País de los Ciegos. Ellos no creían ni comprendían nada de lo que les contaba, era algo completamente ajeno a sus expectativas. Incluso ni siquiera comprendían muchas de sus palabras. Durante catorce generaciones esta gente había estado ciega y apartada del mundo de los videntes; los nombres de todas las cosas de la vista se habían desvanecido y cambiado; la historia del mundo exterior estaba marchita y convertida en un cuento de niños; ellos habían dejado de preocuparse por lo que había mas allá de las pendientes rocosas sobre su muro circundante. Hubo entre ellos ciegos con genio que habían examinado los fragmentos de creencia y tradición que habían llegado a ellos de los días en que veían y habían desechado todas esas cosas como vanas fantasías, reemplazándolas por nuevas y más sanas explicaciones. Gran parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, y habían creado para sí nuevas imaginaciones con sus oídos y las puntas de sus dedos, cada vez más sensibles. Poco a poco Núñez se dio cuenta de ello; de que su esperanza de admiración y respeto por su origen y sus dones no iba a ser apoyada; y cuando su pobre intento de explicarles la vista fue descartado como la confusa versión de un ser recién formado que describía las maravillas de sus incoherentes sensaciones, desistió, un poco desanimado, y escuchó su consejo. El mayor de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión, cómo el mundo (significando su valle) había sido primeramente una hondonada en las rocas y cómo después llegaron cosas inanimadas sin el don del tacto y llamas y otras criaturas que tenían poco sentido, y después los hombres y al final los ángeles, a los que se podía oír cantar y producir sonidos zumbantes, pero a los que nadie en absoluto podía tocar, lo cual confundió en gran manera a Núñez hasta que pensó en los pájaros.

Continuó contando a Núñez cómo este tiempo se había dividido en calor y frío, que son los equivalentes ciegos del día y la noche, y cómo era bueno dormir con el calor y trabajar durante el frío, de forma que ahora, de no ser por su llegada, toda la ciudad de los ciegos estaría dormida. Dijo que Núñez debía haber sido especialmente creado para aprender y servir a la sabiduría que ellos habían adquirido, y que a pesar de su incoherencia mental y su comportamiento tropezón debía tener valor y esmerarse en aprender; y al decir esto todos los que estaban en la entrada murmuraron alentadoramente. Dijo que la noche —pues los ciegos llaman a su día noche— estaba ahora muy adelantada y que tocaba irse a dormir. Le preguntó a Núñez si sabía cómo dormir y Núñez dijo que sí, pero que antes deseaba comer.

Le trajeron comida —leche de llama en una escudilla y pan crudo salado— y le condujeron a un sitio solitario para que comiera sin su presencia y durmiera hasta que el frío de la noche montañosa les despertara para empezar de nuevo el día. Pero Núñez no durmió en absoluto.

En lugar de ello, se quedó sentado en el lugar en que le habían dejado, descansando sus miembros y dando vueltas en su mente una y otra vez a las circunstancias no previstas de su llegada.

De vez en cuando reía, a veces con diversión y otras con indignación.

—¡Mente sin formar! —dijo—. ¡Todavía no tiene sentidos! Poco saben que han estado insultando a su rey y maestro, enviado por los cielos. Creo que debo hacerles entrar en razón Déjame pensar... déjame pensar. —Todavía estaba pensando cuando el Sol se puso.

Núñez ponía atención en todas las cosas bellas y te pareció que el color de los campos nevados y de los glaciares que se alzaban a cada lado del valle era lo mas bello que jamás había visto. Sus ojos iban de aquel inaccesible esplendor al pueblo y a los campos irrigados, sumergiéndose rápidos en el crepúsculo, y de repente una ola de emoción le sobrevino y dio gracias a Dios desde el fondo de su corazón por haberle dado el poder de la vista.

Oyó una voz llamándole desde fuera del pueblo.

—¡Vamos, Bogotá! ¡Ven aquí!

Se levantó sonriendo. Enseñaría a esta gente de una vez por todas lo que es la vista para un hombre. Ellos le buscarían, pero no le encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Él rió ruidosamente y dio dos pasos furtivos a un lado del sendero.

—No pises la hierba, Bogotá; no está permitido.

Núñez apenas había oído el sonido que había producido. Sé detuvo asombrado.

El dueño de la voz subió corriendo por el sendero hacia él. Él volvió al sendero.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no acudiste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Acaso debes ser conducido como un niño? ¿No puedes oír el camino cuando andas?

Núñez rió.

—Lo puedo ver —dijo.

—No existe la palabra ver —dijo el ciego, después de una pausa—. Déjate de tonterías y sigue el sonido de mis pies.

Núñez siguió, un poco enojado.

—Ya llegará mi momento —dijo.

—Aprenderás —contestó el ciego—. Hay mucho que aprender en el mundo.

—¿No te ha dicho nadie «en el país del ciego el tuerto es rey»?

—¿Qué es ciego? —preguntó el ciego descuidadamente por encima del hombro.

Pasaron días y al quinto el Rey de los Ciegos seguía de incógnito, como un desmañado e inútil extranjero entre sus súbditos.

Era, admitió, mucho más difícil proclamarse de lo que había supuesto, y mientras meditaba su *golpe de Estado*, hacía lo que se le mandaba y aprendía las maneras y costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y vagar por la noche le parecía especialmente cansado y decidió que eso sería lo primero que iba a cambiar.

Esta gente llevaba una vida laboriosa y sencilla, con todos los elementos de la virtud y la felicidad tal como estas cosas suelen comprenderse entre los hombres. Se afanaban, pero no de modo opresivo; tenían alimentos y vestidos suficientes para sus necesidades; había días y temporadas de descanso; hacían música y cantaban mucho y entre ellos había amor y niños pequeños.

Era maravilloso ver con qué confianza y precisión se movían por su ordenado mundo. Todo había sido hecho en función de sus necesidades; cada uno de los senderos radiales de la zona del valle tenía un ángulo igual a los otros y se distinguía por una entalladura

especial sobre sus bordillos; todos los obstáculos e irregularidades del sendero o prado hacía tiempo que se habían apartado; todos sus métodos y procedimientos provenían naturalmente de sus especiales necesidades. Sus sentidos se habían hecho maravillosamente agudos; podían oír y juzgar el más ligero gesto de un hombre a una docena de pasos, podían oír incluso el latido de su corazón. La entonación había reemplazado en ellos a la expresión y a los gestos, y su trabajo con la azada, la pala y la horca era tan desenvuelto y confiado como el trabajo de jardinería. Su sentido del olfato era extraordinariamente fino; podían distinguir los aromas individuales tan rápidamente como un peno y cuidaban de las llamas, las cuales vivían entre las rocas de arriba y bajaban al muro a por comida y cobijo, con facilidad y confianza. Solo cuando finalmente Núñez decidió afirmarse vio cuan fáciles y confiados podían ser sus movimientos.

Se rebeló solamente después de haber intentado la persuasión Intentó primeramente, en varias ocasiones, hablarles de la vista.

—Atended, vosotros —decía—. Hay cosas en mí que vosotros no comprendéis.

Una o dos veces uno o dos de ellos le escucharon; se sentaron con los rostros inclinados y las orejas vueltas inteligentemente hacia él y trató de contarles lo que era ver. Entre sus oyentes estaba una muchacha, con los párpados menos rojos y hundidos que los demás, de forma que casi cabía imaginar que ocultaba los ojos, a quien especialmente esperaba persuadir. Habló de las bellezas de la vista, de la contemplación de las montañas, del cielo y de la salida del Sol, y ellos le escuchaban con divertida incredulidad que en seguida se hizo condenatoria. Le dijeron que verdaderamente no había en absoluto montañas, sino que al final de las rocas donde las llamas pastaban estaba el fin del mundo; allí se erguía la bóveda cavernosa del universo, de la que caían el rocío y las avalancha y cuando él mantuvo vigorosamente que el mundo no tenía fin ni techo como ellos suponían, dijeron que sus pensamientos eran malvados. Cuando les describía el cielo y las nubes y las estrellas, a ellos les parecía un vacío horrible, una nada terrible en lugar de la plácida bóveda que había sobre las cosas en que ellos creían; era un artículo de fe para ellos que la bóveda cavernosa era exquisitamente suave al tacto. Vio que de alguna forma les ofendía y abandonó enteramente aquel aspecto del asunto tratando de mostrarles el valor práctico de la vista. Una mañana vio a Pedro en el sendero llamado Diecisiete dirigiéndose a las casas centrales, pero todavía demasiado alejado para que pudieran oírle u olfatearle, y les dijo:

—Dentro de un momento Pedro estará aquí.

Un anciano comentó que Pedro no tenía nada que hacer en el sendero Diecisiete y entonces, como una confirmación, giró y se adentró transversalmente en el sendero Diez y volvió con paso ligero hacia el muro exterior. Se burlaba de Núñez cuando Pedro no llegó y después, cuando hizo preguntas a Pedro para limpiar su reputación, Pedro lo negó y le humilló; y después estuvo hostil con él.

Entonces él les incitó a dejarle caminar hacia arriba por los pendientes prados en dirección al muro con un individuo complaciente a quien prometió describirle todo lo que sucedía entre las casas. Dio nota de ciertas idas y venidas, pero lo que realmente parecía tener significado para esta gente sucedía dentro o detrás de las casas desprovistas de ventanas, las únicas cosas de las que ellos tomaron nota para probarle, y de ellas él no podía ver o decir nada; y fue después del fracaso de este intento y de las burlas que no podían contener, cuando él recurrió a la fuerza. Pensó en coger una pala y dar repentinamente con uno o dos de ellos en tierra, y así en justo combate demostrarles la ventaja de los ojos. Fue tan lejos en su resolución que cogió la pala, y entonces descubrió algo sobre sí mismo, y fue que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

Dudó y vio que todos se habían dado cuenta de que había agarrado la pala. Estaban alerta, con las cabezas hacia un lado y las orejas hacia él por lo que él pudiera hacer a continuación.

—Arroja esa pala —dijo uno, y él sintió una especie de honor desvalido. Obedeció.

Entonces empujó a uno hacia atrás contra una pared y huyó de él fuera del pueblo.

Marchó a través de uno de los prados, dejando un rastro de hierba pisoteada tras sus pies, y luego se sentó junto a uno de los caminos. Sintió esa especie de ímpetu que acomete a todos los hombres al principio de una batalla, pero una perplejidad mayor. Empezó a darse cuenta de que ni siquiera se puede luchar a gusto con criaturas que parten de una base mental diferente de la propia. A lo lejos divisó a hombres que llevaban palas y palos y salían de la calle de casas, avanzando desplegados por los senderos hacia él. Avanzaban lentamente, hablando entre sí, y de vez en cuando toda la hilera se detenía, husmeaba y escuchaba.

La primera vez que lo hicieron Núñez se rio. Pero después ya no se rio. Uno descubrió su rastro en la hierba del prado y se agachó rastreando su camino.

Durante cinco minutos observó la lenta maniobra de la hilera y a continuación su vaga disposición a hacer algo de inmediato se hizo apremiante. Se irguió, dio unos pasos hacia el muro circunferencial, se volvió y desanduvo su camino. Allí estaban todos, en forma de luna creciente, quietos y escuchando.

Él también estaba quieto, agarrando la pala fuertemente con ambas manos. ¿Cargaría sobre ellos?

Sus oídos latían al ritmo de «En el País de los Ciegos el tuerto es rey».

¿Cargaría sobre ellos?

Volvió la vista hacia el alto e inabordable muro que tenía detrás; inabordable por su liso enlucido, pero al mismo tiempo horadado por muchas puerteólas, y a la línea de perseguidores que se acercaba. Detrás de ellos, salían otros de la calle de casas.

¿Cargaría sobre ellos?

—¡Bogotá! —llamó uno—. ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Agarró su pala más fuertemente todavía y descendió por los prados hacia el lugar de las moradas, y convergían hacia el punto a que él se dirigía.

—Los mataré si me tocan —juró—, por Dios que lo haré. Les golpearé —gritó—: ¡Escuchad, voy a hacer lo que quiera en este valle! ¿Oís? ¡Voy a hacer lo que quiera e ir a donde quiera!

Se cerraban sobre él rápidamente, a tientas pero moviéndose con rapidez. Era como jugar a la gallina ciega, pero todos a ciegas excepto uno.

—¡Agárrale! —gritó uno. Se encontró en el arco de una curva abierta de perseguidores. Sintió repentinamente que debía ser activo y decidido.

—Vosotros no comprendéis —gritó con una voz que quería ser fuerte y resoluta y que se quebró—. Vosotros sois ciegos y yo puedo ver. ¡Dejadme!

—¡Bogotá! ¡Deja esa pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca en su cortés familiaridad, le produjo una ráfaga de furia.

—Os heriré —dijo sollozando de emoción—. Por Dios que os heriré. ¡Dejadme!

Empezó a correr, no sabiendo claramente adonde ir. Se apartó corriendo del ciego mas cercano porque era horroroso golpearle. Se paró y luego tuvo un arranque para escapar de su cerrada posición. Se dirigió hacia donde había un amplio hueco, y los nombres que había a ambos lados, con una rápida percepción de la aproximación de sus pasos, se cerraron entre sí. Saltó hacia adelante, vio que estaba arrapado y golpeó con la pala. Sintió el suave nudo de una mano y un brazo y el hombre cayó con un gemido de dolor; se vio libre.

¡Libre! Se vio luego cerca de la calle de casas otra vez, y los ciegos, volteando palas y estacas, corrían con una especie de ligereza razonable de aquí para allá.

Oyó pasos detrás justo a tiempo y vio a un hombre alto que se le acercaba golpeando, guiado por el sonido de él. Perdió los nervios, lanzó un mandoble amplio a su contrario, giró y le esquivó, vociferando mientras regateaba a otro.

Estaba lleno de pánico. Corría furiosamente de aquí para allá, esquivando donde no había necesidad de hacerlo y, en su ansiedad por mirar a ambos lados a la vez, tropezando. Por un momento cayó y ellos oyeron su caída. A lo lejos, en el muro circunferencial, había una pequeña entrada que le pareció el cielo; se dirigió hacia ella con un ímpetu salvaje. Ni siquiera se volvió para mirar a sus perseguidores hasta que la alcanzó; tropezó en el puente, trepando por un pequeño camino entre las rocas ante la sorpresa y el espanto de una joven llama, que se alejó saltando, y se tendió sollozando para recuperar el aliento.

Y así llegó al final su golpe de Estado.

Permaneció fuera del muro del valle de los Ciegos durante dos noches y dos días sin comida ni refugio; meditaba sobre lo inesperado de la situación. Mientras meditaba repitió con frecuencia y siempre con una profunda nota de mofa el proverbio: «En el País de los Ciegos el tuerto es rey.» Pensó sobre todo en las formas de lucha y conquista de aquella gente y vio claramente que no tenía posibilidad en la

práctica. No tenía armas y ahora le sería difícil conseguirlas.

El cáncer de la civilización también le había afectado a él en Bogotá, y no se encontraba capaz de bajar y asesinar a un ciego. Por supuesto que si lo hiciera, podría entonces imponer condiciones bajo la amenaza de asesinarlos a todos. Pero... ¡tarde o temprano debía dormir...!

Trató también de encontrar comida entre los pinos, de abrigarse bajo sus ramas mientras caía la escarcha, por la noche, y, con menos confianza, de capturar una llama con destreza para matarla, quizás golpeándola con una piedra, y así finalmente, comer. Pero las llamas recelaban de él y le miraban con sus ojos pardos desconfiados, escupiéndole cuando se acercaba. Al segundo día le entró el miedo y se estremeció de frío. Finalmente descendió por el muro del País de los Ciegos y trató de llegar a un acuerdo. Se arrastró por el arroyo, gritando, hasta que dos ciegos salieron por la puerta y le hablaron.

—Estaba loco —dijo—. Pero es que estaba recién formado.

Le dijeron que eso estaba mejor.

Les dijo que ahora estaba arrepentido de todo lo que había hecho. Entonces lloró sin querer, pues estaba muy débil y enfermo, y ellos lo tornaron como un signo favorable.

Le preguntaron si todavía creía que podía ver.

—No —dijo—. Fue una tontería. La palabra no significa nada... ¡Menos que nada!

Le preguntaron qué había allá arriba.

—Como a unas diez veces la altura de un hombre, hay una bóveda sobre el mundo... de roca... y muy, muy suave... —Estalló de nuevo en lágrimas histéricas—. Antes de preguntarme nada más, dadme algo de comer o me moriré.

Esperaba espantosos castigos, pero aquellos ciegos eran capaces de tolerancia. Consideraron su rebelión sólo como una prueba más de su general idiotez e inferioridad; y una vez le hubieron azotado le asignaron la tarea más sencilla y dura; y él no viendo otra forma de vivir, sumisamente hizo lo que se le dijo.

Se puso enfermo algunos días y le cuidaron amablemente. Esto

perfeccionó su sumisión. Pero ellos insistían en que permaneciera en la oscuridad, y esto era una gran desgracia. Acudieron filósofos ciegos que le hablaron de la malvada ligereza de su mente, y le reprendieron tan impresionantemente por dudar de la tapa de roca que cubría su sísmica cacerola que casi dudó si realmente no sería víctima de una alucinación por no verla allá arriba.

Así pues, Núñez se convirtió en un ciudadano del País de los Ciegos; aquellas gentes dejaron de ser gente en general y se le hicieron individuales y familiares, mientras que el mundo allende las montañas se le hacía cada vez más remoto e irreal. Estaba Yacob, su amo, un hombre amable cuando no se enojaba; estaba Pedro, sobrino de Yacob, y estaba Medina-saroté, la hija menor de Yacob. Era poco estimada en el mundo de los ciegos, porque tenía un rostro definido y le faltaba aquella satisfactoria y brillante tersura que es el ideal del ciego de la belleza femenina; pero Núñez desde el principio la vio bella, y poco después la cosa más bella de toda la creación. Sus párpados cerrados no estaban hundidos y rojos como era común en el valle, sino relajados como si pudieran abrirse otra vez en cualquier momento; tenía largas pestañas, lo cual era considerado una grave desfiguración. Su voz era fuerte y no satisfacía los agudos oídos de los galanes del valle, así que no tenía ningún pretendiente.

Llegó un momento en que Núñez pensó que si la conseguía se vería resignado a vivir en el valle por el resto de sus días.

Él la vigilaba; buscaba oportunidades para hacerle pequeños servicios y en seguida observó que ella se fijaba en él. Una vez, en una reunión de un día de descanso, se sentaron uno junto al otro a la pálida luz de las estrellas; la música era dulce. Su mano se posó sobre la de ella y se atrevió a cogerla. Entonces, muy tiernamente, ella le devolvió la presión. Y un día, mientras estaban comiendo en la oscuridad, sintió muy suavemente que su mano le buscaba; en aquel momento el fuego se avivó y entonces vio ternura en su rostro.

La buscó para hablarle.

Se dirigió a ella un día, cuando estaba sentada a la luz de la Luna del verano, hilando. La luz la hacía de plata y misterio. Se sentó a sus pies y le dijo que la quería y lo hermosa que le parecía. Él tenía voz de enamorado, hablaba con tierna reverencia cercana al temor; ella nunca había estado enternecida por la adoración. No le dio ninguna respuesta definitiva, pero estaba claro que sus palabras la complacían.

Posteriormente le hablaba siempre que tenía oportunidad. El valle se

convirtió en el mundo para él. Y el mundo allende las montañas donde los hombres vivían a la luz del Sol ya no le parecía más que un cuento de hadas con que algún día regalada sus oídos. Muy prudente y tímidamente él le hablaba de la vista.

A ella la vista le parecía la más poética de las fantasías y escuchaba su descripción de las estrellas, de las montañas y de su propia belleza dulce y blanca con cierta indulgencia. No es que le creyera, solamente le medio complacía, pero estaba misteriosamente deleitada y a él le parecía que comprendía todo.

Su amor le hizo perder el miedo y cobrar valor. Pronto iba a pedirla a Jacob y a los mayores en matrimonio, pero como ella se mostraba temerosa, lo demoró. Fue una de sus hermanas mayores la que primero contó a Jacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Hubo desde el principio una oposición muy grande al matrimonio de Núñez y Medina-saroté; no tanto por el aprecio que le tenían a ella como por considerarle a él un ser aparte, un idiota, una cosa incompetente por debajo del nivel permisible en un hombre. Sus hermanas se opusieron severamente, como si fuera un descrédito para todos ellos; y el viejo Jacob, aunque había concebido una especie de cariño por su torpe y obediente siervo, meneó la cabeza y dijo que no podía ser. Los jóvenes estaban airados ante la idea de corromper la raza y uno llegó hasta el punto de ultrajarle y pegarle. Él devolvió el golpe. Entonces se dio cuenta por primera vez de la ventaja de ver, incluso en el crepúsculo, y después de finalizada aquella lucha nadie estaba dispuesto a levantar una mano contra él. Pero aun así consideraban su matrimonio imposible.

El viejo Jacob tenía afecto por su última hijita y se afligió cuando ella lloró sobre su hombro.

—Escucha, querida, él es un necio. Tiene alucinaciones y no puede hacer nada bien.

—Lo sé —sollozó Medina-saroté—. Pero es mejor que antes. Está mejorando. Y es fuerte, querido padre, y cariñoso... más fuerte y más cariñoso que cualquier otro hombre del mundo. Y me ama, y, padre, yo le amo.

El viejo Jacob estaba muy afligido al verla inconsolable, y además, lo que empeoraba las cosas, Núñez le agradaba por muchas cosas. De manera que fue y se sentó en la cámara sin ventanas del consejo con

los otros mayores, siguió el curso de la conversación y dijo en el momento apropiado:

—Es mejor de lo que era. Probablemente algún día le hallaremos tan cuerdo como nosotros.

Entonces uno de los mayores, que pensaba profundamente, tuvo una idea. Era el gran doctor entre aquella gente, su médico brujo, tenía una mente muy filosófica e inventiva y la idea de curar a Núñez de sus peculiaridades le atraía. Un día, estando Yacob presente, volvió sobre el asunto de Núñez.

—He examinado a Bogotá —dijo—, y el caso está para mí mas claro. Creo que probablemente pueda curarse.

—Eso es lo que siempre he esperado —dijo el viejo Yacob.

—Su cerebro está afectado —dijo el doctor ciego.

Los mayores murmuraron su asentimiento.

—¿Y cuál es esa afección?

—¡Ah! —dijo el viejo Yacob.

—Esto —dijo el doctor, contestando a su propia pregunta—. Esas curiosas cosas que se llaman ojos y que están para dar una agradable y suave concavidad al rostro, Bogotá las tiene enfermas, de tal forma que afectan a su cerebro. Están muy dilatados, tiene pestañas y sus párpados se mueven, y por consiguiente su cerebro está en un estado de constante irritación y destrucción.

—¿Sí? —dijo el viejo Yacob—. ¿Sí?

—Y creo que puedo decir con razonable certeza que, para curarle completamente, todo lo que necesitamos es hacerle una simple y fácil operación quirúrgica; es decir, extraerle estos cuerpos irritantes.

—¿Y entonces sanará?

—Entonces se pondrá perfectamente sano y será un ciudadano completamente admirable.

—¡Gracias a Dios por la ciencia! —dijo el viejo Yacob; y salió rápidamente para contar a Núñez sus gratas esperanzas.

Pero la forma en que recibió Núñez las buenas noticias le pareció fría y decepcionante.

—Se diría por tu tono —dijo—, que a ti no te importa mi hija.

Fue Medina-saroté la que persuadió a Núñez para que aceptara a los cirujanos ciegos.

—¿Tú no querrás —dijo él— que yo pierda mi don de la vista?

Ella sacudió la cabeza.

—Mi mundo es la vista.

Su cabeza se inclinó más.

—Existen las cosas bellas, las pequeñas cosas bellas... las flores, el musgo entre las rocas, la ligereza y suavidad de un trozo de piel, el lejano cielo con sus nubes amontonadas, las puestas de Sol y las estrellas. Y existes tú. Sólo por ti es bueno tener vista por ver tu dulce y sereno rostro, tus labios blandos, tus queridas y bellas manos replegadas... Son estos ojos míos que tú conseguiste, estos ojos que me retienen contigo, lo que esos idiotas buscan. En vez de eso, yo deberla tocarte, oírte y no verte nunca más. Debo descender a esa bóveda de roca, piedra y oscuridad, a esa horrible bóveda a la que se somete vuestra imaginación. No; ¿tú me harías eso?

Una desagradable duda se le había presentado. Se interrumpió y dejó la pregunta en el aire.

—A veces —dijo ella— me gustaría... —y se detuvo.

—¿Sí? —dijo él con cierta timidez.

—A veces me gustaría... que no hablaras así.

—¿Cómo?

—Sé que es... es tu imaginación. A mí me gusta, pero ahora...

Él sintió frío.

—¿Ahora? —dijo él débilmente.

Se quedó sentada, completamente quieta.

—Quieres decir... Tú crees... que yo mejoraría, quizás...

Él comprendía rápidamente. Sintió indignación por el triste curso del destino, pero también compasión por su falta de comprensión; una compasión semejante casi a la piedad.

—Querida —dijo, y podía ver por su palidez cuan intensamente padecía su espíritu por las cosas que no podía decir. La rodeó con sus brazos, le besó en la oreja y se quedaron sentados en silencio.

—¿Y si yo consintiera? —dijo él finalmente con voz muy suave.

Ella se arrojó a sus brazos llorando ferozmente.

—¡Oh, si lo hicieras! —sollozó—, ¡si lo hicieras!

Durante la semana que precedió a la operación que iba a elevarle de su servidumbre e inferioridad al nivel de un ciudadano ciego, Núñez no supo lo que era dormir; durante las cálidas horas de Sol, mientras los otros dormían felizmente, él se quedaba sentado cavilando o paseaba sin rumbo, tratando de aceptar mentalmente su dilema. Él ya había dado su contestación, había dado su consentimiento, y con todo no estaba seguro. Finalmente se terminó el trabajo, el Sol salió con esplendor sobre las cimas doradas y se inició su último día de visión. Estuvo unos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

—Mañana —dijo él— ya no veré más.

—¡Corazón mío! —contestó ella, y le apretó las manos con todas sus fuerzas—. Sólo te harán un poco de daño, y pasarás ese dolor... lo pasarás, querido, por mí.. Querido, si el corazón y la vida de una mujer pueden hacerlo, yo te lo recompensaré. Mi más querido, mi queridísimo de tierna voz, yo te recompensaré.

Núñez estaba empapado de misericordia por sí mismo y por ella. La cogió en sus brazos, apretó sus labios contra los de ella y miró su dulce rostro por última vez.

—¡Adiós! —musitó a su amadísima—, ¡adiós! Y después, en silencio, se alejó de ella.

Ella pudo oír sus lentos pasos retirándose y hubo algo en su ritmo

que la sumió en un llanto apasionado.

Él había pensado dirigirse a un lugar solitario donde los prados estaban embellecidos por los blancos narcisos y permanecer allí hasta que llegara la hora de su sacrificio; pero mientras marchaba levantó sus ojos y vio la mañana, la mañana como un ángel con armadura dorada, que descendía por las pendientes...

Ante este esplendor pensó que él mismo, ese mundo ciego del valle y su amor, después de todo, no eran más que un pozo de pecados.

No se desvió como había pensado hacerlo, sino que siguió, atravesó el muro de la circunferencia y salió a las rocas; sus ojos se fijaron en el hielo y la nieve iluminados por la luz del Sol.

Vio su belleza infinita y su imaginación se remontó más allá de las cosas que iba a abandonar para siempre.

Pensó en el gran mundo libre del que había partido, el mundo que era el suyo propio, y tuvo la visión de aquellas pendientes distantes, en la lejanía, y Bogotá, un lugar de extraordinaria y excitante belleza, un resplandor durante el día, un misterio luminoso por la noche, un lugar de palacios, fuentes, estatuas y blancas casas, hermosamente situadas a media distancia: Pensó en que durante un día o más podía descender por los caminos, acercándose más y más a sus ajetreadas calles y caminos. Pensó en el viaje por el río, día a día, desde el gran Bogotá al todavía más vasto mundo de mas allá, por ciudades y pueblos, bosques y desiertos, por el río fluyente, hasta que sus orillas se abrían y los grandes barcos de vapor se acercaban salpicando y se llegaba al mar... el mar sin límites, con sus miles y miles de islas, y sus barcos divisados vagamente lo lejos de sus incesantes rutas alrededor del gran mundo. Y allí, no acorralado por montañas, se veía el cielo... el cielo, no el disco que veía aquí; sino un arco de azul inconmensurable, un abismo de abismos en el que flotaban las estrellas que giraban... Sus ojos escudriñaron con ansia la gran cortina de montañas. Por ejemplo, si subía por aquella hondonada y hacia aquel cañón de allí, entonces podría salir en lo alto de aquellos pinos achaparrados que abrían aquel saliente y subían más y más mientras iba pasando por encima de la cañada. ¿Y después? Aquel talud puede salvarse. Desde allí quizás podría encontrar una subida hacia el precipicio que había bajo la nieve; y si aquel cañón fallara, entonces otros más lejos, hacia el este, quizá pudieran servir mejor a su propósito. ¿Y después?

Después saldría sobre la nieve de color ámbar y a medio camino de la

cima de aquellas bellas desolaciones.

Volvió la mirada hacia el pueblo, después giró en redondo y se quedó mirándolo fijamente.

Pensó en Medina-saroté, que se había vuelto pequeña y remota.

Se volvió de nuevo hacia el muro montañoso a cuyo pie le había sorprendido el alba.

Entonces, muy circunspecto, empezó a trepar.

Cuando llegó la puesta de Sol ya no trepaba, pero estaba lejos y alto. Había estado más alto, pero aun así estaba muy alto. Sus ropas estaban rasgadas, sus miembros manchados de sangre, tenía magulladuras en muchos sitios, pero estaba tumbado a su antojo y había una sonrisa en su rostro.

Desde donde él descansaba el valle parecía como un pozo, casi una milla hacia abajo. Ya estaba oscuro, había niebla y sombras, aunque las cunas de las montañas que le rodeaban estaban llenas de luz y de fuego. Las cimas de las montañas que había alrededor de él eran de luz y de fuego, y los pequeños detalles de las rocas que tenía cerca estaban llenos de una sutil belleza... una veta de mineral verde horadaba las grises y chillonas facetas cristalinas aquí y allá, había un diminuto y bello liquen de color naranja junto a su cara. Había profundas y misteriosas sombras en la cañada, un azul que se ahondaba en púrpura, un púrpura en la oscuridad luminosa, y sobre su cabeza la infinita grandiosidad del cielo. Pero no reparó en estas cosas, se quedó allí quieto, sonriendo como si estuviera satisfecho por haber escapado del valle de los Ciegos en que se había creído rey.

El fulgor de la puesta de Sol pasó y llegó la noche, y todavía descansaba plácidamente satisfecho bajo las frías estrellas.

El bacilo robado

—ÉSTA, también, es otra preparación del famoso bacilo del cólera —explicó el bacteriólogo colocando el portaobjetos en el microscopio.

El hombre de rostro pálido miró por el microscopio. Evidentemente no estaba acostumbrado a hacerlo, y con una mano blanca y débil tapaba el ojo libre.

—Veo muy poco —observó.

Ajuste este tornillo —indicó el bacteriólogo—, quizás el microscopio esté desenfocado para usted. Los ojos varían tanto... Sólo una fracción de vuelta para este lado o para el otro.

—¡Ah! Ya veo —dijo el visitante—. No hay tanto que ver después de todo. Pequeñas rayas y fragmentos rosa. De todas formas, ¡esas diminutas partículas, esos meros corpúsculos, podrían multiplicarse y devastar una ciudad! ¡Es maravilloso!

Se levantó, y, retirando la preparación del microscopio, la sujetó en dirección a la ventana.

—Apenas visible —comentó mientras observaba minuciosamente la preparación. Dudó.

—¿Están vivos? ¿Son peligrosos?

—Los han matado y teñido —aseguró el bacteriólogo—. Por mi parte me gustaría que pudiéramos matar y teñir a todos los del universo.

—Me imagino —observó el hombre pálido sonriendo levemente que usted no estará especialmente interesado en tener aquí a su alrededor microbios semejantes en vivo, en estado activo.

—Al contrario, estamos obligados a tenerlos —declaró el bacteriólogo—. Aquí, por ejemplo.

Cruzó la habitación y cogió un tubo entre unos cuantos que estaban sellados.

—Aquí está el microbio vivo. Éste es un cultivo de las auténticas bacterias de la enfermedad vivas —dudó—. Cólera embotellado, por decirlo así.

Un destello de satisfacción iluminó momentáneamente el rostro del hombre pálido.

—¡Vaya una sustancia mortal para tener en las manos! —exclamó devorando el tubito con los ojos.

El bacteriólogo observó el placer morboso en la expresión de su visitante. Este hombre que había venido a verle esa tarde con una nota de presentación de un viejo amigo le interesaba por el mismísimo contraste de su manera de ser. El pelo negro, largo y lacio; los ojos grises y profundos; el aspecto macilento y el aire nervioso; el vacilante pero genuino interés de su visitante constituían un novedoso cambio frente a las flemáticas deliberaciones de los científicos corrientes con los que se relacionaba principalmente el bacteriólogo. Quizás era natural que, con un oyente evidentemente tan impresionable respecto de la naturaleza letal de su materia, él abordara el lado más efectivo del tema.

Continuó con el tubo en la mano pensativamente:

—Sí, aquí está la peste aprisionada. Basta con romper un tubo tan pequeño como éste en un abastecimiento de agua potable y decir a estas partículas de vida tan diminutas que no se pueden oler ni gustar, e incluso para verlas hay que teñirlas y examinarlas con la mayor potencia del microscopio: Adelante, creced y multiplicaos y llenad las cisternas; y la muerte, una muerte misteriosa, sin rastro, rápida, terrible, llena de dolor y de oprobio se precipitaría sobre la ciudad buscando sus víctimas de un lado para otro. Aquí apartaría al marido de su esposa y al hijo de la madre, allá al gobernante de sus deberes y al trabajador de sus quehaceres. Correría por las principales cañerías, deslizándose por las calles y escogiendo acá y allá para su castigo las casas en las que no hervían el agua. Se arrastraría hasta los pozos de los fabricantes de agua mineral, llegaría, bien lavada, a las ensaladas, y yacería dormida en los cubitos de hielo. Estaría esperando dispuesta para que la bebieran los animales en los abrevaderos y los niños

imprudentes en las fuentes públicas. Se sumergiría bajo tierra para reaparecer inesperadamente en los manantiales y pozos de mil lugares. Una vez puesto en el abastecimiento de agua, y antes de que pudiéramos reducirlo y cogerlo de nuevo, el bacilo habría diezmado la ciudad.

Se detuvo bruscamente. Ya le habían dicho que la retórica era su debilidad.

—Pero aquí está completamente seguro, ¿sabe usted?, completamente seguro.

El hombre de rostro pálido movió la cabeza afirmativamente. Le brillaron los ojos. Se aclaró la garganta.

—Estos anarquistas, los muy granujas —opinó—, son imbéciles, totalmente imbéciles. Utilizar bombas cuando se pueden conseguir cosas como ésta. Vamos, me parece a mí.

Se oyó en la puerta un golpe suave, un ligerísimo toque con las uñas. El bacteriólogo la abrió.

—Un minuto, cariño —susurró su mujer.

Cuando volvió a entrar en el laboratorio, su visitante estaba mirando el reloj.

—No tenía ni idea de que le he hecho perder una hora de su tiempo —se excusó—. Son las cuatro menos veinte. Debería haber salido de aquí a las tres y media. Pero sus explicaciones eran realmente interesantísimas. No, ciertamente no puedo quedarme un minuto más. Tengo una cita a las cuatro.

Salió de la habitación dando de nuevo las gracias. El bacteriólogo le acompañó hasta la puerta y luego, pensativo, regresó por el corredor hasta el laboratorio. Reflexionaba sobre la raza de su visitante. Desde luego no era de tipo teutónico, pero tampoco latino corriente.

—En cualquier caso un producto morbosos, me temo —dijo para sí el bacteriólogo. ¡Cómo disfrutaba con esos cultivos de gérmenes patógenos! De repente se le ocurrió una idea inquietante. Se volvió hacia el portatubos que estaba junto al vaporizador e inmediatamente hacia la mesa del despacho. Luego se registró apresuradamente los bolsillos y a continuación se lanzó hacia la puerta.

—Quizá lo haya dejado en la mesa del vestíbulo —se dijo.

—¡Minnie! —gritó roncamente desde el vestíbulo.

—Sí, cariño —respondió una voz lejana.

—¿Tenía algo en la mano cuando hablé contigo hace un momento, cariño?

Pausa.

—Nada, cariño, me acuerdo muy bien.

—¡Maldita sea! —gritó el bacteriólogo abalanzándose hacia la puerta y bajando a la carrera las escaleras de la casa hasta la calle.

Al oír el portazo, Minnie corrió alarmada hacia la ventana. Calle abajo, un hombre delgado subía a un coche. El bacteriólogo, sin sombrero y en zapatillas, corría hacia ellos gesticulando alborotadamente. Se le salió una zapatilla, pero no esperó por ella.

—¡Se ha vuelto loco! —dijo Minnie—. Es esa horrible ciencia suya. Y, abriendo la ventana, le habría llamado, pero en ese momento el hombre delgado miró repentinamente de soslayo y pareció también volverse loco. Señaló precipitadamente al bacteriólogo, dijo algo al cochero, cerró de un portazo, restalló el látigo, sonaron los cascos del caballo y en unos instantes el coche, ardorosamente perseguido por el bacteriólogo, se alejaba calle arriba y desaparecía por la esquina.

Minnie, preocupada, se quedó un momento asomada a la ventana. Luego se volvió hacia la habitación. Estaba desconcertada. Por supuesto que es un excéntrico, pensó. Pero correr por Londres, en plena temporada además, ¡en calcetines! Tuvo una idea feliz. Se puso de prisa el sombrero, cogió los zapatos de su marido, descolgó su sombrero y gabardina de los percheros del vestíbulo, salió al portal e hizo señas a un coche que morosa y oportunamente pasaba por allí.

—Lléveme calle arriba y por Havelock Crescent a ver si encontramos a un caballero corriendo por ahí en chaqueta de pana y sin sombrero.

—Chaqueta de pana y sin sombrero. Muy bien, señora.

Y el cochero hizo restallar el látigo inmediatamente de la manera más normal y cotidiana, como si llevara a los clientes a esa dirección todos los días.

Unos minutos más tarde, el pequeño grupo de cocheros y holgazanes que se reúne en torno a la parada de coches de Haverstock Hill quedaba atónito ante el paso de un coche conducido furiosamente por un caballo color jengibre disparado como una bala.

Permanecieron en silencio mientras pasaba, pero cuando desaparecía empezaron los comentarios:

—Ése era Harry Hicks. ¿Qué le habrá picado? —se preguntó el grueso caballero conocido por *El Trompetas*.

—Está dándole bien al látigo, sí, le está pegando a fondo —intervino el mozo de cuadra.

—¡Vaya! —exclamó el bueno de Tommy Byles—, aquí tenemos a otro perfecto lunático. Sonado como ninguno.

—Es el viejo George —explicó *El Trompetas*.—, y lleva a un lunático como decís muy bien. ¿No va gesticulando fuera del coche? Me pregunto si no irá tras Harry Hicks.

El grupo de la parada se animó y gritaba a coro:

—¡A por ellos, George! ¡Es una carrera! ¡Los cogerás! ¡Dale al látigo!

—Es toda una corredora esa yegua—dijo el mozo de cuadra.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó *El Trompetas*.—. Ahí viene otro. ¿No se han vuelto locos esta mañana todos los coches de Hampstead?

—Esta vez es una señora —dijo el mozo de cuadra.

—Está siguiéndolo —añadió *El Trompetas*.

—¿Qué tiene en la mano?

—Parece una chistera.

—¡Qué jaleo tan fantástico! ¡Tres a uno por el viejo George! —gritó el mozo de cuadra—. ¡El siguiente!

Minnie pasó entre todo un estrépito de aplausos. No le gustó, pero pensaba que estaba cumpliendo con su deber, y siguió rodando por Haverstock Hill y la calle mayor de Camden Town con los ojos siempre fijos en la vivaz espalda del viejo George, que de forma tan

incomprensible la separaba del haragán de su marido.

El hombre que viajaba en el primer coche iba agazapado en una esquina, con los brazos cruzados bien apretados y agarrando entre las manos el tubito que contenía tan vastas posibilidades de destrucción. Su estado de ánimo era una singular mezcla de temor y de exaltación. Sobre todo temía que lo cogieran antes de poder llevar a cabo su propósito, aunque bajo este temor se ocultaba un miedo más vago, pero mayor ante lo horroroso de su crimen. En todo caso, su alborozo excedía con mucho a su miedo. Ningún anarquista antes que él había tenido esta idea suya. Ravachol, Vaillant, todas aquellas personas distinguidas cuya fama había envidiado, se hundían en la insignificancia comparadas con él. Sólo tenía que asegurarse del abastecimiento de agua y romper el tubito en un depósito. ¡Con qué brillantez lo había planeado, había falsificado la carta de presentación y había conseguido entrar en el laboratorio! ¡Y qué bien había aprovechado la oportunidad! El mundo tendría por fin noticias suyas. Todas aquellas gentes que se habían mofado de él, que le habían menospreciado, preterido o encontrado su compañía indeseable por fin tendrían que tenerle en cuenta. ¡Muerte, muerte, muerte! Siempre le habían tratado como a un hombre sin importancia. Todo el mundo se había confabulado para mantenerlo en la oscuridad. Ahora les enseñaría lo que es aislar a un hombre. ¿Qué calle era ésta que le resultaba tan familiar? ¡La calle de San Andrés, por supuesto! ¿Cómo iba la persecución? Estiró el cuello por encima del coche. El bacteriólogo les seguía a unas cincuenta yardas escasas. Eso estaba mal. Todavía podían alcanzarle y detenerle. Rebuscó dinero en el bolsillo y encontró medio soberano. Sacó la moneda por la trampilla del techo del coche y se la puso al cochero delante de la cara.

—Más —gritó— si conseguimos escapar.

—De acuerdo —respondió el cochero arrebatándole el dinero de la mano.

La trampilla se cerró de golpe, y el látigo golpeó el lustroso costado del caballo. El coche se tambaleó, y el anarquista, que estaba medio de pie debajo de la trampilla, para mantener el equilibrio apoyó en la puerta la mano con la que sujetaba el tubo de cristal. Oyó el crujido del frágil tubo y el chasquido de la mitad rota sobre el piso del coche. Cayó de espaldas sobre el asiento, maldiciendo, y miró fija y desmayadamente las dos o tres gotas de la poción que quedaban en la puerta.

Se estremeció.

—¡Bien! Supongo que seré el primero. ¡Bah! En cualquier caso seré un mártir. Eso es algo. Pero es una muerte asquerosa a pesar de todo. ¿Será tan dolorosa como dicen?

En aquel instante tuvo una idea. Buscó a tientas entre los pies. Todavía quedaba una gotita en el extremo roto del tubo y se la bebió para asegurarse. De todos modos no fracasaría.

Entonces se le ocurrió que ya no necesitaba escapar del bacteriólogo. En la calle Wellington le dijo al cochero que parara y se apeó. Se resbaló en el peldaño, la cabeza le daba vueltas. Este veneno del cólera parecía una sustancia muy rápida. Despidió al cochero de su existencia, por decirlo así, y se quedó de pie en la acera con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando la llegada del bacteriólogo. Había algo trágico en su actitud. El sentido de la muerte inminente le confería cierta dignidad. Saludó a su perseguidor con una risa desafiante.

—¡Vive l'Anarchie! Llega demasiado tarde, amigo mío. Me lo he bebido. ¡El cólera está en la calle!

El bacteriólogo le miró desde su coche con curiosidad a través de las gafas.

—¡Se lo ha bebido usted! ¡Un anarquista! Ahora comprendo. Estuvo a punto de decir algo más, pero se contuvo. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Cuando abrió la puerta del coche, como para apearse, el anarquista le rindió una dramática despedida y se dirigió apresuradamente hacia London Bridge procurando rozar su cuerpo infectado contra el mayor número de gente. El bacteriólogo estaba tan preocupado viéndole que apenas si se sorprendió con la aparición de Minnie sobre la acera, cargada con el sombrero, los zapatos y el abrigo.

—Has tenido una buena idea trayéndome mis cosas —dijo, y continuó abstraído contemplando cómo desaparecía la figura del anarquista.

—Sería mejor que subieras al coche —indicó, todavía mirando.

Minnie estaba ahora totalmente convencida de su locura y, bajo su responsabilidad, ordenó al cochero volver a casa.

—¿Que me ponga los zapatos? Ciertamente, cariño —respondió él al tiempo que el coche comenzaba a girar y hacía desaparecer de su vista

la arrogante figura negra empequeñecida por la distancia. Entonces se le ocurrió de repente algo grotesco y se echó a reír. Luego observó:

—No obstante es muy serio. ¿Sabes?, ese hombre vino a casa a verme. Es anarquista. No, no te desmayes o no te podré contar el resto. Yo quería asombrarle, y, sin saber que era anarquista, cogí un cultivo de esa nueva especie de bacteria de la que te he hablado, esa que propaga y creo que produce las manchas azules en varios monos, y a lo tonto le dije que era el cólera asiático. Entonces él escapó con ella para envenenar el agua de Londres, y desde luego podía haber hecho la vida muy triste a los civilizados londinenses. Y ahora se la ha tragado. Por supuesto no sé lo que ocurrirá, pero ya sabes que volvió azul al gato, y a los tres perritos azules a trozos, y al gorrión de un azul vivo. Pero lo que me fastidia es que tendré que repetir las molestias y los gastos para conseguirla otra vez.

»¡Que me ponga el abrigo en un día tan caluroso! ¿Por qué? ¿Porque podríamos encontrarnos a la señora Jabber? Cariño, la señora Jabber no es una corriente de aire. ¿Y por qué tengo que ponerme el abrigo en un día de calor por culpa de la señora...? ¡Oh!, muy bien...

La isla del Æpiornis

EL hombre de la cicatriz en la cara se inclinó sobre la mesa y miró mi fardo.

—¿Orquídeas? —preguntó.

—Unas cuantas —respondí.

—¿Cypripedios? —continuó.

—Principalmente.

—¿Alguno nuevo? Yo pensaba que no. Hice esas islas hace veinticinco... veintisiete años. Si encuentra usted algo nuevo aquí, bueno, entonces es novísimo. No dejé gran cosa.

—No soy coleccionista—aclaré.

—Entonces era joven —continuó—. ¡Cielos, cómo solía volar por ahí!

Parecía estar tomándome la medida.

—Estuve en las Indias Occidentales dos años y en Brasil siete. Luego fui a Madagascar.

—Conozco de nombre a algunos exploradores —expliqué previendo una historia increíble—. ¿Para quién recogía usted?

—Para Dawson. ¿Ha oído alguna vez el nombre de Butcher?

Butcher... Butcher... El nombre parecía vagamente presente en mi memoria. Entonces recordé: *Butcher contra Dawson*.

—¡Anda! —exclamé yo—, usted es el hombre que los demandó por el

sueldo de cuatro años... naufragó y arribó a una isla desierta...

—Servidor —dijo el hombre de la cicatriz haciendo una inclinación—. Un caso divertido, ¿verdad? Ahí estaba yo, ganando una pequeña fortuna en esa isla, no haciendo tampoco nada para ganarla, y ellos completamente incapaces de avisarme. A menudo solía divertirme pensando en eso mientras estaba allí. Hice cálculos sobre ello —grandes—, por todo el bendito atolón con figuras decorativas.

—¿Cómo ocurrió?

—Bueno... ¿Ha oído hablar del Æpiornis?

—Bastante. Andrews me contaba de una nueva especie en la que estaba trabajando hace sólo un mes o así. Justo antes de embarcarme. Consiguieron, según parece, un fémur de casi una yarda de largo. ¡Un monstruo debió de ser el animal!

—Le creo —dijo el hombre de la cicatriz—. Era realmente un monstruo. El ave gigantesca de Simbad no era más que una leyenda sobre ellos. Pero ¿cuándo encontraron esos huesos?

—Hace unos tres o cuatro años, en el 91 creo. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque fui yo el que los encontró... ¡Cielos! Hace casi veinte años. Si Dawson no se hubiera comportado estúpidamente sobre ese sueldo podían haber hecho un buen negocio con ellos. No pude evitar que el infernal bote se fuera a la deriva.

Hizo una pausa.

—Supongo que es el mismo sitio. Una especie de ciénaga a unas noventa millas al norte de Antananarivo. ¿Lo conoce acaso? Hay que ir por la costa en barca. ¿No lo recordará usted por casualidad, quizá?

—No. Creo que Andrews dijo algo sobre una ciénaga.

—Debe de ser la misma. Está en la costa este. Y de todas formas hay algo en el agua que impide que las cosas se descompongan. Huele como a creosota. Me recordó a Trinidad. ¿Siguen consiguiendo huevos? Algunos de los que yo encontré medían pie y medio de largo. La ciénaga lo rodea todo alrededor, sabe, y deja aislado este trozo. La mayor parte es sal, también. Bueno... ¡Qué mal lo pasé! Los encontré totalmente por casualidad. íbamos buscando huevos, yo y los dos nativos, en una de esas extrañas canoas, todos apretujados, y

encontramos los huesos al mismo tiempo. Teníamos una tienda y provisiones para cuatro días, y acampamos en uno de los sitios más firmes. Pensar en ello me trae a la memoria aquel extraño olor a brea incluso ahora. Es un trabajo curioso. Se va sondeando el barro con barras de hierro, sabe. Generalmente el huevo termina hecho pedazos. Me pregunto cuánto tiempo hace que vivieron realmente estos *Æpiornis*. Los misioneros dicen que los nativos tienen leyendas de cuando estaban vivos, aunque yo jamás oí esas historias[1]. Pero, desde luego, los huevos que conseguimos estaban tan frescos como si los acabaran de poner. ¡Frescos! Al llevarlos a la canoa, uno de mis negros dejó caer uno contra una roca y se hizo pedazos. ¡Qué paliza le di al desgraciado! Pero el huevo era fresco como recién puesto, ni siquiera olía, y su madre llevaba muerta los últimos cuatrocientos años, quizá. Dijo que un ciempiés le había mordido. Pero voy a contar la historia seguida. Nos había llevado todo el día cavar en el fango para conseguir esos huevos enteros y estábamos todos embadurnados de ese bestial barro negro, y naturalmente yo estaba cabreado. Por lo que yo sabía eran los únicos huevos que se habían sacado, y además enteros. Posteriormente fui a ver los que tienen en el Museo de Historia Natural de Londres. Todos ellos estaban rotos y pegados como un mosaico y con fragmentos que faltaban. Los míos era perfectos, y yo tenía la intención de abrirlos cuando estuviera de vuelta. Naturalmente me molestó que el estúpido inútil dejara caer tres horas de trabajo por culpa de un ciempiés. Le golpeé bastante.

El hombre de la cicatriz sacó una pipa de arcilla. Yo puse mi petaca delante de él y llenó la pipa distraídamente.

—¿Qué pasó con los otros? ¿Los trajo a casa? No recuerdo...

—Ésa es la parte curiosa de la historia. Tenía otros tres. Huevos absolutamente frescos. Bueno, los pusimos en el bote y luego yo subí a la tienda a hacer algo de café, dejando a mis dos infieles abajo en la playa, uno tonteando con la picadura y el otro ayudándole. Nunca se me ocurrió que el desgraciado se aprovecharía de la posición especial en que me encontraba para montar una bronca. Pero supongo que el veneno del ciempiés y las patadas que le había dado le habían trastornado —siempre fue un tipo pendenciero— y persuadió al otro.

»Recuerdo que estaba sentado, fumando e hirviendo el agua en una lámpara de alcohol que solía llevar en estas expediciones. Casualmente admiraba la ciénaga en la puesta de sol. Estaba toda negra y rojo sangre a rayas, una hermosa vista. Y más allá la tierra se elevaba gris y brumosa hasta las montañas, y el cielo detrás de ellas estaba rojo como boca de horno. Y cincuenta yardas a mis espaldas

estaban estos benditos paganos —sin pensar para nada en la tranquila aura de las cosas— conspirando para marcharse con la barca y dejarme completamente solo con provisiones para tres días, una tienda de lona y nada de beber en absoluto salvo un pequeño barril de agua. Oí una especie de alarido detrás de mí, y allá estaban en esa especie de canoa —no era propiamente una barca— y, quizás a veinte yardas de tierra. Me di cuenta de lo que pasaba al instante. Tenía la escopeta en la tienda, y además no tenía balas, sólo perdigones para patos salvajes. Ellos lo sabían. Pero tenía un pequeño revólver en el bolsillo y lo saqué al tiempo que bajaba corriendo a la playa.

»—Volved —grité yo, blandiendo el revólver.

»—Me chapurrearon algo, y el que había roto el huevo se burló. Apunté al otro porque no estaba herido y llevaba el remo, y fallé. Se rieron. Pero yo no estaba vencido. Sabía que tenía que mantener la calma. Lo intenté de nuevo y le hice saltar con el golpe. Esa vez no se rio. La tercera le alcancé en la cabeza y se fue por la borda, y el remo con él. Fue un bonito disparo con suerte para un revólver. Calculo que serían cincuenta yardas. Se hundió directamente. No sé si le di o simplemente se aturdió y se ahogó. Luego empecé a gritar al otro que volviera, pero él se acurrucó en la canoa y no quiso contestar. Así que disparé mi revólver contra él, pero no conseguí alcanzarle.

»Le digo que me sentí como un completo idiota. Allí estaba yo en esa podrida playa negra, toda una ciénaga plana a mis espaldas y el mar liso, frío tras la puesta de sol, y sólo esta negra canoa deslizándose a la deriva hacia alta mar. Le digo que maldije a Dawson y a Jamrach y a los museos y a todo eso por igual. Me desgañité diciéndole al negro que volviera hasta que mi voz se convirtió en un chillido.

»No había otra solución que nadar tras él y arriesgarme con los tiburones. Así que abrí la navaja, me la puse en la boca, me quité la ropa y entré vadeando. Tan pronto como estuve en el agua perdí de vista a la canoa, pero tomé el rumbo que juzgué adecuado para interceptarla. Esperaba que el hombre que iba en ella estuviera demasiado mal para dirigirla y que seguiría a la deriva en la misma dirección. Pronto apareció de nuevo en el horizonte en dirección suroeste. El resplandor del crepúsculo se había extinguido ya completamente y avanzaba la oscuridad de la noche. Las estrellas hacían su aparición en el azul. Nadé como un campeón aunque pronto empezaron a dolerme los brazos y las piernas.

»A pesar de todo, cuando casi todas las estrellas habían salido ya, llegué hasta él. Según oscurecía empecé a ver todo tipo de cosas

resplandecientes en el agua, fosforescencias, ¿sabe? A veces me daban mareos. Apenas si podía distinguir las estrellas de las fosforescencias, y si nadaba hacia adelante o hacia atrás. La canoa era negra como el pecado y los rizos del agua bajo la proa parecían fuego líquido. Naturalmente fui muy cauteloso para subirme a ella. Ante todo estaba ansioso por ver lo que tramaba. Parecía estar acurrucado hecho un ovillo en la proa y la popa estaba toda fuera del agua. La canoa seguía girando alrededor lentamente al tiempo que derivaba, como bailando una especie de vals, ¿sabe? Fui hasta la popa y tiré de ella hacia abajo esperando que despertara. Luego empecé a subirme con la navaja en la mano y preparado para un ataque. Pero no se movió. Así que allí me senté, en la popa de la pequeña canoa a la deriva por un mar calmo y fosforescente, y con todas las estrellas encima de mí, esperando que sucediera algo.

»Después de mucho tiempo le llamé por su nombre, pero no respondió. Yo estaba demasiado cansado para arriesgarme a llegar hasta donde estaba él. Así que allá seguimos sentados. Creo que me quedé dormido dos o tres veces. Cuando llegó la aurora vi que estaba tan muerto como un clavo, todo hinchado y color púrpura. Mis tres huevos y los huesos yacían en medio de la canoa, y el barrilillo de agua, algo de café y las galletas envueltas en un ejemplar del *Argus* del Cabo estaban a sus pies, y una lata de alcohol metílico debajo de él. No había ningún remo, ni de hecho nada que pudiera emplear como tal a no ser la lata de alcohol, por lo que decidí seguir a la deriva hasta que me recogieran. Le inspeccioné, establecí un veredicto contra la serpiente, escorpión o ciempiés desconocido y lo envié por la borda. Después tomé un trago de agua y unas galletas y eché un vistazo alrededor. Supongo que alguien en una posición baja como estaba yo no ve muy lejos, de todos modos Madagascar no se veía por ninguna parte, ni tampoco rastro de tierra. Vi una vela que iba en dirección suroeste, parecía una goleta, pero nunca llegué a ver el casco. Pronto el sol estuvo alto en el cielo y empezó a caer sobre mí. ¡Cielos! Casi me hacía hervir el cerebro. Traté de mojar la cabeza en el mar, pero después de un rato me fijé por casualidad en el *Argus* del Cabo, me tumbé en la canoa y lo extendí sobre mí. ¡Qué maravillosos son los periódicos! Nunca había leído uno de cabo a rabo, pero es curioso las cosas que hace uno cuando está solo como lo estaba yo. Supongo que leí ese bendito *Argus* del Cabo atrasado veinte veces. La pez de la canoa simplemente humeaba con el calor y estalló en grandes ampollas.

»Estuve a la deriva diez días —prosiguió el hombre de la cicatriz—. Es poca cosa cuando se cuenta, ¿verdad? Cada día como el anterior.

Excepto de madrugada y ya avanzada la tarde nunca mantuve una vigilancia constante, tan infernal era el resplandor. No vi una vela hasta pasados los tres primeros días, y las que vi no me hicieron caso. Hacia la sexta noche un barco pasó apenas a media milla de mí con todas las luces encendidas y las portillas abiertas, parecía una gran luciérnaga. Había música a bordo. Me puse en pie y voceé y chillé. El segundo día abrí uno de los huevos de *Æpiornis*, quité el extremo de la cáscara raspándola poco a poco y lo probé y me alegré al comprobar que era lo bastante bueno para comer. Un poco fuerte —no malo, quiero decir—, pero con algo del sabor de los huevos de pato. Había una especie de mancha circular, de unas seis pulgadas, en un lado de la yema, y con rayas de sangre y una mancha blanca como una escalera que me pareció extraña, pero no entendí lo que significaba en aquel momento, y no estaba para quisquillosidades.

»El huevo me duró tres días con galletas y un trago de agua. Masqué granos de café también... vigorizante sustancia. El segundo huevo lo abrí hacia el octavo día, y me escamó.

El hombre de la cicatriz hizo una pausa.

—Sí —dijo—, estaba empollando. Me atrevería a decir que lo encuentra difícil de creer. Yo no lo creía ni con la cosa delante de mí. Ahí había estado el huevo, hundido en ese frío lodo negro, quizá trescientos años. Pero no cabía error. Allí estaba —¿cómo se llama?— el embrión con su gran cabeza y la espalda curvada y el corazón latiendo bajo la garganta y la yema apergaminada y grandes membranas extendiéndose dentro de la cáscara y por toda la yema. Y allí estaba yo incubando los huevos del mayor de todos los pájaros extinguidos en una pequeña canoa en medio del océano índico. ¡Si el viejo Dawson lo hubiera sabido! Eso merecía el sueldo de cuatro años. ¿Qué piensa usted? A pesar de todo tuve que comerme esa maravilla completamente, hasta la última pizca, antes de avistar el arrecife y algunos de los bocados fueron bestialmente desagradables. No comí el tercero. Lo levanté y miré al trasluz, pero la cáscara era demasiado gruesa para sacar ninguna idea de lo que pudiera estar ocurriendo dentro, y aunque yo me imaginé que oía latir la sangre, podía haber sido el ruido de mis propias orejas, como ocurre cuando se escucha el sonido de una concha.

»Entonces apareció el atolón. Surgió con la salida del sol, como si dijéramos, de repente junto a mí. Me deslicé directamente hacia él hasta que estuve a una media milla de la costa, no más, y luego la corriente dio un giro y tuve que remar todo lo que pude con las manos y los trozos de cáscara de *Æpiornis* para alcanzar la playa. A pesar de

todo llegué. No era más que un atolón corriente de unas cuatro millas a la redonda con unos cuantos árboles, un manantial en un sitio y la laguna llena de peces de colores. Llevé a tierra el huevo y lo puse en un buen sitio, muy por encima de la línea de las olas, y al sol para darle todas las oportunidades que pudiera, subí la canoa hasta un sitio seguro y anduve por allí explorando. Es extraño lo aburrido que es un atolón. Tan pronto como encontré un manantial, todo el interés pareció desvanecerse. Cuando era niño pensaba que nada podía ser más bello o más aventurero que la peripecia de Robinson Crusoe, pero ese lugar era tan monótono como un libro de sermones. Anduve por allí en busca de cosas comestibles y en general pensando, pero le digo que me aburrí mortalmente antes de que terminara el primer día. Una muestra de la suerte que tengo es que el mismísimo día que desembarqué cambió el tiempo. Una tormenta pasó hacia el norte rozando levemente la isla con una de sus alas, y por la noche cayó un aguacero torrencial y azotó un viento que bramaba. No se había necesitado mucho, ya sabe, para volcar aquella canoa. Yo dormía bajo la canoa y el huevo estaba afortunadamente en la arena, más arriba en la playa, y lo primero que recuerdo fue un sonido como de cien guijarros golpeando el bote al mismo tiempo y una avalancha de agua sobre mi cuerpo. Había estado soñando con Antananarivo y me erguí y apelé a Intoshi para preguntarle qué demonios pasaba y arañé la silla donde solían estar las cerillas. Entonces recordé dónde estaba. Había unas olas fosforescentes y encrespadas que se enroscaban como si quisieran tragarme, y todo lo demás de la noche tan negro como un pozo. El aire simplemente rugía. Las nubes parecían estar sobre la cabeza de uno y la lluvia caía como si el cielo se estuviera hundiendo y estuvieran achicando las aguas por encima del firmamento. Una gran ola vino retorciéndose hacia mí como una serpiente de fuego y yo salí disparado.

»Luego pensé en la canoa y bajé corriendo hasta ella al tiempo que el agua se retiraba de nuevo silbando, pero había desaparecido. Me pregunté entonces por el huevo y fui a tientas hasta él. Estaba perfectamente y fuera del alcance de las olas más furiosas, así que me senté junto a él y le abracé para tener compañía. ¡Cielos! ¡Qué noche aquélla!

»La tormenta cesó antes de la mañana. Cuando llegó la aurora no quedaba ni un jirón de nube en el cielo y por toda la playa había trozos de tabla esparcidos, que constituían el desarticulado esqueleto, por así decirlo, de mi canoa. No obstante, eso me dio algo que hacer, pues aprovechando que dos de los árboles estaban juntos improvisé una especie de refugio contra tormentas con esos vestigios. Y ese día

el pollo rompió el cascarón. Rompió el cascarón, oiga, cuando tenía puesta la cabeza en él a modo de almohada y estaba dormido. Oí un golpazo y sentí una sacudida y me erguí, y ahí estaba el extremo del huevo picoteado y una extraña cabecita marrón que me miraba. ¡Cielos! —exclamé—. ¡Bienvenido! Y con alguna pequeña dificultad salió.

»Al principio era un tipo simpático y amistoso del tamaño de una gallina pequeña, muy similar a la mayoría de los otros pájaros jóvenes, sólo que más grande. Tenía para empezar un plumaje color castaño sucio con una especie de roña que se desprendió muy pronto y apenas si disponía de plumas —una especie de plumón. Difícilmente puedo expresar lo contento que estaba de verlo. Le digo a usted que Robinson Crusoe no cuenta ni la mitad de su soledad. Pero aquí tenía una compañía interesante. Me miró, parpadeó desde la parte delantera hacia atrás como hacen las gallinas, pió y empezó a picotear por allí de inmediato como si salir del cascarón con trescientos años de retraso fuera cosa de nada.

»—¡Encantado de verte, Viernes! —digo yo—. Pues, naturalmente, tan pronto como descubrí el huevo empollado en la canoa había decidido que si alguna vez salía del cascarón tenía que llamarse Viernes. Estaba un poco preocupado por su comida. Así que de inmediato le di un trozo de pescado crudo. Lo comió y abrió el pico por más. Me alegré de ello, pues en aquellas circunstancias, de haber sido mínimamente caprichoso, habría tenido que comérmelo después de todo.

»Le sorprendería lo interesante que era aquel pollo de *Æpiornis*. Me siguió desde el mismo principio. Solía quedarse á mi lado mientras pescaba en la laguna y compartíamos todo lo que cogía. Y era sensato también. Había unas cosas verdes, verrugosas y repugnantes, parecidas a pepinillos en vinagre, que solían yacer por la playa; probó una de ellas y no le sentó bien. Nunca volvió siquiera a mirarlas.

»Y creció. Casi se podía verle crecer. Y, como nunca fui muy sociable, sus maneras tranquilas, amistosas, me iban como un guante. Durante casi dos años fuimos todo lo felices que podíamos serlo en aquella isla. No me preocupaban los negocios porque sabía que mi sueldo se estaba amontonando en la empresa Dawson. Veíamos alguna vela de vez en cuando, pero nadie se acercó jamás a nosotros. Yo me divertía, también, decorando la isla con diseños hechos con erizos de mar y caprichosas conchas de diferentes tipos. Puse ISLA *ÆPIORNIS* en letras grandes por todo el lugar, de forma casi igual a la que hacen con piedras de colores en las estaciones del ferrocarril de las zonas

rurales, y cálculos matemáticos y dibujos de varios tipos. Solía estar tumbado viendo al bendito pájaro dar vueltas por ahí con paso majestuoso y crecer y crecer, y pensar en cómo podía ganarme la vida con él mostrándole por ahí si algún día me sacaban de allí. Después de mudar empezó a ponerse hermoso, con cresta y una barba azul y muchas plumas verdes en la parte posterior. Entonces solía preguntarme si Dawson tendría algún derecho sobre él o no. Cuando había tormenta y en la estación de las lluvias, nos poníamos cómodamente al abrigo del refugio que había hecho con la vieja canoa y acostumbraba contarle mentiras sobre mis amigos en casa. Después de una tormenta solíamos ir a dar una vuelta juntos por la isla para ver si había habido algún naufragio. Era una especie de idilio, se podía decir. Sólo con que hubiera tenido algo de tabaco habría sido simplemente como el cielo.

»Fue hacia el final del segundo año cuando nuestro pequeño paraíso se vino abajo. Viernes tenía por entonces unos catorce pies de alto, con una cabeza grande y ancha como el extremo de una piqueta, y dos enormes ojos oscuros con los bordes amarillos, colocados juntos como los de un hombre, no mirando cada uno a su lado como los de una gallina. Su plumaje era fino, nada del estilo de medio luto de las avestruces, más parecido al de un casuario por lo que a color y textura se refiere. Y entonces empezó a ponerse arrogante y a darse aires y mostrar señales de un horrible temperamento...

»Finalmente llegó un momento en que había tenido poca suerte pescando y empezó a dar vueltas a mi alrededor de forma extraña y pensativa. Pensé que quizás había estado comiendo pepinillos marinos o algo, pero realmente no era más que descontento por su parte. Yo también tenía hambre, y cuando por fin pesqué un pez lo quería para mí. Aquella mañana los dos andábamos de mal humor. Lo picoteó y lo cogió, y yo le di un golpe en la cabeza para que lo soltara, a lo que se lanzó contra mí. ¡Cielos!...

»Me hizo esto en la cara —indicó su cicatriz—. Luego me dio patadas. Era como un caballo de tiro. Me levanté y, viendo que no había terminado conmigo, salí zumbando protegiéndome la cara con los brazos. Pero él corría con aquellas desgarradas patas suyas más rápido que un caballo de carreras y seguía propinándome patadas como mazas y picándome la parte posterior de la cabeza con su cabeza de piqueta. Me dirigí a la laguna y me sumergí hasta el cuello. Él se detuvo ante el agua, porque odiaba que se le mojaran las patas. Empezó a hacer un canto, algo parecido al pavo real, pero más ronco. Comenzó a pavonearse playa arriba y abajo. Admito que me sentí

pequeño al ver a este bendito fósil señoreando por allí. Y tenía la cabeza y la cara todas sangrando, y bueno... el cuerpo como una jalea de magulladuras.

»Decidí cruzar a nado la laguna y dejarle solo un rato, hasta que el asunto se calmara. Trepé a la palmera más alta y me senté allí pensando en todo ello. No creo que me sintiera tan dolido por nada ni antes ni después. Era la brutal ingratitud de la criatura. Había sido más que un hermano para él. Le incubé, le eduqué. ¡Un gran pájaro desgarrado y anticuado! Y yo un ser humano, heredero de siglos y todo eso.

»Después de un rato pensé que él mismo empezaría a ver las cosas de esa manera y a sentirse un poco apesadumbrado por su conducta. Creí que, quizá, si cogía unos buenos peces, y de inmediato me llegaba hasta él de forma casual y se los ofrecía, pudiera ser que se comportara sensatamente. Me llevó algún tiempo aprender lo implacable y pendenciero que puede ser un pájaro extinguido. ¡Maldad!

»No le contaré todos los pequeños trucos que intenté para convencerle de nuevo. Sencillamente no puedo. Me pone la cara roja de vergüenza incluso ahora pensar en los desaires y golpes que recibí por culpa de esta curiosidad infernal. Probé con la violencia. Le lancé trozos de coral desde una distancia segura, pero no hizo más que tragárselos. Le arrojé mi navaja abierta y casi la pierdo, aunque era muy grande para que la tragara. Intenté matarlo de hambre y dejé de pescar, pero se aficionó a picotear por la playa con marea baja en busca de gusanos, y con eso iba tirando. La mitad del tiempo la pasaba en la laguna con agua hasta el cuello y el resto subido a las palmeras. Una de ellas apenas si era lo suficientemente alta y cuando me cogió subido a ella disfrutó a sus anchas con mis pantorrillas. Se hizo insoportable. No sé si ha intentado alguna vez dormir subido a una palmera. A mí me produjo las pesadillas más horribles. Piense también en lo vergonzoso de todo ello. Ahí estaba ese animal extinguido andando por mi isla sin objetivo alguno con cara de duque malhumorado, y a mí no se me permitía ni siquiera poner la planta del pie en el lugar. Solía llorar de hastío y vejación. Le dije sin rodeos que no estaba dispuesto a que me persiguiera por una isla desierta un maldito anacronismo. Le dije que fuera a picotear a un navegante de su misma época. Pero lo único que hizo fue darme con el pico. ¡El gran pajarraco, todo cuello y piernas!

»No me gustaría decir cuánto se prolongó esa situación. Le habría matado antes si hubiera sabido cómo hacerlo. No obstante, por fin di

con una manera de liquidarle. Es un ardid empleado en Sudamérica. Uní todas las cuerdas de pescar con tallos de algas y cosas, consiguiendo un cordel fuerte de unas doce yardas de largo o más, y até a los extremos dos trozos de roca de coral. Me llevó cierto tiempo hacerlo, porque una y otra vez tenía que meterme en la laguna o subirme a un árbol, según me diera. Lo hice girar con rapidez sobre mi cabeza y luego lo solté contra el. La primera vez fallé, pero la siguiente el cordel se agarró perfectamente a sus patas y se enrolló a ellas una y otra vez. Cayó. Hice el lanzamiento desde la laguna con agua hasta la cintura, y tan pronto como cayó estaba fuera del agua cortándole el cuello con la navaja...

»No me gusta pensar en eso ni siquiera ahora. Me sentí como un asesino mientras estaba haciéndolo, a pesar de que estaba rabioso contra el. Cuando estuve de pie sobre él y lo vi sangrando sobre la blanca arena con las largas y hermosas patas y su largo cuello retorciéndose en la última agonía... ¡Bah!

»Después de esa tragedia la soledad me invadió como una maldición. ¡Dios mío! No puede imaginarse lo que echaba de menos a aquel pájaro. Me senté junto a su cadáver y le lloré y me estremecí al contemplar aquel desolado y silencioso arrecife. Pensé en el alegre pajarillo que había sido cuando nació y en las mil agradables travesuras que había hecho antes de torcerse. Pensé que si únicamente le hubiera herido podría haberle cuidado y llegar así a un mejor entendimiento. Si hubiera tenido medios para cavar la roca de coral le habría enterrado. Le sentía exactamente igual que si fuera humano. Estando así las cosas no podía pensar en comérmelo, de modo que lo puse en la laguna y los pececillos dieron buena cuenta de él. Ni siquiera guardé las plumas. Luego, un buen día, a un tipo que hacía un crucero en yate le dio por echar un vistazo a ver si mi atolón existía todavía.

»Llegó justo en el momento preciso, porque ya estaba completamente harto de aquella desolación y sólo dudaba si terminar mis días adentrándome en el mar o tumbándome de espaldas sobre aquellas cosas verdes.

»Vendí los huesos a un hombre llamado Winslow, un negociante cerca del Museo Británico, y él dice que se los vendió al viejo Havers. Parece ser que Havers no se enteró de que eran de un tamaño extra y fue únicamente después de su muerte cuando atrajeron la atención. Los llamaron *Æpiornis*. ¿Qué era eso?

—*Æpiornis vastus* —respondí yo—. Es curioso, pero eso mismo me

contó un amigo mío. Cuando encontraron un *Æpiornis* con un fémur de una yarda de largo creyeron que habían alcanzado el tope de la escala y le llamaron *Æpiornis maximus*. Después alguien se presentó con otro fémur de cuatro pies y seis pulgadas o más y lo llamaron *Æpiornis titan*. Luego encontraron su *Æpiornis vastus* en la colección del viejo Havers cuando murió, y a continuación apareció un *vastissimus*.

—Eso mismo me contaba Winslow —dijo el hombre de la cicatriz—. Piensa que como consigan algún *Æpiornis* más habrá cierta marejada científica que hará estallar algún vaso sanguíneo. Pero, en general, fue algo extraño para sucederle a alguien, ¿verdad?

El extraño caso de los ojos de Davidson

EL transitorio extravío mental de Sidney Davidson, notable ya de por sí, es todavía más extraordinario si hemos de dar crédito a la explicación de Wade. Ésta nos hace soñar con las más raras posibilidades de intercomunicación del futuro, con pasar cinco minutos intercalares al otro lado del mundo, con ser observados hasta en nuestros actos más secretos por insospechados ojos. Por casualidad yo fui el testigo inmediato del acceso de Davidson, por tanto, naturalmente me corresponde a mí poner la historia por escrito.

Cuando digo que fui el testigo inmediato de su acceso quiero decir que fui el primero en aparecer en escena. El caso ocurrió en la Escuela Técnica de Harlow, que está nada más pasar el arco de Highgate. Davidson estaba solo en el laboratorio grande cuando sucedió. Yo me encontraba en una habitación más pequeña, donde están las balanzas, terminando de escribir unas notas. La tormenta, desde luego, había alterado completamente mi trabajo. Fue precisamente después de uno de los truenos más estrepitosos cuando creí oír una rotura de cristales en la otra habitación. Dejé de escribir y me volví para escuchar. Durante un rato no oí nada. El granizo repicaba estruendosamente sobre el tejado de zinc ondulado. Luego sonó otro ruido, la rotura de algo... esta vez no había duda. Habían tirado de los estantes algo pesado. Me incorporé al instante y fui a abrir la puerta que daba al laboratorio grande.

Me sorprendió oír un tipo de risa muy peculiar, y vi a Davidson tambaleándose en medio de la habitación, con el rostro como deslumbrado. Mi primera impresión fue que estaba borracho. No advirtió mi presencia. Trató de agarrar algo invisible que estaba a una yarda delante de él. Alargó despacio la mano, dubitativamente, y después la cerró sin haber cogido nada.

—¿Qué ha pasado? —se preguntó—. ¡Por el gran Scott! —gritó.

La historia sucedió hace tres o cuatro años, cuando todo el mundo juraba por ese personaje. Luego empezó a levantar los pies torpemente, como si pensara que los tenía pegados al suelo.

—¡Davidson! —grité—. ¿Qué te pasa?

Se volvió hacia mí y miró alrededor para localizarme. Me miró, me miró de arriba abajo y a ambos lados, pero sin la menor señal de verme.

—Olas —dijo—, y una goleta extraordinariamente nítida. juraría que era la voz de Bellows. ¡Hola! —gritó de repente con todas sus fuerzas.

Pensé que estaba tramando alguna broma. Entonces vi, esparcidos a sus pies, los destrozados restos de nuestro mejor electrómetro.

—¿Qué pasa? —exclamé—. ¡Has hecho pedazos el electrómetro!

—¡Otra vez Bellows! —dijo—. Los amigos marcharon, si mis manos han desaparecido. Algo sobre electrómetros. ¿Por dónde andas, Bellows?

De repente vino hacia mí tambaleándose.

—Condenado material, se corta como la mantequilla —comentó. Avanzó directamente contra el banco y retrocedió.

—¡Qué golpe! No tiene nada que ver con la mantequilla —explicó mientras se tambaleaba.

Yo estaba mosqueado.

—Davidson —le pregunté—, ¿qué diablos te pasa?

Miró a su alrededor por todas partes.

Juraría que era Bellows. ¿Por qué no das la cara como un hombre, Bellows?

Se me ocurrió que debía de haberse quedado ciego de repente. Di la vuelta a la mesa y le puse la mano en el brazo. Jamás en toda mi vida vi un hombre tan alarmado. Se separó de mí bruscamente, adoptando una actitud defensiva, con la cara descompuesta por el terror.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿Qué ha sido eso?

—Soy yo, Bellows. ¡Maldita sea, Davidson!

Dio un salto cuando le respondí y miró fijamente, ¿cómo lo diría?, a través de mí. Comenzó a hablar, no a mí, sino consigo mismo.

—Aquí, a plena luz del día en una playa abierta. Ni un sitio donde esconderse —miró a su alrededor desesperadamente—. ¡Aquí! Ya no se me ve.

De repente se volvió y fue a darse de bruces contra el electroimán grande, con tanta fuerza que, como descubrimos después, se hizo serias magulladuras en los hombros y la mandíbula. Al hacerlo retrocedió un paso y gritó casi sollozando:

—¡Santo cielo! ¿Qué me ha pasado?

Estaba de pie, pálido de terror y temblando violentamente, con el brazo derecho apretando el izquierdo en la parte golpeada contra el imán.

Por entonces yo estaba excitado y bastante asustado.

—Davidson —le dije—, no temas.

Mi voz le sorprendió, pero no tan exageradamente como antes. Repetí las palabras en el tono más claro y firme que pude.

—Bellows —preguntó—, ¿eres tú?

—¿No ves que soy yo?

Se rió.

—No puedo verme ni siquiera a mí mismo. ¿Dónde diablos estamos?

—Aquí —le respondí—, en el laboratorio.

—¡El laboratorio! —exclamó en tono perplejo llevándose la mano a la frente—. Estaba en el laboratorio hasta que brilló aquel relámpago, pero que me cuelguen si estoy allí ahora. ¿Qué barco es ése?

—No hay ningún barco —le dije—, sé razonable, amigo.

—¡Ningún barco! —repitió, y pareció olvidarse sin más de mi

negativa.

—Supongo —dijo despacio— que estamos los dos muertos. Pero lo extraño es que me siento exactamente igual que si tuviera un cuerpo. Uno no se acostumbra de inmediato, me imagino. El viejo barco fue alcanzado por el rayo, supongo. Algo muy rápido, ¿eh, Bellows?

—No digas tonterías. Estás tan vivo como el que más. Estás en el laboratorio diciendo disparates. Acabas de hacer pedazos un electrómetro nuevo. No te envidio cuando llegue Boyce.

Apartó de mí la mirada y la fijó en los diagramas de criohidratos.

—Debo de estar sordo —dijo—; han disparado un cañón, porque ahí va la nubecilla de humo y yo no he oído ni un ruido.

Le puse de nuevo la mano en el hombro y esta vez se alarmó menos.

—Parece que tenemos una especie de cuerpos invisibles —comentó—. ¡Por Júpiter! Hay un bote que viene por detrás del promontorio. Esto es casi como la vida anterior, después de todo, aunque en un clima diferente.

Le sacudí el brazo.

—¡Davidson —grité—, despierta!

Fue entonces cuando entró Boyce. Tan pronto como habló, Davidson exclamó:

—El viejo Boyce, ¡muerto también! ¡Qué divertido!

Me apresuré a explicar que Davidson estaba en una especie de trance sonámbulo y Boyce se interesó al instante. Los dos hicimos lo que pudimos para sacarle de aquel estado singular. Él respondía a nuestras preguntas y, a su vez, nos hacía otras, pero su atención parecía dominada por la alucinación sobre una playa y un barco. Seguía interpolando observaciones referentes a un bote y a los pescantes, y a las velas henchidas por el viento. Oírle decir cosas semejantes en aquel oscuro laboratorio le hacía a uno sentirse raro.

Estaba ciego y desvalido. Tuvimos que caminar con el por el pasillo, sujetándolo a cada lado hasta el despacho de Boyce, y mientras Boyce charlaba allí con el, bromeando sobre la idea del barco, yo fui por el corredor a pedir al viejo Wade que viniera a verlo. La voz de nuestro

decano le serenó un poco, pero no mucho. Le preguntó dónde tenía las manos, y por qué tenía que caminar con tierra hasta la cintura. Wade reflexionó sobre él durante un buen rato —ya sabéis cómo frunce el ceño—, y luego le hizo tocar el sofá llevándole las manos.

—Es un sofá —dijo Wade—. El sofá del despacho del profesor Boyce. Relleno con crines de caballo.

Davidson lo palpó, se extrañó, y a continuación respondió que podía sentirlo perfectamente, pero que no podía verlo.

—¿Qué ves? —preguntó Wade.

Davidson dijo que no podía ver más que cantidad de arena y conchas rotas. Wade le dio a tocar otras cosas, diciéndole lo que eran y observándolo atentamente.

—El barco tiene el casco casi hundido —dijo al poco Davidson sin venir a cuento.

—No te preocupes por el barco —le dijo Wade—. Escúchame, Davidson, ¿sabes lo que significa alucinación?

—Más bien —respondió Davidson.

—Bueno, pues todo lo que ves son alucinaciones.

—Teorías del obispo Berkeley —observó Davidson.

—No me malinterpretes —explicó Wade—. Estás vivo y en el despacho de Boyce. Pero algo les ha sucedido a tus ojos. No puedes ver, puedes sentir y oír, pero no ver. ¿Me sigues?

—A mí me parece que veo demasiado —Davidson se frotó los ojos con los nudillos de la mano—. ¿Y bien? —preguntó.

—Eso es todo. No dejes que te aturda. Aquí Bellows y yo te llevaremos a casa en un taxi.

—Un momento —dijo Davidson pensativo—. Ayúdeme a sentarme —continuó de inmediato—; y ahora, siento molestarle, pero ¿quiere repetírmelo todo otra vez?

Wade se lo repitió con mucha paciencia. Davidson cerró los ojos y apretó las manos contra la frente.

—Sí —dijo—. Es verdad. Ahora, con los ojos cerrados, sé que tiene razón. Éste eres tú, Bellows, que estás sentado junto a mí en el sofá. Estoy en Inglaterra de nuevo. Y estamos a oscuras.

Luego abrió los ojos.

—Y ahí —continuó— está justo saliendo el sol, y las vergas del barco, y un mar ondulante y un par de pájaros volando. Nunca vi algo tan real. Y estoy sentado en un banco de arena cubierto hasta el cuello.

Se inclinó hacia adelante tapándose la cara con las manos. Después abrió los ojos de nuevo.

—¡Tenebroso mar y salida del sol! ¡Y sin embargo estoy sentado en un sofá en el despacho del viejo Boyce! ¡Que Dios me ayude!

Ése fue sólo el comienzo, pues la extraña afección de los ojos de Davidson continuó sin remitir durante tres semanas. Era mucho peor que estar ciego. Se encontraba absolutamente desvalido: había que darle de comer como a un pájaro recién salido del cascarón, ayudarle a caminar y desvestirlo. Si intentaba moverse tropezaba contra las cosas o se daba contra las paredes o las puertas. Pasado un día más o menos se acostumbró a oír nuestras voces sin vernos, y de buena gana admitía que estaba en casa y que Wade tenía razón en lo que le había dicho. Mi hermana, con la que estaba prometido, insistía en venir a verlo, y todos los días se pasaba horas sentada mientras él hablaba de aquella playa suya. Estrechar su mano parecía darle un gran consuelo. Contaba que cuando salimos de la escuela en dirección a su casa —él vivía en Hampstead—, le pareció como si lo estuviéramos llevando por una montaña de arena —todo estaba completamente oscuro hasta que emergió de nuevo—, y atravesando rocas, árboles y obstáculos sólidos, y cuando le subieron a su habitación estaba aturdido y casi frenético de miedo a caerse, porque subir al piso de arriba era como levantarlo treinta o cuarenta pies por encima de las rocas de su isla imaginaria. Repetía una y otra vez que rompería todos los huevos. Al final hubo que bajarlo a la sala de consulta de su padre y acostarlo en un sofá que había allí.

Describía la isla como un lugar desértico en su conjunto, con muy poca vegetación, excepto algo de turba, y llena de rocas desnudas. Había multitud de pingüinos, lo que hacía las rocas más blancas y desagradables a la vista. El mar estaba encrespado a menudo, y una vez hubo una tormenta y él se resguardó y gritaba a los relámpagos silenciosos. Una o dos veces las focas se detuvieron en la playa, pero

sólo durante los dos o tres primeros días. Dijo que resultaba muy divertida la manera en que los pingüinos solían moverse atravesándolo, y cómo él parecía estar entre ellos sin molestarlos.

Recuerdo algo raro que sucedió cuando le entraron unas ganas desesperadas de fumar. Le pusimos una pipa en las manos, casi se saca un ojo con ella, y la encendió. Pero no le sabía a nada. Desde entonces he descubierto que a mí me ocurre lo mismo, no sé si se trata de un caso habitual, y es que no disfruto del tabaco en absoluto si no veo el humo.

Pero el aspecto más curioso de su alucinación se presentó cuando Wade mandó sacarle en una silla de ruedas para que respirase aire puro. Los Davidson alquilaron una silla y consiguieron que aquel criado suyo, sordo y obstinado, Widgery, se hiciera cargo de ella. Widgery tenía ideas muy particulares sobre las expediciones saludables. Mi hermana, que había estado en casa de los Dog, se los encontró en Camden Town, en dirección a King's Cross; Widgery trotando complacientemente y Davidson visiblemente angustiado, intentando, a su manera ciega y débil, atraer la atención de Widgery.

Se echó realmente a llorar cuando mi hermana le habló.

—¡Oh, sácame de esta oscuridad horrible! —gritó buscando a tientas su mano—. Tengo que librarme de ella o moriré.

Fue completamente incapaz de explicar lo que pasaba, pero mi hermana decidió que debía volver a casa, y al poco tiempo, según subían la cuesta hacia Hampstead, parecía que la sensación de horror le iba desapareciendo. Dijo que era bueno ver las estrellas de nuevo, aunque entonces era casi mediodía y el cielo deslumbraba.

—Parecía —me contó después— como si me estuvieran llevando irresistiblemente hacia el agua. Al principio no estaba muy alarmado. Por supuesto que allí era de noche, una noche maravillosa.

—¿Por supuesto? —le pregunté, porque me sorprendió una afirmación tan rara.

—Por supuesto —contestó—. Siempre es de noche allí cuando aquí es de día... Bueno, nos metimos directamente en el agua que estaba en calma y brillaba a la luz de la luna, sólo una ligera ondulación que parecía hacerse más débil y más plana cuando entramos. La superficie brillaba como la piel, debajo podría estar el espacio vacío por más que sabía que no era verdad. Muy despacio, puesto que entraba al través,

el agua me llegó a los ojos. Luego me sumergí y la piel pareció romperse y cicatrizar de nuevo en torno a los ojos. La luna dio un quiebro allá en el cielo y se volvió verde y borrosa, y los peces, que brillaban débilmente, se precipitaban a mi alrededor, y también cosas que parecían estar hechas de cristal luminoso, y atravesé una maraña de algas marinas que resplandecían con un brillo graso. De esta forma me fui adentrando en el mar, y las estrellas desaparecieron una a una, y la luna se tornó más verde y oscura, y las algas marinas cambiaron a un luminoso color rojo púrpura. Todo era tenue y misterioso, y parecía que todas las cosas temblaban. Y mientras tanto podía oír los chirridos de la silla de ruedas, y las pisadas de la gente que pasaba y a un vendedor de periódicos voceando a lo lejos el especial de la revista *Pall Mall*.

Continué sumergiéndome más y más en las profundidades marinas. A mi alrededor la oscuridad se volvió negra como la tinta, ni un rayo de luz celeste penetraba aquellas tinieblas, y las cosas fosforescentes brillaban cada vez más. Las serpentinadas ramas de las algas más profundas flameaban como las llamas de lámparas de alcohol. Los peces venían hacia mí con la mirada fija y la boca abierta, y se metían dentro de mí y me atravesaban. Jamás había imaginado peces semejantes. Tenían líneas de fuego a lo largo de los costados como si los hubieran marcado con un lápiz luminoso. Y había una cosa horrible que nadaba hacia atrás con muchos brazos que se enroscaban. Y luego, dirigiéndose hacia mí muy despacio a través de la oscuridad, vi una brumosa masa de luz que al acercarse resultó ser una multitud de peces que forcejeaban y se lanzaban sobre algo que flotaba. Me dirigí directamente hacia ello y pronto vi, en medio del tumulto y a la luz de los peces, un trozo de mástil astillado flotando ominoso sobre mí, un oscuro casco de barco ladeándose, y unas formas con luz fosforescente que se agitaban y contorsionaban cuando los peces las mordían. Fue entonces cuando comencé a intentar atraer la atención de Widgery. El horror me sobrecogió. ¡Uf? ¡Me habría metido directamente en esas cosas medio comidas de no llegar tu hermana! Les habían hecho grandes agujeros, Bellows, y mejor no pensarlo. ¡Pero fue horrible!

Durante tres semanas permaneció Davidson en este singular estado, viendo lo que entonces nosotros imaginábamos un mundo totalmente fantasmagórico, y completamente ciego para el mundo que le rodeaba. Luego, un martes, cuando fui a verlo, me encontré en el pasillo al viejo Davidson.

—¡Puede ver su pulgar! —me dijo en pleno arrebató el buen señor

que forcejeaba para ponerse el abrigo—. ¡Puede ver su pulgar, Bellows! —repitió con lágrimas en los ojos—. El muchacho se pondrá bien.

Me apresuré a ver a Davidson. Tenía un librito delante de la cara y estaba mirándolo y riéndose levemente.

—Es sorprendente —dijo—. Hay como un parche puesto allí —apuntó con el dedo—. Estoy como de costumbre sobre las rocas, y los pingüinos están tambaleándose y aleteando como siempre, y ha estado apareciendo una ballena de vez en cuando, pero se ha puesto demasiado oscuro para divisarla. Sin embargo pon algo allí, y lo veo, de veras que lo veo. Está muy borroso y con fisuras en algunas partes, pero a pesar de todo lo veo, como un tenue espectro de sí mismo. Lo descubrí esta tarde cuando me estaban vistiendo. Es como un agujero en este mundo fantástico. Pon tu mano junto a la mía. No, ahí no. ¡Ah, sí, la veo! ¡La base del pulgar y un poco del puño de la camisa! Parece el fantasma de un trozo de tu mano asomándose en el oscuro cielo. Justo a su lado está saliendo un grupo de estrellas como una cruz.

Desde este momento Davidson comenzó a sanar. Su relato del cambio, como la descripción de su alucinación, era extrañamente convincente. Por los parches de su campo de visión el mundo fantástico se fue debilitando y transparentándose, por decirlo así, y a través de estas brechas traslúcidas comenzó a ver borrosamente el mundo real en torno suyo. Los parches aumentaron en cantidad y tamaño, se juntaron y extendieron hasta que sólo quedaron acá y allá algunos puntos ciegos en su vista. Podía levantarse y moverse, comer sin ayuda otra vez, leer, fumar y comportarse de nuevo como un ciudadano normal. Al principio le resultaba muy confuso tener estos dos cuadros sobreponiéndose el uno al otro como las vistas cambiantes de un foco, pero muy pronto comenzó a distinguir lo real de lo ilusorio.

Cuando empezó a sanar estaba contento de verdad y no parecía más que impaciente por completar su curación haciendo ejercicio y tomando tónicos. Pero al tiempo que aquella extraña isla suya empezó a desvanecerse él se volvió extrañamente interesado en ella. Especialmente deseaba bajar de nuevo a las profundidades marinas y se pasaba la mitad del tiempo deambulando por las partes bajas de Londres, intentando encontrar el barco naufragado que había visto a la deriva. El resplandor de la auténtica luz del día muy pronto le impresionó tan vivamente que borró todos los rastros de su mundo visionario, aunque, por la noche, en su habitación a oscuras, todavía podía ver las blancas rocas de la isla batidas por el agua y a los torpes

pingüinos tambaleándose de acá para allá. Pero incluso estas imágenes se debilitaron cada vez más, y, por fin, poco después de casarse con mi hermana, las vio por última vez. Y ahora tengo que contar lo más extraño de todo. Unos dos años después de la curación cené con los Davidson, y, terminada la cena, se presentó un hombre llamado Atkins. Es teniente de la marina y una persona agradable y habladora. Tenía una relación de amistad con mi cuñado y pronto la tuvo conmigo. Resultó que estaba prometido con la prima de Davidson y casualmente sacó una especie de cartera con fotografías para enseñarnos un retrato nuevo de su novia.

—Y por cierto —dijo— aquí está el viejo *Fulmar*.

Davidson lo miró de pasada. Luego, de repente, se le iluminó la cara:

—¡Cielos! —exclamó—, casi podría jurar...

—¿Qué? —preguntó Atkins

—Que había visto ese barco antes.

—No sé cómo lo has podido ver. No ha salido de los mares del sur en seis años y antes...

—Pero... —comenzó Davidson y siguió—. Sí, ése es el barco con el que soñé. Estoy seguro de que es el barco con el que soñé. Estaba junto a una isla de pingüinos y disparó un cañón.

—¡Dios mío! —exclamó Atkins, que ya estaba enterado de los detalles de la alucinación—, ¿cómo diantres podías soñar con eso?

Luego, poco a poco, nos fuimos enterando de que el mismísimo día del acceso de Davidson el *Fulmar* había estado frente a un islote al sur de la Isla de las Antípodas. Un bote había desembarcado durante la noche para conseguir huevos de pingüino, se había retrasado y, habiendo estallado una tormenta, la tripulación del bote había decidido esperar hasta la mañana para retornar al barco. Atkins había sido uno de ellos y corroboró, palabra por palabra, las descripciones que Davidson había hecho de la isla y del bote. No nos cabe la menor duda de que Davidson ha visto realmente el lugar. De alguna forma indescriptible, mientras iba de acá para allá en Londres, su vista se movía paralelamente de acá para allá en esa isla distante. El cómo es absolutamente un misterio.

Esto completa la extraordinaria historia de los ojos de Davidson.

Quizás es el caso mejor autenticado que existe de verdadera visión a distancia. No sé de ninguna explicación excepto la que ha lanzado el profesor Wade. Pero su teoría implica la cuarta dimensión, y una disertación sobre tipos teóricos de espacio. Hablar de una torsión en el espacio me parece una tontería, quizá se deba a que no soy matemático. Cuando dije que nada alteraría el hecho de que el lugar está a ocho mil millas, respondió que dos puntos pueden estar a una yarda de distancia en una hoja de papel y, sin embargo, se los puede juntar doblando el papel. El lector quizá comprenda este argumento, yo ciertamente no. Su idea parece consistir en que Davidson, al inclinarse entre los polos del gran electroimán, recibió una sacudida extraordinaria en sus elementos retinales a través del repentino cambio en el campo de fuerza debido al rayo.

En consecuencia, piensa que quizá sea posible vivir visualmente en una parte del mundo, mientras se vive corporalmente en otra. Hasta ha realizado algunos experimentos para apoyar sus puntos de vista, pero hasta ahora sólo ha conseguido dejar ciegos a unos cuantos perros. Creo que ése es el único resultado de su trabajo, aunque hace algunas semanas que no lo veo. Últimamente he estado tan ocupado con el trabajo relacionado con la instalación de Saint Pancras que no he tenido oportunidad de visitarlo. Pero toda su teoría me parece fantástica. Los hechos concernientes a Davidson van por otros derroteros completamente diferentes, y personalmente puedo atestiguar la exactitud de cada uno de los detalles que he referido.

El señor de las dinamos

EL principal servidor de las tres Dínamos que zumbaban y traqueteaban en Camberwell y que hacían funcionar el tendido eléctrico del ferrocarril procedía de Yorkshire y se llamaba James Holroyd. Era un buen electricista aunque aficionado al whisky, un bruto, pesado y pelirrojo con dientes irregulares. Dudaba de la existencia de Dios pero aceptaba el ciclo de Carnot y había leído a Shakespeare, al que encontraba flojo en química Su ayudante procedía del misterioso Oriente, su nombre era Azuma-zi. Holroyd, sin embargo, le llamaba Pooh-bah. Le gustaba tener un ayudante negro, pues podía aguantar los puntapiés —hábito de Holroyd— y no fisionaba en la maquinaria ni intentaba conocer su funcionamiento. Holroyd nunca llegó a darse cuenta del todo de que ciertas raras posibilidades de la mente del negro se pondrían en abrupto contacto con la cumbre de nuestra civilización, si bien al final tuvo ciertos indicios de ello.

Definir a Azuma-zi está fuera del alcance de la etnología. Era tal vez más negroide que otra cosa, si bien su pelo era ensortijado más que rizado y su nariz tenía un puente. Además, su piel era marrón más que negra y el blanco de sus ojos era amarillo. Sus anchos pómulos y la barbilla estrecha daban a su rostro un aspecto viperino. Su cabeza, ancha también por detrás y baja y estrecha por la frente, como si su cerebro hubiese evolucionado en el sentido contrario al de los blancos. Era de pequeña estatura, más bajo incluso que los ingleses. Durante la conversación profería numerosos sonidos raros de significado desconocido y sus palabras, infrecuentes, eran rebuscadas y retorcidas como escudos nobiliarios Holroyd intentaba elucidar sus creencias religiosas y —especialmente después del whisky— le sermoneaba en contra de la superstición y de los misioneros. Sin embargo, y aunque se le golpease por ello, Azuma-zi esquivaba discutir de sus dioses.

Azuma-zi había llegado a Londres, mal vestido de blanco, desde el

cuarto de máquinas del Lord Clive, desde los Straits Settlements o de más lejos aún. Desde joven que había oído de la grandeza y la riqueza de Londres, donde las mujeres eran blancas y hermosas y donde incluso los mendigos de las calles eran todos blancos; y había llegado, con monedas de oro recién ganadas en sus bolsillos, a adorar en el santuario de la civilización. El día en que desembarcó era sombrío; el cielo estaba oscuro y el viento y una llovizna molestos penetraban en las calles grises. Él, sin embargo, se precipitó audazmente en los placeres de Shadwell y fue echado, destrozada su salud, civilizado en cuanto a su vestimenta, empobrecido y, salvo para las necesidades más primarias, se había vuelto tan estúpido como para trabajar para James Holroyd y ser utilizado por él para realizar trabajos rutinarios en la nave de Dínamos de Camberwell. Y para James Holroyd tiranizar era una tarea muy grata.

En Camberwell había tres Dínamos con sus motores. Las dos que estaban allí desde el principio eran máquinas pequeñas; la mayor era también la más nueva. Las máquinas pequeñas hadan un ruido razonable; sus correas zumbaban sobre los tambores, de vez en cuando las escobillas estallaban y silbaban, y el aire se agitaba continuamente, ¡jun!, ¡jun!, ¡juh!, entre sus polos. Una llevaba los cimientos sueltos y hacía vibrar la nave. Pero la Dínamo grande ahogaba todos estos pequeños ruidos con el resonar continuo de su corazón de hierro que de algún modo formaba parte de la zumbante carpintería de hierro. El lugar invitaba a que la cabeza de los visitantes diese vueltas con el trop, trop, trop, de los motores, la rotación de las grandes ruedas, el giro de las válvulas esféricas, las salpicaduras ocasionales del vapor y, sobre todo, el sonido profundo, incesante y agitado de la Dínamo grande. Este sonido constituía, desde el punto de vista técnico, un defecto, pero Azuma-zi lo consideraba parte del poder y el orgullo del monstruo.

Si fuese posible, desearíamos tener los sonidos de esta nave siempre sobre el lector durante su lectura, nos agradecerla narrar toda esta historia con un acompañamiento semejante. Era una comente constante de estruendo en la que el oído extraía primero una hebra y luego otra; el intermitente bufido, jadeo y furia de los motores de vapor, la succión y el golpeteo de sus pistones, el triste sonido en el aire al pasar los radios de las grandes ruedas que giraban, una nota que las correas de cuero daban cuando corrían más prietas o más sueltas y un inquieto tumulto de las Dínamos; y sobre todo, a veces inaudible como si la oreja se hubiera ya cansado de él, pero progresando de nuevo por encima de los sentidos, el sonido de trombón de la máquina grande. El suelo no se sentía nunca firme y

silencioso debajo de los pies, sino tembloroso y vibrante Era un lugar desconcertante e inestable y suficiente para sacudir el pensamiento de cualquiera hacia un raro zigzag. Durante tres meses, mientras avanzaba la gran huelga de los mecánicos, Holroyd, convertido en esquirolo, y Azuma-zi, que era un simple negro, no salieron nunca de su cárcel y remolino, aunque dormían y comían en la pequeña choza de madera situada entre el cobertizo y las puertas.

Holroyd pronunciaba un discurso teológico sobre el texto de su gran máquina tan pronto como Azuma-zi venía. Tenía que gritar para que se le escuchara en medio de todo aquel estruendo.

—Mira esto —decía Holroyd—; ¿dónde está tu ídolo para compararlo?

Azuma-zi miraba. Por un instante no se oía a Holroyd, pero en seguida Azuma-zi volvía a oír:

—Mata a un centenar de hombres. Un doce por ciento —decía Holroyd—, y esto es algo parecido a un Gord.

Holroyd se sentía orgulloso de su gran Dínamo, y se deshacía en alabanzas sobre su tamaño y poder ante Azuma-zi; sólo el cielo sabe qué raras ideas le rondaban y qué bullía en el interior de aquella ensortijada cabeza negra. Quería explicar de la forma más gráfica posible la docena, o casi, de maneras en que podía matar a un hombre, y en cierta ocasión dio un susto a Azuma-zi como muestra de su talento. Después de esto, en los intermedios de su trabajo —era una tarea pesada, no sólo era la suya propia, sino también en gran parte la de Holroyd— Azuma-zi se sentaba a contemplar la gran máquina. De vez en cuando las escobillas chisporroteaban y lanzaban destellos azules, que hacían blasfemar a Holroyd, pero todo lo demás era tan suave y rítmico como la respiración. La correa se deslizaba rechinando sobre el eje y por detrás del que vigilaba se oía el ruido sordo del pistón. Así transcurría todo el día en la enorme nave, con él y con Holroyd; no prisionera o esclavizada para impulsar a un barco como estaban otras máquinas que él conocía, meros diablos cautivos del Salomón británico. A esas dos Dínamos más pequeñas Azuma-zi las despreciaba por la fuerza del contraste; a la más grande la había bautizado privadamente como el Señor de las Dínamos. Aquéllas eran displicentes e irregulares, pero la gran Dínamo era constante. ¡Qué grande era! ¡Con qué serenidad y facilidad funcionaba! Más grande y tranquila incluso que el Buda que vio en Rangún, y sin embargo no inmóvil sino viviente. Las grandes bobinas negras giraban, giraban, giraban, los anillos iban por debajo de las escobillas y la nota

profunda de su bobina estabilizaba el conjunto. Todo esto afectaba a Azuma-zi de una forma harto extraña.

Azuma-zi no era aficionado al trabajo. Se sentaba y miraba al Señor de las Dínamos mientras Holroyd salía a convencer al portero para que fuera a por whisky, aunque su lugar no estaba en la nave de las Dínamos sino detrás de las máquinas; además, si Holroyd le encontraba escondido le golpeaba con una gruesa vara de cobre. Iba y se quedaba de pie cerca del coloso, mirando la gran correa de cuero que pasaba por encima de su cabeza. Había un parche negro en la correa y entre todo aquel ruido le gustaba mirar cómo pasaba una y otra vez. Extrañas ideas le bullían a su paso. Los científicos nos dicen que los salvajes atribuyen alma a las rocas y a los árboles, y una máquina tiene mil veces más vida que una roca o un árbol Y Azuma-zi era prácticamente un salvaje; el barniz de civilización no era mas grueso que su ropa, sus cardenales o el tizne de carbón que cubría su rostro y sus manos. Su padre, antes que él, había adorado a un meteorito; puede ser qué sangre afín haya salpicado las anchas ruedas de Juggernaut. Aprovechaba todas las oportunidades que Holroyd le daba para tocar y manejar la gran Dínamo que le fascinaba. La limpiaba y pulía hasta que las partes metálicas relucían al sol. Experimentaba un misterioso sentido de servicio al hacerlo. Los dioses que él había adorado estaban lejos y los habitantes de Londres ocultaban a sus dioses.

Poco a poco, sus tenues sentimientos se fueron haciendo más claros y tomaron forma de ideas, y al final de actos. Al entrar una mañana en la bulliciosa nave, hizo una reverencia al Señor de las Dínamos y más tarde, cuando Holroyd se hubo ido, se dirigió a la máquina atronadora y le susurró que él era su sirviente, rogándole que tuviera piedad de él y le salvara de Holroyd Al hacerlo, un extraño destello de luz penetró a través del arco abierto de la nave, y el Señor de las Dínamos, girando y tronando, quedó radiante bañado en oro pálido, Azuma-zi supo entonces que su Señor aceptaba su servicio. Después de eso ya no se sintió tan abandonado, porque, en efecto, se sentía muy solo en Londres. Incluso una vez terminada su jornada laboral se quedaba, lo que era raro, ganduleando por la nave.

La siguiente vez que Holroyd le maltrató, Azuma-zi se acercó al Señor de las Dínamos y le susurró:

—¡Mira, oh mi Señor! —y el zumbido amenazador de la maquinaria pareció contestarle. Después, cada vez que Holroyd entraba en la nave le parecía oír una nota diferente mezclada con el sonido de la Dínamo.

—Mi Señor espera la hora propicia —se dijo Azuma-zi a sí mismo—. La iniquidad del imbécil no está todavía en su punto.

Y esperaba y vigilaba el momento decisivo. Una tarde se produjo un cortocircuito y Holroyd, al examinarlo sin excesivo cuidado, recibió una gran descarga. Azuma-zi, desde detrás de la máquina, le vio saltar y maldecir la bobina.

—Está avisado —se dijo Azuma-zi para sí—. Por supuesto, mi Señor es muy paciente.

Al principio Holroyd había iniciado a su «negro» en los conceptos elementales del funcionamiento de la Dínamo para que le permitieran hacerse cargo temporalmente de la nave en su ausencia. Pero cuando observó la manera en que Azuma-zi rondaba el monstruo se volvió receloso. Aunque de forma vaga, percibía que su ayudante «tramaba algo» y, relacionándolo con el engrasado de las bobinas que había estropeado en algunos sitios el barniz, gritó:

—No te vuelvas a acercar nunca más por la noche a la Dínamo, fuera, o te arranco la piel.

Además, si a Azuma-zi le gustaba estar cerca de la gran máquina era de sentido común y decencia alejarle de ella. Azuma-zi obedeció aquella vez, pero más tarde le encontró haciendo reverencias delante del Señor de las Dínamos. Holroyd le retorció un brazo y le propinó un puntapié al irse. Cuando Azuma-zi se encontraba detrás de la máquina y vela la espalda del odiado Holroyd, los ruidos de la máquina adquirían un nuevo ritmo y sonaban como cuatro palabras de su lengua nativa.

Es difícil decir exactamente qué es la locura. Me imagino que Azuma-zi estaba loco. El incesante estruendo y girar de las Dínamos puede haber agitado su escaso bagaje de conocimientos y su gran reserva de creencias supersticiosas, convirtiéndolo al menos en algo parecido a un delirio. En cualquier caso, cuando se le ocurrió la idea de sacrificar a Holroyd al Fetiche de la Dínamo, le invadió como un extraño tumulto exultante de emoción. Aquella noche, los dos hombres y sus negras sombras se encontraban solos en la nave, iluminada por una enorme luz de arco que parpadeaba con colores púrpuras. Las sombras se proyectaban detrás de las Dínamos, los reguladores esféricos de las máquinas iban y venían con rapidez de la luz a la oscuridad y sus pistones batían ruidosa y uniformemente. El mundo exterior, contemplado a través del extremo abierto de la nave, parecía increíblemente tenue y remoto. Además, parecía absolutamente

silencioso, pues el tumulto de la maquinaria ahogaba cualquier sonido externo. A lo lejos se encontraba la valla negra del patio, con casas grises y sombreadas detrás, y arriba el cielo azul oscuro con un par de pequeñas y débiles estrellas. De repente, Azuma-zi se dirigió al centro de la nave por encima del cual pasaban las correas de cuero, y se detuvo debajo de la sombra de la gran Dínamo. Holroyd escuchó un clic y el giro del inducido cambió.

—¿Qué haces con ese interruptor? —bramó sorprendido—. No te he dicho...

Vio entonces la expresión de los ojos de Azuma-zi cuando el asiático, saliendo de las sombras, se dirigía hacia él. Instantes después los dos hombres luchaban agarrados con fuerza el uno al otro frente a la gran Dínamo.

—¡Imbécil; cabeza de café! —gritó con voz entrecortada Holroyd, con una mano oscura en su garganta—. Aléjate de esos anillos de contacto.

Un empujón le hizo dar un traspiés hacia atrás, sobre el Señor de las Dínamos. Instintivamente, soltó a su presa para salvarse de la máquina.

El mensajero, enviado urgentemente desde la estación para averiguar qué había sucedido en la nave de la Dínamo, encontró a Azuma-zi en la puerta de la caseta del portero. Azuma-zi intentaba explicar algo, pero el mensajero no pudo entender nada del incoherente inglés del negro y se dirigió a la nave. Las máquinas funcionaban ruidosamente y no parecía que sucediera nada anormal. Sin embargo, se percibía un extraño olor a cabellos chamuscados. A continuación, vio una extraña masa retorcida que colgaba de la parte anterior de la gran Dínamo y, al aproximarse, reconoció los restos deformes de Holroyd.

El hombre se quedó mirando, titubeando por un momento. Después reconoció el rostro y cerró los ojos con fuerza. Giró sobre sus talones antes de abrirlos de nuevo de modo que no pudiera volver a ver a Holroyd y salió de la nave en busca de ayuda.

Cuando Azuma-zi vio a Holroyd muerto en el asidero de la Gran Dínamo, apenas se sobresaltó por las consecuencias de su acto. Incluso se sentía extrañamente alegre, y sabía que contaba con la aprobación del Señor de las Dínamos. Ya había fijado el plan cuando encontró al individuo que venía de la estación, y el director científico que llegó rápidamente al escenario sacó la conclusión obvia de un suicidio. El

experto apenas si se fijó en Azuma-zi, salvo para interrogarle acerca de unas pocas cuestiones. ¿Se había matado Holroyd a sí mismo? Azuma-zi explicó que no lo había visto, al encontrarse en la chimenea, hasta que escuchó una diferencia en el ruido de la Dínamo. No era difícil de comprobar y quedó fuera de sospecha.

Mientras los restos deformados de Holroyd, que el electricista retiró de la máquina, fueron cubiertos por el portero con un mantel manchado de café, alguien tuvo la feliz inspiración de llamar a un médico. El experto estaba ansioso por que la máquina volviera a funcionar, pues siete u ocho trenes hablan quedado detenidos en mitad de los túneles mal ventilados del ferrocarril eléctrico. Azuma-zi, respondiendo o entendiendo mal las preguntas de la gente que había acudido por imprudencia o enviados por las autoridades a la nave, fue enviado de nuevo al cebador por el director científico. Por supuesto, al otro lado de las puertas del patio se había reunido una multitud —una multitud, por una razón que se desconoce, siempre permanece durante uno o dos días cerca de la escena de una muerte repentina en Londres—. Dos o tres periodistas lograron entrar de alguna manera en la nave e incluso uno de ellos se puso en contacto con Azuma-zi; pero el experto científico le expulsó de nuevo al tratarse del mismo periodista aficionado.

Se llevaron el cuerpo y el público, interesado, se fue con él. Azuma-zi permaneció tranquilamente en su homo viendo en el carbón una figura que se retorció violentamente hasta quedar quieta. Una hora después del crimen, a cualquiera que entrara en la nave las cosas le parecerían exactamente igual a como si allí no hubiera sucedido nada notable. Asomándose desde la sala de máquinas, el negro vela al Señor de las Dínamos girando al lado de sus hermanos menores, las ruedas motrices giraban y el vapor de los pistones resonaba exactamente igual que por la tarde. Después de todo, desde el punto de vista mecánico, había sido un incidente insignificante, la mera desviación temporal de una comente. Pero ahora, la forma más delgada y la sombra también más delgada del director científico sustituía la robusta silueta de Holroyd, yendo de un lado a otro por el campo de luz. sobre el suelo que temblaba bajo las correas situadas entre las máquinas y las Dínamos.

—¿No he servido a mi Señor? —murmuró Azuma-zi inaudible desde su sombra, y la nota de la gran Dínamo resonó fuerte y clara. Al mirar al gran mecanismo giratorio su extraña fascinación, que desde la muerte de Holroyd había disminuido un poco, reapareció.

Azuma-zi no había visto nunca matar a un hombre con tanta rapidez

y de manera tan despiadada. La gran máquina zumbante había ejecutado a su víctima sin flaquear ni un segundo en su constante batido. En efecto, era un dios poderoso.

El inconsciente director científico le daba la espalda, mientras tomaba notas sobre un trozo de papel. Su sombra quedaba a los pies del monstruo.

¿Tenía todavía hambre el Señor de las Dínamos? Su sirviente estaba preparado.

Azuma-zi dio un paso sigiloso hacia delante y se detuvo. El director científico había, de repente, dejado de escribir, avanzó a lo largo de la nave hacia el extremo de las Dínamos y comenzó a examinar las escobillas.

Azuma-zi vaciló, pero de inmediato se deslizó sin hacer ruido hacia la sombra de los interruptores. Allí esperó. Podían escucharse los pasos del director que volvía. Se paró en su antigua posición sin percibir al fogonero acurrucado a diez pasos de él. De repente se apagó la gran Dínamo y un instante después Azuma-zi se abalanzaba sobre él desde la oscuridad.

El director científico había sido agarrado por el cuerpo y empujado hacia la gran Dínamo. Golpeando con sus rodillas y empujando hacia abajo con las manos la cabeza de su contrincante, logró soltar la presa de su cintura y cayó rodando lejos de la máquina. El negro volvió a cogerle, colocando su ensortijada cabeza contra su pecho, y se tambalearon y jadearon durante lo que parecía una eternidad. El director científico, viéndose obligado a coger una oreja del negro entre sus dientes, mordió con furia. El negro profirió un horrible alarido.

Rodaron por el suelo y el negro, que aparentemente se había librado de la presa de los dientes, o sin media oreja —el director científico no sabía lo que era—, trataba de estrangularle. Cuando el director científico realizaba inútiles esfuerzos por coger algo con las manos y golpear, el grato sonido de unos rápidos pasos resonó en el suelo. Un instante después Azuma-zi se dirigía a su izquierda y se lanzaba contra la Gran Dínamo. Se produjo un chisporroteo en medio del ruido.

El guardia de la empresa, que había entrado, se quedó de pie mirando cómo Azuma-zi tomaba -en sus manos los bornes desnudos, hacía una horrible convulsión y quedaba colgado, inmóvil, de la máquina, con el rostro violentamente desfigurado.

—Estoy realmente contento de que haya llegado en el momento justo —exclamó el director científico, sentado todavía en el suelo. Miró la figura que aún se estremecía.

—Al parecer no es una forma agradable de morir, pero es rápida.

El guardia seguía contemplando el cuerpo. Era un hombre de comprensión lenta.

Se produjo una pausa.

El director científico se levantó con dificultad. Pasó sus dedos por el cuello de la camisa y movió varias veces la cabeza de un lado a otro.

—Pobre Holroyd. Ahora lo veo. —Después, casi de forma mecánica, se dirigió hacia los interruptores que había en la sombra y volvió a dar corriente a los circuitos del ferrocarril. Al hacerlo, el cuerpo chamuscado se soltó de la máquina y cayó de bruces. El núcleo de la Dínamo resonaba fuerte y claro y el inducido golpeaba el aire.

Así finalizó prematuramente el culto de la Deidad de la Dínamo, quizá la más efímera de todas las religiones. Sin embargo, puede jactarse al menos de un mártir y un sacrificio humano.

La historia de Plattner

SI debe darse crédito o no a la historia de Gottfried Plattner es una cuestión difícil a la vista de las pruebas. Por un lado tenemos siete testigos, o para ser más exactos, tenemos seis pares y medio de ojos y un hecho innegable; y por otro lado tenemos, ¿qué si no?, prejuicios, sentido común e inercia de opinión. Nunca ha habido siete testigos más honestos, nunca un acontecimiento más innegable que la inversión de la estructura anatómica de Gottfried Plattner; no ha habido tampoco nunca una historia más ridícula que la que tuvieron que contar. La parte más absurda de la historia es la valiosa contribución de Gottfried (pues le considero uno de los siete). El cielo me prohíbe dar crédito a la superstición por mor de la parcialidad, y así llegué a compartir el destino de los clientes de Eusapia. Con franqueza, creo que hay algo tortuoso en el asunto de Gottfried Plattner, pero debo admitir abiertamente que no sé cuál es ese factor poco limpio. Me ha sorprendido el crédito que se ha dado a la historia en los ambientes más inesperados y autorizados. Sin embargo, la manera más imparcial de dirigirme al lector es contándolo sin más comentarios.

Gottfried Plattner es, a pesar de su nombre, inglés de nacimiento. Su padre fue un alsaciano que llegó a Inglaterra en los años sesenta, se casó con una respetable muchacha inglesa de intachables antecedentes y murió, tras una vida sana y tranquila (dedicada principalmente, según creo, a la colocación de pavimentos de parquet), en 1887. Gottfried tiene en la actualidad veintisiete años. En virtud de su herencia trilingüe es profesor de lenguas modernas en una pequeña escuela privada del sur de Inglaterra. A los ojos de un observador casual se parece a cualquier otro profesor de lenguas modernas de cualquier otra escuela privada. Su ropa no es muy costosa ni de moda, pero tampoco resulta excesivamente sencilla ni parece usada; su complexión, lo mismo que su estatura y sus maneras, no llama la atención. Quizá percibiría usted, como la mayoría de la gente, que su

rostro no era del todo simétrico, con el ojo derecho un poco mayor que el izquierdo y la mandíbula algo más prominente hacia la derecha. Si, como cualquier persona poco observadora, tuviera que desnudar su pecho y oír los latidos de su corazón, le parecería que late como el de cualquier otro.

Pero aquí aparecerán ya diferencias entre usted y el observador experimentado. Aunque a usted le parezca normal el corazón, el observador experimentado lo verá distinto. Una vez que se le haya dicho, percibirá fácilmente la peculiaridad. Se trata de que el corazón de Gottfried late en el lado derecho de su cuerpo.

Pero no es ésta la única singularidad de la estructura de Gottfried, aunque sea la única que llame la atención de una mente poco experimentada. Un estudio cuidadoso de la disposición interna de Gottfried a cargo de un buen cirujano revelará el hecho de que todas las partes asimétricas de su cuerpo están igualmente desplazadas. El lóbulo derecho de su hígado está a la izquierda y el izquierdo a la derecha, y también los pulmones presentan una disposición similar. Lo que resulta aún más singular, a menos que Gottfried sea un consumado actor, es que debemos creer que su mano derecha se ha convertido recientemente en la izquierda. Desde los incidentes que vamos a relatar (de la manera más imparcial posible), ha tenido cada vez más dificultades para escribir, salvo de derecha a izquierda en el papel y con la mano izquierda. No puede lanzar nada con la derecha, se equivoca en las comidas con el cuchillo y el tenedor y sus ideas sobre las normas de circulación, pues es aficionado al ciclismo, todavía provocan peligrosas confusiones. No existe la más mínima prueba de que antes de estos sucesos Gottfried fuera zurdo.

Hay todavía otro hecho sorprendente en este absurdo asunto. Gottfried muestra tres fotografías de sí mismo. En una aparece a la edad de cinco o seis años, sacando sus rollizas piernas por debajo de la ropa y frunciendo el ceño. En esa fotografía, su ojo izquierdo es un poco más grande que el derecho y la mandíbula un poco más gruesa por la izquierda. Esto es lo contrario a su actual condición. La fotografía de Gottfried a los catorce años parece contradecir estos hechos, pero se debe a que es una de esas fotografías baratas, entonces en boga, tomadas directamente sobre una plancha metálica y que, por consiguiente, invierten las cosas como lo haría un espejo. La tercera fotografía le representa a los veintiún años y confirma las dos anteriores. Parecen confirmar el hecho de que Gottfried haya cambiado su lado izquierdo por el derecho. Sin embargo, cómo un ser humano puede ser modificado de esta manera a menos que se trate de

un milagro fantástico e inútil, resulta difícil de imaginar.

En cierto modo, por supuesto, estos hechos podrían explicarse suponiendo que Plattner ha emprendido una elaborada mistificación basada en el desplazamiento de su corazón, inviniendo las fotografías y simulando ser zurdo. Pero el carácter de este hombre no se presta a una teoría de este tipo. Es una persona tranquila, práctica, discreta y totalmente sensata según las normas de Nordau. Le gusta la cerveza y fuma con moderación, se da todos los días un paseo como ejercicio y tiene en gran estima el valor de sus enseñanzas. Posee una buena voz de tenor, aunque no trabajada, y le gusta cantar aires populares y alegres. Es aficionado a la lectura, aunque no de manera enfermiza, principalmente ficción unida a un optimismo vagamente piadoso, duerme bien y rara vez sueña. De hecho, es la última persona que daría pie a una fábula fantástica. Efectivamente, en lugar de dar publicidad a su historia, se ha mostrado bastante reticente al respecto. Responde a quien le pregunta con cierta simpatía, timidez sería casi la palabra, que desarma al más receloso. Parece avergonzarse de que le haya sucedido algo tan inaudito.

Es una lástima que la aversión de Plattner a la idea de la disección post mortem pueda posponer, quizá para siempre, la prueba positiva de que todo su cuerpo tiene invertidos los lados derecho e izquierdo. De ese hecho depende casi por completo la credibilidad de la historia. No hay manera de coger a un hombre y moverlo en el espacio, tal y como la gente normal lo entiende, que dé como resultado un cambio de sus lados. No importa lo que haga, su derecha seguirá siendo la derecha y la izquierda la izquierda. Esto se puede hacer con algo perfectamente delgado y plano. Si se recorta una figura de papel, cualquier figura con un lado derecho y otro izquierdo, se puede cambiar su forma invirtiéndola. Pero con un cuerpo sólido es diferente. Los matemáticos nos dicen que la única manera de cambiar los lados derecho e izquierdo de un cuerpo sólido es sacarle del espacio que conocemos, sustraerlo de la existencia ordinaria y llevarle a cualquier otro espacio exterior. Esto es un poco abstruso, sin duda, pero cualquiera con algún conocimiento de matemática teórica confirmará al lector esa verdad. Para expresarlo en un lenguaje técnico, la curiosa inversión de los lados derecho e izquierdo de Plattner es una prueba de que ha escapado de nuestro espacio hacia el que recibe el nombre de Cuarta Dimensión, y que después ha regresado a nuestro mundo. A menos que prefiramos considerarnos víctimas de una inversión elaborada y sin sentido, estamos casi obligados a creerlo.

Hasta aquí los hechos tangibles. Pasemos ahora a los fenómenos que acompañaron a su transitoria desaparición del mundo. Al parecer, en la Sussexville Proprietary School, Plattner no sólo se encarga de las lenguas modernas, sino que enseña también química, geografía económica, contabilidad, taquigrafía, dibujo y otras materias que interesen a los padres de los muchachos. Sabía poco o nada de estas materias, pero en las escuelas secundarias, a diferencia de las elementales, los conocimientos del profesor no son tan necesarios como pueden serlo un carácter de gran moralidad y un comportamiento de caballero. En química era particularmente deficiente, sin conocer, según dice él, poco más que los Tres Gases (cualesquiera que puedan ser). Pero como sus alumnos no saben nada y toda su información la recibían de él, esto no le causó el más mínimo inconveniente durante vanos trimestres. Ingresó en la escuela un muchacho llamado Whibble, al que por lo visto algún pariente malicioso había educado formándole una mente de hábitos inquisitivos. El chico seguía las lecciones de Plattner con un notable y permanente interés, y con objeto de mostrar su entusiasmo sobre el tema llevó varias veces a Plattner sustancias para que las analizara. Plattner, lisonjeado por esta prueba de su capacidad de despertar el interés y la confianza en la ignorancia de los muchachos, las analizó e incluso realizó afirmaciones generales sobre su composición. Le estimuló tanto su alumno que adquirió una obra de química analítica y la estudió durante sus horas de guardia por la tarde. Le sorprendió descubrir que la química era una materia muy interesante. Hasta aquí la historia no se sale de lo corriente. Pero en ese momento aparece en escena el polvo verdoso. Por desgracia, parece perdida la fuente de donde procedía. El señorito Whibble refiere la tortuosa historia de haberlo encontrado en un paquete en un horno de cal abandonado, cerca de las colinas. Hubiera sido algo excelente para Plattner, y probablemente también para la familia de Whibble, que entonces y allí mismo se hubiera podido aplicar una cerilla al polvo. El joven no lo llevó a la escuela en el paquete, sino en una botella de medicinas, graduada, de ocho onzas, utilizando como tapón papel de periódico masticado. Se lo dio a Plattner al finalizar las clases de la tarde. Cuatro muchachos debían permanecer a fin de concluir algunos trabajos y Plattner les vigilaba en el aula pequeña donde se impartían las clases de química. Los instrumentos de las clases prácticas de química en la Sussexville Proprietary School, como en la mayoría de las escuelas privadas de este país, se caracterizan por su gran sencillez. Se guardan en un cajón, de aproximadamente la misma capacidad que un baúl, colocado sobre una repisa. Plattner, aburrido de su vigilancia pasiva, recibió al parecer con entusiasmo la intervención de Whibble con su polvo verde como una diversión agradable y, abriendo el cajón,

procedió de inmediato a los experimentos analíticos. Whibble se encontraba sentado, por suerte suya, a una distancia prudente contemplándole. Los cuatro malhechores, aparentando estar absortos en su trabajo, le miraban de reojo con sumo interés.

Incluso dentro de los límites de los Tres Gases, la química práctica de Plattner era, a mi entender, temeraria.

Existe práctica unanimidad en cuanto a lo que hizo Plattner. Vertió un poco de polvo verde en un tubo de ensayo y trató la sustancia, sucesivamente, con agua, ácido clorhídrico, ácido nítrico y ácido sulfúrico. Al no obtener resultado alguno vació casi la mitad de la botella en una bandeja y encendió una cerilla. Con la mano izquierda sujetaba la botellita de medicina. La sustancia comenzó a echar humo, se licuó e hizo explosión con ensordecedora violencia y un destello cegador.

Los cinco muchachos, al ver el destello, preparados para la catástrofe, se ocultaron bajo los pupitres y ninguno de ellos resultó seriamente dañado. La ventana cayó al patio y la pizarra se levantó de su caballete. La bandeja quedó reducida a polvo. Cayó algo de yeso del techo. No se produjeron más daños en el edificio ni en las instalaciones de la escuela y los muchachos, al no ver en principio a Plattner, creyeron que se había ocultado debajo de algún pupitre. Salieron para ayudarle pero quedaron atónitos al encontrar el lugar vacío. Confusos todavía por la súbita violencia del suceso, se precipitaron hacia la puerta abierta creyendo que había resultado herido y había sido lanzado fuera de la habitación. Pero Carson, el primero de ellos, casi choca con el director, el señor Lidgett.

El señor Lidgett es un hombre corpulento e irascible con un solo ojo. Los muchachos le describen precipitándose hacia la habitación mascullando esas moderadas exclamaciones que suelen utilizar los maestros irritables, para que no suceda nada peor.

—Desdichados —dijo—. ¿Dónde está el señor Plattner?

Los muchachos se muestran de acuerdo en esas escasas palabras («cobardes», «llorones» y «desdichados» son, al parecer, las pequeñas variaciones del gasto escolar del señor Lidgett).

¿Dónde está el señor Plattner? Era una pregunta que se repitió varias veces en los días siguientes. Parecía, como dice esa frenética hipérbole, «haberse pulverizado». No quedaba a la vista ni una partícula visible de Plattner, ni una gota de sangre, ni un jirón de

ropa. Al parecer había desaparecido sin dejar rastro. No quedaron ni los rabos, como suele decirse. La evidencia de su total desaparición a consecuencia de la explosión es un hecho indudable.

No es necesario que nos extendamos sobre la conmoción que se produjo en la Sussexville Proprietary School, en Sussexville y en otros lugares como consecuencia de este suceso. Es muy posible que alguno de los lectores de estas páginas recuerde haber oído alguna versión del hecho durante sus últimas vacaciones estivales. Lidgett, al parecer, hizo todo lo posible por acallar y minimizar la historia. Estableció un castigo de veinticinco líneas para cualquier mención que hicieran los muchachos del nombre de Plattner y afirmó en clase que conocía el paradero de su ayudante. Temía, según explicaba, que la posibilidad de una explosión, a pesar de las grandes precauciones tomadas para minimizar la enseñanza práctica de la química, pudiera empañar la reputación de la escuela; como podía empañarla la misteriosa naturaleza de la desaparición de Plattner. De hecho, hizo todo lo que pudo para que el incidente pareciera lo más normal posible. Comprobó por su cuenta los cinco testimonios sobre el suceso, con tanta minuciosidad que comenzaron a dudar de lo que habían percibido con sus cinco sentidos. Pero a pesar de estos esfuerzos la historia, ampliada y distorsionada, causó tal sensación en el distrito que varios padres retiraron del colegio a sus hijos con diversos pretextos. Un aspecto no menos notable del asunto es el hecho de que varias personas del vecindario tuvieron sueños muy intensos de Plattner durante el período de excitación que precedió a su regreso, y que dichos sueños presentaban una curiosa uniformidad. En casi todos ellos se veía a Plattner, a veces solo y otras veces acompañado, caminando a través de una fulgurante iridiscencia. En todos los casos su rostro aparecía pálido y relajado, y en algunos gesticulaba hacia la persona que soñaba. Uno o dos de los muchachos, evidentemente bajo la influencia de la pesadilla, se imaginaron que Plattner se les acercaba con sigilo y parecía mirarles fijamente a los ojos. Otros huían con Plattner de la persecución de unas criaturas vagas y extraordinarias de forma esférica. Pero todas estas fantasías se olvidaron en interrogantes y especulaciones cuando el segundo miércoles después del lunes de la explosión, Plattner regresó.

Las circunstancias de su regreso fueron tan singulares como las de su partida. En la medida en que la descripción algo encolerizada del señor Lidgett puede suplir las vacilantes afirmaciones de Plattner, parece ser que aquel miércoles por la tarde, hacia la hora de la puesta del Sol tras acabar de preparar las clases de la tarde, estaba ocupado en su jardín, recogiendo y comiendo fresas, fruta por la que siente una

desmesurada afición. Es un jardín grande y viejo, resguardado de la vista, afortunadamente, por una valla alta de ladrillo rojo cubierta de hiedra. En el momento en que se detenía frente a una planta repleta de fruto, se produjo un destello en el aire y un ruido sordo, y antes de que pudiera mirar a su alrededor un cuerpo pesado le golpeó por detrás. Salió proyectado hacia delante, aplastando las fresas que llevaba en la mano, y con tal fuerza que su chistera —el señor Lidgett se adhiere a las viejas ideas sobre los trajes escolares— cayó violentamente sobre su frente, casi sobre un ojo. Este pesado proyectil, que pasó a su lado y quedó sentado entre los fresales, resultó ser el desaparecido señor Gottfried Plattner, con un aspecto extremadamente desaseado. Iba sin el cuello de la camisa y sin sombrero, la ropa sucia, y con sangre en las manos. El señor Lidgett estaba tan indignado y sorprendido que se quedó a gatas y con el sombrero caído sobre el ojo mientras insultaba a Plattner por su conducta irrespetuosa e inexplicable.

Esta escena tan poco idílica completa lo que puedo denominar la versión exterior de la historia de Plattner, su aspecto esotérico. No es necesario entrar aquí en todos los detalles de su despido por parte del señor Lidgett. Tales detalles, con nombres completos, fechas y referencias, se encontrarán en el largo informe de los sucesos que se presentó a la Sociedad para la Investigación de los Fenómenos Anormales. La singular transposición de los lados derecho e izquierdo de Plattner apenas se observó durante los primeros días, y después solo se percibió por su disposición a escribir en la pizarra de derecha a izquierda. Ocultaba, más que mostrar, esta curiosa circunstancia demostradora, al considerar que le afectaría de manera desfavorable en la nueva situación. El desplazamiento de su corazón se descubrió varios meses después, cuando se le extrajo un diente con anestesia. Después, muy a su pesar, permitió que le hicieran un rápido examen quirúrgico con vistas a un informe en el *Journal of Anatomy*. Esto último cierra el relato de los hechos materiales; a continuación pasaremos a considerar la versión de Plattner al respecto.

Pero diferenciemos primero con claridad entre la parte precedente de esta historia y la que sigue. Todo lo que he relatado hasta aquí viene respaldado con tales evidencias que incluso un abogado criminalista las aprobaría. Todos los testigos viven aún; el lector, si dispone de tiempo, puede encontrar a los muchachos mañana mismo o incluso desafiar los terrores del temible Lidgett, y comprobar e interrogar a su antojo; el propio Gottfried Plattner, su corazón invertido y las tres fotografías pueden sacarse a la luz. Puede considerarse demostrado que desapareció durante nueve días a consecuencia de una explosión,

que regresó de manera casi igual de violenta en circunstancias que por su naturaleza son inoportunas para el señor Lidgett, cualesquiera que puedan ser los detalles de dichas circunstancias, y que volvió invertido lo mismo que vuelven los reflejos de un espejo. De este último hecho, como ya he indicado, es consecuencia casi inevitable que Plattner debió permanecer durante esos nueve días en algún estado de existencia fuera del espacio. La evidencia de estas afirmaciones resulta, claro está, mucho mayor que la de las pruebas por las que cuelgan a la mayoría de los criminales. Pero para el relato particular del lugar donde ha estado, con sus confusas explicaciones y los detalles contradictorios, sólo disponemos de la palabra del señor Gottfried Plattner. Vio deseo desacreditarle, pero debo indicar, cosa que no hacen muchos autores que escriben sobre fenómenos psíquicos oscuros, que estamos pasando aquí de hechos prácticamente innegables al tipo de cuestiones que cualquier hombre razonable puede creer o rechazar según considere que sea lo más adecuado. Las anteriores afirmaciones lo hacen verosímil; su discordancia con la experiencia corriente lo inclinan hacia lo increíble. Preferiría no desviar el juicio del lector en ningún sentido, sino simplemente relatar la historia de Plattner según él me la contó.

Puedo afirmar que me relató su experiencia en mi casa de Chislehurst; y en cuanto se hubo ido, por la tarde, me encerré en mi estudio y transcribí todo lo que recordaba. Después tuvo la amabilidad de leer una copia escrita a máquina, por lo que es innegable la exactitud del relato.

Afirma que en el instante de la explosión creyó estar muerto. Se sintió levantado y proyectado hacia atrás. Resulta un hecho curioso para los psicólogos que pensara con claridad durante su vuelo hacia atrás y que se preguntara si chocaría con el cajón de química o con la pizarra. Sus talones tocaron el suelo, se tambaleó y sintió que quedaba sentado sobre algo suave y firme. Durante un momento la conmoción le dejó aturdido. Al poco rato percibió un intenso olor a pelo chamuscado y le pareció oír la voz de Lidgett preguntando por él. Como pueden comprender, durante algún tiempo su mente estuvo confusa.

Al principio tenía la impresión de que seguía en el aula. Percibió con claridad la sorpresa de los muchachos y la entrada del señor Lidgett. Es bastante taxativo a este respecto. No oía sus observaciones pero lo atribuía al efecto ensordecedor del experimento. Las cosas a su alrededor aparecían oscuras y vagas, pero su mente lo interpretó con la idea obvia, aunque equivocada, de que la explosión había generado

gran cantidad de humo oscuro. A través de la penumbra las figuras de Lidgett y de los muchachos se movían de manera tan tenue y silenciosa como fantasmas. El rostro de Plattner todavía se estremecía bajo el calor del destello. Estaba, según dice, «totalmente confuso». Sus primeros pensamientos concretos parecen haberse ocupado de su seguridad personal. Pensó que tal vez se había quedado ciego y sordo. Se palpó los miembros y el rostro de manera cautelosa. Entonces sus percepciones fueron aclarándose y quedó perplejo al echar en falta a su alrededor los conocidos pupitres y demás muebles del aula. En lugar de ello sólo había formas grises, oscuras e inciertas. Entonces se produjo algo que le hizo gritar y que despertó instantáneamente sus facultades aturcidas. ¡*Dos de los muchachos, gesticulando, pasaban a través de él!* Nadie pareció darse cuenta de su presencia. Es difícil imaginar la sensación que experimentaba. Chocaban con él dice, con la misma fuerza que una ráfaga de niebla.

El primer pensamiento de Plattner después de eso fue creerse muerto. Sin embargo, al haber sido educado con ideas lógicas en estas cuestiones, estaba algo sorprendido de encontrar todavía consigo a su cuerpo. La segunda conclusión fue que no era él quien estaba muerto, sino los otros: que la explosión había destruido la Sussexville Proprietary School y a todos excepto a él. Pero esto tampoco era muy satisfactorio. Volvió a observar, atónito.

Todo lo que había a su alrededor resultaba extraordinariamente oscuro: al principio, parecía negro como el ébano. Por encima de su cabeza había un firmamento negro. El único punto de luz en la escena era un débil resplandor verdoso en el límite del cielo, en dirección a un horizonte de negras colinas ondulantes. Ésta fue, dijo, su primera impresión. Según iban sus ojos acostumbrándose a la oscuridad, comenzó a distinguir una suave calidad de diferentes colores verdosos en la noche que le envolvía. Sobre este fondo, los muebles y los ocupantes del aula parecían destacar como espectros fosforescentes, débiles e impalpables. Alargó su mano y la hundió sin ningún esfuerzo en la pared de la habitación, junto a la chimenea.

Se describe a sí mismo haciendo arduos esfuerzos para llamar la atención. Gritó a Lidgett e intentó agarrar a los muchachos según pasaban. Desistió de estos intentos sólo cuando el señor Lidgett, a quien, como profesor ayudante, aborrecía por naturaleza, entró en la habitación. Dice que la sensación de estar en el mundo y no ser parte de él es extraordinariamente desagradable. Compara sus sensaciones, no sin razón, con las de un gato que acecha a un ratón a través de la ventana. Cuando se movía para comunicarse con el tenebroso mundo

conocido que había a su alrededor, encontraba una barrera invisible e incomprensible que le impedía comunicarse. Centró entonces su atención en el entorno sólido. Encontró la botella intacta aún en su mano, con el resto del polvo verde en su interior. Se la metió en el bolsillo y comenzó a experimentar sensaciones de sí mismo. Al parecer estaba sentado sobre una roca cubierta de musgo aterciopelado. No podía ver el campo oscuro que había por encima de él y la imagen débil y nebulosa del aula se iba borrando, pero podía sentir (debido quizá a una brisa fresca) que estaba cerca de la cima de una colina y que a sus pies se extendía un profundo valle. La extensión e intensidad del verde resplandor a lo largo del horizonte parecían crecer. Se levantó frotándose los ojos.

Al parecer, dio un par de pasos colina abajo y después tropezó, casi cayéndose, y se sentó sobre un peñasco para contemplar el panorama. Se dio cuenta de que el mundo que le rodeaba era absolutamente silencioso. Lo era tanto como oscuro, y aunque le parecía que una fresca brisa soplaba en la colina, faltaba el susurro de la hierba y el murmullo de las ramas que deberían acompañarla. Por consiguiente pudo oír, aunque no pudiera ver, que la falda de la colina en la que se encontraba era rocosa y desolada. El verde se hacía cada vez más brillante y se fue mezclando con él un tenue rojo sangre transparente, aunque sin mitigar la negrura del cielo que se extendía por encima de su cabeza y de la rocosa desolación de su alrededor. Considerando lo que sigue, me inclino a creer que el color rojizo puede haber sido un efecto óptico debido al contraste. Algo negro se agitó durante unos momentos contra el lívido verde amarillento de la parte inferior del cielo, y a continuación el sonido penetrante de una campana se elevó desde el abismo que tenía ante sí. Una expectación opresiva creció al aumentar la luz.

Es probable que transcurriera una hora o más mientras estuvo allí sentado y esa extraña luz verde se volvía cada vez más brillante y se extendía con lentitud, en llameantes dedos, hasta el cenit. Al crecer, la visión espectral de nuestro mundo se volvió, relativa o absolutamente, más borrosa. Es probable que ambas cosas, pues la hora debía ser aproximadamente la de nuestro crepúsculo terrestre. En cuanto se disipó la visión de nuestro mundo, Plattner descendió algunos escalones por la colina, atravesó el suelo del aula y se vio sentado en el aire en un aula más grande que había escaleras abajo. Vio a los internos con claridad, pero mucho más débilmente de lo que había visto a Lidgett. Estaban preparando sus tareas nocturnas y observó con curiosidad que varios de ellos resolvían con trampa sus teoremas de Euclides mediante una chuleta, cuya existencia no había sospechado

hasta ese momento. Al pasar el tiempo se fueron debilitando con la misma constancia con que aumentaba la luz del crepúsculo verde.

Mirando hacia el valle, vio que la luz había descendido por las paredes rocosas y que la profunda negrura del abismo quedaba ahora rota por un diminuto resplandor verde, igual que la luz de una luciérnaga. Casi inmediatamente, el perfil de un enorme cuerpo celeste de resplandeciente Color verde se elevó sobre las ondulaciones basálticas de las distantes columnas, y las monstruosas masas de las colinas se revelaron desvaídas y desoladas, con claridad verdosa y profundas sombras negras. Percibió gran número de objetos esféricos que se arrastraban como simientes de cardo por el suelo. Ninguno de ellos estaba mas cerca de él que el lado opuesto del valle. La campana sonaba cada vez a intervalos más breves, con una especie de impaciente insistencia, y varias luces se movían de un lado a otro. Los muchachos que trabajaban en sus pupitres aparecían casi imperceptiblemente tenues.

Esta extinción de nuestro mundo al elevarse el verde Sol del otro universo es una característica curiosa en la que Plattner insiste. Durante la noche del Otro Mundo es difícil moverse, a causa de la intensidad con que son visibles las cosas de este mundo. Es un misterio explicar por qué, de ser así, no podemos entrever en este mundo el Otro Mundo. Quizá se deba a la iluminación comparativamente intensa del nuestro. Plattner describe el mediodía del Otro Mundo con un brillo no superior al de la luna llena en el nuestro, mientras que la noche es profundamente oscura. Por consiguiente, la cantidad de luz incluso de una habitación oscura normal, es suficiente para volver invisibles las cosas del Otro Mundo por el mismo principio que hace que una débil fosforescencia sea sólo visible en la máxima oscuridad. Desde que me contó su historia, he intentado ver algo del Otro Mundo sentándome durante un rato por la noche en el cuarto oscuro de un fotógrafo. Ciertamente, he visto la forma confusa de rocas y laderas verdosas, pero debo admitir que eran muy confusas. Quizá el lector tenga más suerte. Plattner me ha dicho que desde su regreso ha visto y reconocido lugares del Otro Mundo en sus sueños, pero esto se debe probablemente a su recuerdo de dichas escenas. Parece posible que personas de mirada muy penetrante puedan en alguna ocasión vislumbrar ese extraño Otro Mundo que nos rodea.

Sin embargo, esto es una digresión. Al elevarse el Sol verde, una larga calle de edificios negros se hizo perceptible, aunque sólo de manera oscura y borrosa, en el valle, y tras alguna duda Plattner

comenzó a descender por el precipicio hacia ellos. El descenso fue largo y excesivamente fastidioso, no sólo por la extraordinaria pendiente sino debido a que los cantos estaban dispersos y muy sueltos en la ladera. El ruido de su descenso —de vez en cuando sus talones provocaban chispas en las rocas— parecía ahora el único sonido del universo, pues había cesado el tañido de la campana. Al acercarse, percibió que vanos de los edificios tenían un singular parecido con tumbas, mausoleos y monumentos, salvo que eran uniformemente negros en lugar de ser blancos como la mayoría de las sepulturas. Y después vio salir del edificio más grande, como de una iglesia, varias figuras redondeadas y pálidas de color verde. Se dispersaron en varias direcciones por la calle más ancha, desapareciendo algunos por las callejuelas laterales y reapareciendo por la ladera de la colina, mientras otros se introducían en los pequeños edificios negros que había en el camino.

Al ver estas cosas arrastrándose hacia él, Plattner se detuvo, mirándolas con atención. No caminaban, pues de hecho carecían de piernas, y tenían el aspecto de cabezas humanas, debajo de las cuales surgía un cuerpo parecido al de un renacuajo. Estaba demasiado sorprendido por su rareza, demasiado como para que le alarmaran seriamente. Se dirigieron hacia él contra la fría brisa que soplabá de la colina, como pompas de jabón arrastradas por una corriente de aire. Al contemplar al que tenía mas cerca vio que en efecto se trataba de una cabeza humana, aunque con ojos curiosamente grandes y con tal expresión de angustia y zozobra como nunca viera en ningún mortal. Se sorprendió al comprobar que no se volvían hacia él aunque parecían estar vigilando y siguiendo alguna cosa invisible que se movía. Durante un momento quedó perplejo, hasta que se le ocurrió que esa criatura estaba observando con sus enormes ojos algo que sucedía en el mundo que acababa de dejar. Se acercó más y más, pero estaba demasiado sorprendido como para gritar. Cuando estuvo a su lado, emitió un débil y desagradable ruido. A continuación le dio una palmadita en la cara —su tacto era muy frío— y pasó de largo ascendiendo hacia la cumbre de la colina.

Por la mente de Plattner cruzó la extraordinaria convicción de que esa cabeza tenía una enorme similitud con Lidgett. A continuación centró su atención en otras cabezas que se amontonaban ahora en la ladera Ninguna de ellas hizo el menor signo de reconocimiento. Una o dos se acercaron a su cabeza y casi siguieron el ejemplo de la primera, pero él se apartó con violencia. En la mayoría de ellas observó la misma expresión de vano pesar que había visto en la primera y oyó los mismos débiles sonidos de abatimiento. Una o dos lloraban y otra que

ascendía suavemente por la colina mostraba una expresión de furia diabólica. Las había frías y algunas mostraban en sus ojos una expresión de complaciente interés. Una al menos se hallaba casi en el éxtasis de la felicidad. Plattner no recuerda si percibió algún otro parecido en las que vio entonces.

Durante varias horas quizá, Plattner observó cosas extrañas que se dispersaban por las colinas y hasta mucho después de que hubieran dejado de salir de los negros edificios del cañón, no reanudó el descenso. La oscuridad que había sobre él aumentó tanto que le resultaba difícil caminar. Por encima de su cabeza el cielo era todavía de un verde pálido brillante. No sentía hambre ni sed. Más tarde, cuando la sintió, encontró un frío riachuelo que bajaba por el valle, y cuando por desesperación hubo de probar el musgo que crecía en las rocas, descubrió que era comestible.

Caminó a tientas entre las tumbas del valle buscando vagamente algún sentido a aquellas cosas inexplicables. Después de largo tiempo llegó a la entrada del gran edificio, parecido a un mausoleo, del que habían salido las cabezas. Encontró en él un grupo de luces verdes brillando sobre una especie de altar de basalto y una cuerda de campana colgando de lo alto de un campanario situado en el centro del lugar. Alrededor de la pared había una inscripción de fuego en unos caracteres que le eran desconocidos. Mientras se preguntaba por el significado de aquellas cosas, oyó unas fuertes pisadas que se alejaban por la calle y provocaban eco. Volvió a salir a la oscuridad, pero no vio nada. Estuvo a punto de tirar de la cuerda de la campana, pero al final decidió seguir los pasos. Aunque corrió, no logró alcanzarlos y sus gritos no sirvieron de nada. El valle parecía extenderse a lo largo de una distancia interminable. Era tan oscuro como una noche de estrellas en la Tierra, mientras que el fantasmagórico día verde brillaba en el borde superior del precipicio. Allí abajo no había ninguna cabeza. Al parecer todas se encontraban ocupadas en lo alto de la ladera. Mirando hacia arriba las vio arrastrándose de un lado a otro, suspendidas algunas, inmóviles, y desplazándose otras velozmente por el aire. Declaró que le recordaban «grandes copos de nieve», sólo que eran negras y verde pálido.

Plattner afirma que pasó buena parte de los siete u ocho días persiguiendo las pisadas firmes y constantes a las que nunca lograba dar alcance, avanzando a tientas hacia nuevas regiones de esa infinita y endiablada zanja, trepando y descendiendo por las despiadadas alturas, vagando por las cumbres y observando los rostros que se arrastraban. Dice que no llevó la cuenta. Aunque una o dos veces

encontró ojos que te miraban, no cruzó ni una palabra con ningún alma viviente. Durmió entre las rocas de la ladera. En el valle las cosas terrestres eran invisibles porque, desde el punto de vista de la Tierra estaba por debajo del suelo. En las alturas, en cuanto comenzaba el día terrestre el mundo se te hacía visible. Varias veces se encontrando traspiés sobre las oscuras rocas verdes o deteniéndose al borde de un precipicio, mientras que encima de él se agitaban las verdes ramas de las veredas de Sussexville; otras veces le parecía estar caminando por las calles de Sussexville u observando sin ser visto en el interior de las casas. Fue entonces cuando descubrió que a cada uno de los seres humanos de nuestro mundo le pertenecía una de esas cabezas que se arrastraban, que a todos los habitantes de este mundo les vigila sin pausa uno de esos desamparados seres sin cuerpo.

Plattner nunca supo qué eran. ¿Vigilantes de los Vivos? Pero dos que encontró y que le siguieron se parecían al recuerdo que guardaba de su padre y de su madre cuando era niño. De vez en cuando otros rostros dirigían sus ojos hacia él: ojos como los de las personas ya muertas que le habían influido, dañado o ayudado en su juventud o ya de adulto. Cada vez que le miraban, Plattner se sentía invadido por un extraño sentido de la responsabilidad. Se aventuró a hablar con su madre, pero ella no le respondió. Miraba con tristeza fijamente y con ternura y le pareció también que con cierto tono acusador en los ojos. Simplemente cuenta esta historia, no intenta explicarla. No nos queda más que hacer conjeturas sobre quiénes son estos Vigilantes de los Vivos, o, si son efectivamente la Muerte, por qué miran con tanta intensidad un mundo que han abandonado para siempre. Puede ser, me parece a mí, que cuando se ha cerrado nuestra vida cuando el bien y el mal han dejado de ser una elección, todavía debemos ser testigos de las secuelas que hemos dejado. Si las almas humanas continúan existiendo después de la muerte, los intereses humanos seguramente también persisten. Pero esto no es más que una suposición para interpretar las cosas vistas. Plattner no brinda ninguna interpretación, pues no se le dio ninguna. Conviene que el lector comprenda esto con claridad. Día tras día, con la cabeza dándole vueltas, vagó por el mundo verdoso exterior a nuestro mundo, cansado, y al final, débil y hambriento. De día, es decir, durante el día terrestre, la visión fantasmagórica del conocido escenario de Sussexville le molestaba y preocupaba. No podía ver dónde ponía los pies y de vez en cuando, con un frío tacto, una de esas Almas Vigilantes chocaba contra su rostro. Tras la oscuridad, la multitud de esos Vigilantes encima de él y su atenta angustia llevaban a su mente a una confusión indescriptible. Un gran anhelo de regresar a la vida terrestre, tan próxima y sin embargo tan remota, le consumía. Lo sobrenatural de todo cuanto le

rodeaba le producía una angustia mental dolorosa. Estaba preocupado por su propio séquito. Les gritaría para que desistieran de mirarle, les reprendería y lograría que se alejaran. Siempre permanecían mudos y absortos. Corriendo como podían sobre el suelo irregular, seguían su destino.

El noveno día por la tarde, Plattner oyó los pasos invisibles que se aproximaban por el valle. En ese momento vagaba por la amplia cima de la misma colina a la que cayó al entrar a este extraño Otro Mundo. Se dio la vuelta para apresurarse hacia el valle, encontró pronto el camino y se detuvo al ver lo que sucedía en una habitación, en una calle posterior cercana a la escuela Conocía de vista a las dos personas que había en su interior. Las ventanas estaban abiertas, las persianas subidas y el sol crepuscular entraba con claridad de modo que al principio aparecieron como figuras brillantes y alargadas proyectándose como las imágenes de una linterna mágica sobre el paisaje negro y el pálido verde del amanecer. Además de la luz del Sol, acababan de encender una vela en la habitación.

En la cama yacía un hombre muy delgado con el cadavérico rostro pálido sobre la revuelta almohada Sus manos apretadas se elevaban por encima de su cabeza. Sobre una pequeña mesa al lado de la cama había unos pocos frascos de medicinas, algo de pan tostado, agua y un vaso vacío. De vez en cuando los labios del hombre delgado se separaban para esbozar una palabra que no podía articular. Pero la mujer no se daba cuenta de que quería algo, puesto que estaba ocupada revolviendo papeles en un viejo escritorio, en la esquina opuesta de la estancia Al principio la imagen era de gran intensidad pero cuando el verde amanecer, a su espalda, se hizo más intenso, tornóse cada vez más débil y transparente.

Al irse acercando los pasos, con eco, esas pisadas que tan fuerte resonaban en el Otro Mundo y tan silenciosas en éste, Plattner percibió sobre él una multitud de pálidos rostros que se agrupaban en la oscuridad y vigilaban a las dos personas de la habitación Nunca antes había visto a tantos Vigilantes de los Vivos. Una multitud ponía sus ojos únicamente sobre el enfermo, y otra, con infinita angustia, vigilaba a la mujer que con ávidos ojos buscaba algo que no podía encontrar. Se agolparon alrededor de Plattner, se cruzaron delante de su mirada y le golpearon el rostro, envolviéndole con el ruido de sus inútiles lamentos. Sólo de vez en cuando lograba ver con claridad Otras veces las imágenes se estremecían oscuramente a través del velo de reflejos verdes de sus movimientos. En la habitación debía reinar un gran silencio y dice Plattner que la llama de la vela se prolongaba

en una línea de humo perfectamente vertical, aunque en sus oídos cada paso y su eco resonaban como un trueno. ¡Y los rostros! Dos, en particular, cerca de la mujer uno también de mujer, blanco y de rasgos claros, un rostro que pudo haber sido frío y duro pero que ahora se hallaba suavizado por una pincelada de sabiduría extraña a la Tierra. El otro podía ser el padre de la mujer. Ambos estaban evidentemente absortos en la contemplación de un acto de odiosa mezquindad que al parecer no podían evitar ni prevenir. Detrás había otros, maestros que pudieron enseñar mal, amigos cuya influencia no logró resultado alguno. Y sobre el hombre también una multitud pero ninguno que pareciera ser padre o maestro. Facciones que pudieron ser toscas, depuradas ahora por el pesar. Y delante de todas la cara de una muchacha ni temerosa ni arrepentida, sino simplemente paciente y fatigada y, según le pareció a Plattner, esperando alivio. Su capacidad de descripción no logra recordar la multitud de horribles semblantes. Se agruparon al sonido de la campana Los vio a todos por espacio de un segundo. Al parecer, con la excitación, sus inquietos dedos sacaron del bolsillo la botella de polvos verdes, sosteniéndola delante de él. Pero no lo recuerda.

De pronto cesaron los pasos, esperó el siguiente y se produjo un silencio; y entonces, de manera súbita, cortando la inesperada calma como una hoja afilada, se produjo el primer tañido de la campana Se agitaron los miles de rostros y sobre ellos se elevó un grito cada vez más intenso. La mujer no lo oía; estaba quemando algo en la llama de la vela Al segundo tañido todo se volvió más confuso y un hálito de viento helado sopló a través de la multitud de Vigilantes. Se arremolinaron a su alrededor como un torbellino de hojas muertas en primavera, y al tercer tañido algo se extendió a través de ellos hacia la cama Ya sabrán lo que es un haz de luz; aquello era como una haz de oscuridad y mirándolo de nuevo Plattner vio que se trataba de la sombra de un brazo y de una mano.

El sol verde tocaba ahora las negras desolaciones del horizonte y la visión de la habitación era muy débil Plattner pudo ver que el blanco de la cama se retorció convulsivamente y que la mujer miraba por encima del hombro, asustada.

La multitud de Vigilantes se elevó como una ráfaga de polvo tras el viento y se deslizó rápidamente hacia el fondo del valle. Plattner comprendió entonces, de pronto, el significado del brazo negro, que se extendía por su hombro y agarraba su presa. No se atrevió a girar la cabeza para ver la Sombra que había detrás del brazo. Con un esfuerzo violento, y tapándose los ojos, comenzó a correr, dio unos veinte

pasos, resbaló sobre una roca y cayó. Cayó sobre sus manos y la botella chocó y explotó al tocar el suelo.

Instantes después se encontró, aturdido y sangrando, cara a cara con Lidgett en el viejo jardín vallado de detrás de la escuela.

Aquí acaba la historia de las experiencias de Plattner. He resistido, y creo que con éxito, la tendencia natural de los escritores de ficción a adornar los incidentes de este tipo. He relatado las cosas, dentro de lo posible, en el orden en que Plattner me las confió. He evitado con cuidado cualquier intento de estilo, efecto o construcción. Por ejemplo, hubiera sido fácil elaborar la escena de la cama mortuoria en forma de una conjura en la que Plattner podía haber estado implicado. Pero aparte de lo censurable de falsear una historia verdadera tan extraordinaria, un truco de ese tipo hubiera echado a perder, creo yo, el efecto peculiar de ese mundo oscuro con su lívida iluminación verde y sus Vigilantes de los Vivos vagando que, invisibles e incapaces de aproximarse, nos rodea a todos nosotros.

Queda por añadir que efectivamente se produjo una muerte en Vincent Terrace, justo detrás del jardín de la escuela, y, como puede demostrarse, en el momento del regreso de Plattner. El fallecido fue un agente de seguros y recaudador de impuestos. Su viuda, mucho más joven que él, se casó el mes pasado con un tal señor Whympers, cirujano veterinario de Allbeeding. Puesto que una parte de esta historia que hemos relatado ha circulado oralmente en varias versiones en Sussexville, ella me ha autorizado a utilizar su nombre con la condición de que indique expresamente que contradice todos los detalles del relato de Plattner acerca de los últimos movimientos de su marido. Afirma que no quemó ningún testamento, aunque Plattner no la acusó nunca de hacerlo: su marido redactó un único testamento, precisamente tras su matrimonio. Es evidente que, para proceder de un hombre que nunca ha estado en ella, el relato de Plattner acerca de los muebles de la habitación resulta curiosamente preciso.

Hay otro punto sobre el que debo insistir, aun a riesgo de fastidiosas repeticiones, para no favorecer supersticiones crédulas. Está probado que la ausencia de Plattner del mundo fue de nueve días. Pero esto no prueba su historia. Es concebible que incluso en el espacio exterior sean posibles las alucinaciones. El lector debe tener al menos esto en cuenta.

Los argonautas del aire

EL aparato volador de Monson podía verse desde las ventanas del tren que pasaba por la línea principal del sudoeste o por la línea que corría entre Wimbledon y Worcester Park; para ser más exacto, podían verse las enormes estructuras que delimitaban el vuelo del aparato. Éstas se elevaban sobre las copas de los árboles, era un imponente callejón de hierro y vigas entrelazados y una enorme madeja de cuerdas y aparejos que se extendían a lo largo de casi dos millas. Desde al ramal de Leatherhead este callejón estaba escorzado y parcialmente escondido por una colina con villas; pero desde la línea principal se veía de perfil un complejo entrelazado de vigas y barras curvadas, muy impresionante para los excursionistas que llegaban desde Portsmouth, Southampton y el oeste. Monson había reanudado el trabajo donde Maxim lo dejara; al principio la prosiguió con un absoluto desprecio hacia las opiniones de la prensa y hacia la ignorancia que tanto habían irritado a su predecesor, y se decía que había gastado más de la mitad de su inmensa fortuna en sus experimentos. Los resultados, para una generación impaciente, parecían insignificantes. Aproximadamente unos cinco años después del crecimiento de aquella colosal arboleda de hierro en Worcester Park, Monson había fracasado también al producir un inmenso alboroto en Trafalgar Square; incluso los turistas de la isla de Wight se sentían autorizados para sonreír. Y las personas suficientemente inteligentes como para no considerar a Monson un loco afectado por la manía de inventar, le denunciaban (sin ninguna razón en particular) como un charlatán callejero.

Sin embargo, de vez en cuando un tren matinal, con su carga de personas provistas de billetes de abono, podía ver a un monstruo blanco precipitarse impetuosamente a través del armazón aéreo de guías y barras y oír las detenciones, el chasquido de los amortiguadores, el rechinar y el gemido junto con el impacto del golpe. Se producía entonces una aparición de rostros oscuros

bordeados de blanco en los costados del tren y los periódicos de la mañana eran abandonados en beneficio de una vigorosa discusión sobre la posibilidad de volar (sobre lo que nunca se decía nada nuevo), hasta que el tren alcanzaba Waterloo y su cargamento de pasajeros provistos de abono se dispersaba por todo Londres. O bien los padres y las madres, en alguno de esos trenes multitudinarios cargados de fatigados excursionistas que volvían tras un día de descanso a orillas del mar, encontraban la oscura fábrica que destacaba en el cielo alardeado de utilidad para distraer la atención de niños irritables, sobresaltándose repentinamente por el tránsito veloz de una enorme figura negra aleteante, que se deslizaba sobre las guías. Era un hecho superior e imponente, más allá de cualquier disputa, y excelente como motivo de conversación; de todos modos, como volaba suspendido de los cables, la mayoría de los que lo presenciaban raramente lo comentaban cómo un auténtico vuelo. Parecía más un entretenimiento para el pueblo que un ingenio para elevarse.

Al principio, como decía, Monson no se molestó demasiado por las opiniones de la prensa. Pero muy posiblemente se había hecho una idea equivocada sobre el tiempo que le costaría perfeccionar las tácticas de vuelo, ajustar de una forma rápida y segura la elevación veloz en el aire del ingenio, en el caso de encontrar una ráfaga o cualquier movimiento fortuito del viento. Tampoco había calculado con exactitud el dinero que le costaría ese prolongado esfuerzo de ir en contra de la gravedad. Además, no era tan duro y paquidérmico como parecía. Periódicamente, y en secreto, Romeike le enviaba los recortes; periódicamente también su banquero se lo recordaba a su manera. Y si bien al principio no le importaba el ridículo inicial y el escepticismo, empezó a sentir un creciente abandono a medida que pasaban los meses y el dinero iba menguando. Había pasado cierto tiempo desde que Monson ignorase a aquel periodista emprendedor deseoso de información. Cuando el periodista dejó de molestar? Monson se sintió satisfecho en el fondo de su corazón. Día a día el trabajo continuaba, y la multitud de sutiles dificultades en la dirección iba disminuyendo en número. Día a día también el dinero iba desapareciendo hasta que el balance llegó a descender de cientos de miles a decenas de miles. Finalmente llegó un aniversario.

Monson, sentado en el pequeño estudio de dibujo, de repente se percató de la fecha en el calendario de Woodhouse.

—Hoy hace cinco años que empezamos —dijo a Woodhouse súbitamente.

—¿De verdad? —replicó Woodhouse.

—Las modificaciones nos están jugando una mala pasada —comentó Monson mordiendo un sujetapapeles. Los dibujos de los nuevos propulsores posteriores descansaban sobre la mesa ante él mientras hablaba. Arrojó el mutilado pasador metálico a la papelera y tamborileó con los dedos—. ¡Estas modificaciones! ¿Es que los matemáticos nunca serán lo suficientemente inteligentes como para ahorrarnos tanto remiendo y tanta experimentación? Cinco años... aprendiendo en la práctica cuando cabía suponer que se puede calcular todo de antemano. ¡Y lo que cuesta! Podía haber contratado a tres pendencieros de por vida. Pero sólo han desarrollado algunos preciosos teoremas sobre neumática sin ninguna utilidad. ¡Menudo tiempo ha pasado, Woodhouse!

—Estas molduras tardarán tres semanas en estar listas —dijo Woodhouse—. A precios especiales.

—¡Tres semanas! —se lamentó Monson sentándose y volviendo a tamborilear sobre la mesa.

—Sí, tres semanas —dijo Woodhouse, que resultaba excelente como ingeniero pero no tan bueno para dar consuelo. Recogió las hojas y se puso a sombrear una barra.

Monson cesó de teclear y empezó a morderse las uñas mientras miraba fijamente la cabeza de Woodhouse.

—¿Cuánto tiempo llevan llamando a esto la tontería de Monson? —preguntó de repente.

—¡Oh!, creo que un año o así —respondió Woodhouse sin ningún cuidado y sin levantar la vista.

Monson aspiró aire por entre los dientes y se acercó a la ventana. Las robustas columnas de hierro que soportaban los carriles elevados de la salida de la máquina se alzaban en las cercanías; la máquina quedaba oculta por el marco superior de la ventana. A través del bosquecillo de pilares de hierro pintados de rojo y adornados con hileras de tornillos se tenía una visión fugaz del hermoso escenario que se extendía hacia Esher. Un tren se deslizaba silenciosamente a lo lejos; su traqueteo quedaba ahogado por el martilleo de los trabajadores en lo alto. Monson se imaginó las expresiones sarcásticas de la gente desde las ventanas de los vagones. Juró ferozmente en voz baja y golpeó con fruición a un moscardón que, de repente, se había vuelto ruidoso en el cristal de la ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó Woodhouse sorprendido mirando fijamente a su patrón.

—Estoy harto de todo esto.

Woodhouse se rascó la mejilla.

—¡Oh! —dijo tras una pausa de recapacitación. A continuación apartó el dibujo de sí.

—Esos estúpidos... Estoy intentando conquistar un nuevo elemento, intentando crear algo que revolucionaría la vida, y en vez de interesarse inteligentemente se ríen y hacen chistes estúpidos poniendo motes a mis utensilios y a mi mismo.

—¡Burros! —exclamó Woodhouse dejando caer de nuevo su mirada sobre el dibujo.

El epíteto, curiosamente suficiente, hizo retroceder a Monson.

—Estoy harto de todas formas, Woodhouse —dijo después de una pausa.

Woodhouse se encogió de hombros.

—Sólo se precisa paciencia, supongo —dijo Monson metiéndose las manos en los bolsillos—. Yo he empezado, he hecho la cama y he tenido que descansar en ella. Ahora no puedo retroceder. Lo llevaré a cabo y gastaré cada penique que tenga y cada penique que se me preste. Pero te digo. Woodhouse, que estoy infernalmente harto a pesar de todo. Si hubiera pagado una décima parte del dinero que llevo gastado a ciertos políticos, ya hace tiempo que habría llegado a ser barón.

Monson esperó. Woodhouse le miró de hito en hito con la expresión desinteresada que utilizaba siempre para indicar simpatía y golpeó su caja de lápices, que estaba sobre la mesa. Monson le miró fijamente durante unos segundos.

—¡Oh, tonto! —exclamó Monson de repente, y salió precipitadamente de la habitación.

Woodhouse continuó rígido quizá durante medio minuto más. Entonces suspiró y reanudó el sombreado de sus dibujos. Algo había molestado de forma evidente a Monson. Buen muchacho, y generoso,

pero era difícil llevarse bien con él. Sucedió lo mismo con todos los principiantes relacionados con la ingeniería... querían terminar todo de buenas a primeras. Pero Monson generalmente tenía la paciencia de los expertos. Sólo que era muy irritable. ¡Qué redonda y bonita le parecía la barra de aluminio ahora! Woodhouse echó la cabeza hacia atrás poniendo el dibujo primero a un lado y luego a otro para apreciar bien la pizca de brillo.

—Señor Woodhouse —dijo Hooper, el capataz de los trabajadores, asomando la cabeza por la puerta.

—¡Hola! —saludó Woodhouse sin volverse.

—¿Ha pasado algo, señor? —preguntó Hooper.

—¿Algo? —inquirió Woodhouse.

—El jefe acaba de subir a los raíles jurando como un tornado.

—¡Oh! —exclamó Woodhouse.

—Eso no es normal en él, señor.

—¿No?

—Y estaba pensando que quizá...

—No piense —contestó Woodhouse, admirando al tiempo sus dibujos.

Hooper conocía a Woodhouse y se fue cerrando la puerta con un fuerte estruendo. Woodhouse miró fijamente frente a sí, insensiblemente durante unos segundos, y después realizó un esfuerzo inútil intentando limpiar los dientes con el lápiz. De repente desistió, y arrojando a aquel viejo y fatigado servidor a través de la habitación, se levantó, se desperezó y salió tras Hooper.

Había perdido la calma; se evidenciaba en cualquier trabajador que se encontrara. Cuando un millonario que se ha estado gastando grandes sumas en experimentos que dan empleo casi a un pequeño regimiento de personas dice de repente que está harto de su empresa, aparece casi invariablemente cierta fricción mental en las filas del pequeño ejército por él empleado. E incluso antes de que muestre sus intenciones hay especulaciones y murmuraciones, rostros escrutados y un profundo estudio de las cosas más insignificantes. Centenares de

personas supieron antes de que el día acabara que Monson estaba irritado, Woodhouse estaba irritado y Hooper estaba irritado. Incluso la esposa de un trabajador cualquiera (a quien Monson nunca habría visto) decidió conservar su dinero en la caja de ahorros en vez de comprarse un vestido aterciopelado.

Monson halló cierta satisfacción en irse con los trabajadores y mostrar su desacuerdo con la mayor cantidad de gente posible. Más tarde incluso esto le molestó y se marchó cabalgando, para alivio de todos, a través de las sendas hacia el sureste, hacia los problemas infinitos de su mayordomo en Cheam.

La causa inmediata de todo ello, el pequeño grano de incomodidad que había precipitado de pronto todo ese descontento por el trabajo de su vida, fueron —¡ésas son las cosas triviales que dirigen todas nuestras grandes decisiones!— media docena de observaciones desconsideradas, formuladas por una bonita chica elegantemente vestida, con una preciosa voz y algo más que belleza en sus ojos grises. Y de esa media docena de observaciones, cuatro palabras especialmente: «la tontería de Monson».

Ella sentía que había sido encantadora con Monson: al día siguiente pensó cuan excepcionalmente efectiva había sido y nadie estaría más asombrada que ella del efecto que había ejercido en la mente de Monson. Supongo, considerándolo todo, que ella nunca llegó a enterarse.

—¿Cómo le va con su máquina voladora? —preguntó ella. («Me pregunto si alguna vez he conocido a alguien con el buen sentido suficiente como para no preguntarlo», pensó Monson). —Será muy peligrosa al principio, ¿verdad? —(«Ella piensa que tengo miedo.») —Jorgon va a cantar dentro de poco. ¿Le ha oído alguna vez? —(«Al hacer caso de mis manías, volvemos a la conversación racional») Despliegue de entusiasmo acerca de Jorgon; declive gradual de la conversación, acabando con: —Hágamelo saber cuando su aparato volador esté terminado, señor Monson, y entonces consideraré la posibilidad de comprar un billete. —(«Cualquiera pensaría que todavía estoy jugando a inventos en el parvulario.») Pero lo más amargo que ella dijo no llegó a los oídos de Monson. Para Phlox, el novelista, ella era siempre conscientemente brillante. —He estado hablando con el señor Monson; ese hombre no puede pensar más que en su máquina voladora ¿Sabe que todos sus trabajadores llaman a ese sitio el lugar de la «tontería de Monson»? Es bastante estrafalario. Es muy, muy triste. Yo siempre le observo como si fuera un tesoro hundido; el millonario perdido, ya sabe.

Ella era guapa y bien educada; en realidad había escrito una novela corta epigramática; pero la amargura era algo típico en ella. Resumía lo que pensaba el mundo del hombre que trabajaba de una forma sana, firme y segura hacia una tremenda revolución de los medios de la civilización, una modificación del progreso de la humanidad como nunca se había realizado desde el principio de la historia. El mundo no se tomaba en serio a ese hombre.

En poco tiempo, él sería proverbial. «Debo volar ahora», se dijo de camino hacia su casa experimentando un sentimiento de fracaso social absoluto. «¡Debo volar pronto! ¡Si no lo hago pronto, por Dios, me arruinaré!»

Dijo esto antes de haber examinado su libreta de ahorros y sus papeles desordenados. Parece que fueron la voz y la expresión de los ojos de la chica lo que precipitó su descontento. Pero, evidentemente, el hallazgo de que ya no tenía más de cien mil libras en propiedades y valores que le respaldaran fue el veneno que le hirió de muerte.

A partir del día siguiente a su explosión con Woodhouse y con sus trabajadores, y como consecuencia de ella su porte fue firme y ceñudo durante tres semanas y reinó la ansiedad en Cheam y Ewell, Maldon, Morden y Worcester Park, lugares que habían prosperado muchísimo gracias a sus experimentos.

Cuatro semanas después de aquella primera maldición se encontraba con Woodhouse junto a la máquina reconstruida, al lado de la línea elevada de carriles por medio de los cuales obtenía su ímpetu inicial. El nuevo propulsor brillaba con un blanco más luminoso que el del resto de la máquina, y un trabajador obediente a los caprichos de Monson pintaba con oro las barras de aluminio. Mirando la larga avenida por entre las cuerdas (doradas entonces por el ocaso) se veían señales de color rojo, y a dos millas de distancia un hormiguero de trabajadores atareados que cambiaban los últimos tramos del recorrido para darle mayor pendiente.

—Lo conseguiré —dijo Woodhouse—. Lo conseguiré como sea, pero le digo que esto es infernalmente temerario. Solo con que usted me diera un año más...

—Se lo digo ahora no se lo daré. Le digo que el ingenio funciona. Le he dedicado suficientes años...

—No es eso —dijo Woodhouse—. Estamos de acuerdo en cuanto al aparato, pero la dirección...

—¿No he estado yo trabajando día y noche arriba y abajo, con esa caja de ardillas? Si el ingenio se puede dirigir bien aquí, se dirigirá del mismo modo a través de Inglaterra. Eso es sólo cobardía te lo digo yo, Woodhouse. Podríamos haberlo conseguido hace un año. Y además...

—¿Y bien? —preguntó Woodhouse.

—¡El dinero! —le espetó Monson por encima del hombro.

—¡Un momento! Yo nunca he pensado en el dinero —contestó Woodhouse; y entonces, hablando con un tono muy diferente al que acababa de utilizar, repitió—: Lo conseguiré. Confíe en mí.

Monson se giró apresuradamente y vio todo lo que Woodhouse no había tenido la destreza de decir brillando en su cara. Le miró por un momento y entonces, impulsivamente, extendió su mano.

—Gracias —dijo.

—De acuerdo —dijo Woodhouse estrechándole la mano, con una curiosa suavización de sus rasgos—. Confíe en mí.

Los dos hombres se volvieron para ver el enorme aparato que descansaba con las alas planas extendidas sobre su soporte; lo miraron pensativos. Monson, guiado quizá por un estudio fotográfico sobre el vuelo de los pájaros y por los métodos de Lilienthal, había ido variando gradualmente desde las formas de Maxim nuevamente hacia las formas de pájaro. El ingenio, sin embargo, era impulsado por un colosal propulsor colocado detrás, en la parte de la cola; así, la suspensión, que necesitaba un ajuste casi vertical de la cola plana, se había vuelto imposible. El cuerpo de la máquina era pequeño, casi cilíndrico y puntiagudo. Hacia la popa, en los extremos agudos, había dos pequeños motores de petróleo para el propulsor, mientras que los pilotos se sentarían en el fondo de un hueco como el de una canoa; el motor principal y conductor de la nave estaba protegido del ímpetu cegador del aire por una pantalla baja con dos ventanas de cristal. A cada lado había un monstruoso armazón plano con el borde frontal curvado que podía ajustarse para estar horizontal o moverse hacia arriba o hacia abajo. Estas alas trabajaban juntas con toda precisión; o, liberando una clavija, podía moverse una en cierto ángulo independientemente de su compañera. El extremo frontal de cada ala podía ser también modificado hasta disminuir su área en su sexta parte. La máquina no solo estaba diseñada para flotar en el aire, sino que incluso lo conseguía sin vibraciones. La idea de Monson era entrar en contacto con el aire gracias al ímpetu inicial del aparato, y

entonces planear manteniendo el impulso con el propulsor del extremo de la nave. Los grajos y las gaviotas vuelan enormes distancias de esa forma con un escaso movimiento de las alas. El pájaro realmente conduce a b largo de una vía aérea. Planea inclinándose hacia abajo durante unos segundos hasta que obtiene una cantidad de movimiento considerable, siendo entonces cuando altera la inclinación de sus alas y planea de nuevo hacia arriba hasta recuperar su altura original. Cualquier londinense que haya visto los pájaros en la pajarera del Regent's Park sabe esto.

Pero los pájaros practican este arte desde el momento en que dejan sus nidos. Ellos no sólo tienen el aparato perfecto, sino también el instinto para su uso. El hombre, caminando sobre sus pies tiene escasa habilidad para equilibrarse. Incluso el simple deporte del ciclismo cuesta algunas horas de trabajo hasta llegar a dominarlo. Los ajustes instantáneos de las alas, la rápida respuesta a una brisa momentánea, la veloz recuperación del equilibrio, los movimientos vertiginosos y en remolino, que requieren una precisión absoluta, todo esto deben aprender, aprender con un trabajo infinito e infinito peligro para conquistar al arte de volar. La máquina voladora que se pondrá en marcha algún día afortunado, impulsada por pequeños pero compactos elevadores, con un bonito puente descubierto como un gran barco y cargado de granadas y armas, es el sueño fácil de un hombre literario. En vidas y en dinero, el coste de la conquista del imperio del aire puede exceder incluso a todo lo que el ser humano ha dedicado a la conquista de los mares. Indudablemente, será más costoso que la mayor guerra que nunca haya devastado el mundo.

Nadie conocía mejor estas cosas que aquellos dos hombres prácticos. Y sabían que se hallaban en la vanguardia del ejército que avanzaba. Aun así, hay esperanza incluso en una empresa desesperada. Unas veces los hombres son asesinados salvajemente en las reservas, mientras que otras, otros hombres que han sido condenados a muerte logran escaparse y sobrevivir.

—Si echamos de menos estas praderas... —dijo Woodhouse al poco rato, a su manera característicamente lenta.

—Mi querido muchacho —dijo Monson, cuyo espíritu había estado sublevándose intermitentemente durante los últimos días—, no debemos echar de menos estas praderas. Tenemos la cuarta parte de una milla cuadrada para batir, sacar las vallas, nivelar las zanjas... Bajaremos, puedes estar seguro. Y si no lo hacemos...

—¡Ah! —exclamó Woodhouse—. ¡Si no lo hacemos!

Antes del día de la puesta en marcha, el periódico del pueblo aireó las modificaciones realizadas en el extremo norte del almacén, y Monson fue alentado por un decidido cambio en los comentarios que Romeike le dirigía. «Acabarán algún día», decían los periódicos. «Acabarán algún día», se decían entre sí los usuarios de billete-abono del suroeste; los excursionistas playeros, los viajeros de fin de semana de Sussex y Hampshire, de Dorset y Devon, la gente eminentemente literaria de Hazle mere, todos comentaban impacientemente entre sí, «Acabará algún día», a medida que iba apareciendo el ya familiar almacén. Y, de hecho, una mañana luminosa, a la vista del tren de las diez y diez de Basingstoke, el aparato volador de Monson empezó su viaje.

Vieron el soporte corriendo velozmente a lo largo de su carril, y el propulsor blanco y dorado dando vueltas en el aire. Oyeron el rápido retumbar de las ruedas y el golpe sordo cuando el soporte alcanzó los amortiguadores al final de su recorrido. Y a continuación un rechinar a medida que la máquina voladora era proyectada fuera de la red. Todo lo que la mayoría había visto y oído antes. El aparato volador atravesó con un vuelo descendente el almacén y volvió a elevarse, y entonces, cada espectador gritaba o vociferaba o daba alaridos o chillaba a su manera Pero en lugar de la habitual sacudida y detención, la máquina voladora voló lejos de la que había sido su jaula durante cinco años como una flecha desde su ballesta y, moviéndose en forma oblicua y ascendente en el aire, viró un poco como para cruzar la línea y se remontó en dirección a Wimbledon Common.

Parecía suspenderse momentáneamente en el aire y hacerse pequeña, y luego se zambulló y desapareció sobre las apiñadas y azuladas copas de los árboles hacia el este de Coombe Hall, y nadie cesó de mirar fijamente y de admirarse hasta mucho después de que hubo desaparecido.

Eso fue lo que vio la gente desde el tren de Basingstoke. Si hubieran dibujado una línea en medio de aquel tren, desde la locomotora hasta el furgón de equipajes, no habrían encontrado a nadie en el lado opuesto al del aparato volador. Fue un loco ímpetu de ventana a ventana a medida que el ingenio cruzó la línea. El maquinista del tren y el fogonero en ningún momento apartaron los ojos de las bajas colinas cercanas a Wimbledon, y en ningún momento se percataron de que habían corrido sin parar a través de Coombe, Malden y Raynes Park, hasta que, con recobrada animación, se encontraron entrando a una marcha desacostumbrada en la estación de Wimbledon.

Desde el momento en que Monson había puesto en marcha el soporte con un «¡Ahora!», ni él ni Woodhouse hablan articulado palabra. Ambos permanecían sentados con los dientes apretados. Monson cruzó la línea con una curva demasiado aguda y Woodhouse abrió y cerró sus labios blancos, pero tampoco habló. Woodhouse simplemente se agarró a su asiento y respiró profundamente por entre los dientes mientras miraba el campo azul hacia el oeste, y abajo lejos de él.

Monson se arrodilló en su asiento delantero y sus manos temblaron sobre la palanca del timón que movía las alas. No podía ver ante sí más que una masa de nubes blancas en el cielo.

El aparato fue inclinándose hacia arriba, viajando a enorme velocidad todavía, pero perdiendo movimiento por momentos. La tierra huía por debajo con la disminución de la velocidad.

—¡Ahora! —dijo Woodhouse al fin, y con un violento esfuerzo Monson torció el timón alterando el ángulo de las alas. El aparato pareció quedarse suspendido durante medio minuto, inmóvil en medio del aire, y entonces vio el azul brumoso, los tejados de las casas de las colinas de Kilburn y Hampstead sallar ante sus ojos y ascender firmemente hasta que el soleado edificio majestuoso del Albert Hall apareció por sus ventanas. Por unos instantes, apenas entendió el significado de su impetuoso avance por encima del horizonte, pero a medida que las casas iban acercándose cada vez más, se dio cuenta de lo que había logrado. Había invertido demasiado las alas y estaban descendiendo excesivamente hacia el Tamesis.

El pensamiento, la pregunta y la realización fueron cuestión de un segundo.

—¡Demasiado! —dijo con voz entrecortada Woodhouse. Monson dio media vuelta a la rueda del timón hacia atrás con una sacudida e inmediatamente los cerros de Kilburn y Hampstead cayeron de nuevo al extremo inferior de sus ventanas. Habían estado a mil pies sobre Coombe y la estación de Malden; cincuenta segundos después volvían a ir a gran velocidad por el aire, a una velocidad vertiginosa, a no más de ochenta pies sobre la estación de East Putney, en la línea District del metropolitano, sobre la gente atónita que gritaba en el andén. Monson movió la parte anterior contra el aire y sobre Fulham remontaron de nuevo su camino atmosférico excesivamente, demasiado. Los autores avanzaban torpemente a través de Fulham Road mientras la gente daba alaridos.

Y luego de nuevas hacia abajo, demasiado inclinados todavía; los

árboles y las casas de la zona de Primrose Hill saltaban a través de la ventana de Monson; y entonces, de repente vio ante sí el verdor de los jardines de Kensington y las torres del Instituto Imperial. Se dirigían hacia South Kensington. Los pináculos del Museo de Historia Natural aparecieron de repente a la vista. A continuación un segundo fatal de pensamiento veloz, un momento de vacilación. ¿Debía intentarlo y salvar las torres o desviarse hacia el este?

Hizo un intento dudoso de liberar el ala derecha, dejó la palanca casi libre y dio un frenético apretón a la rueda.

El morro del aparato pareció brincar frente a él. La rueda aprisionó su mano con una fuerza irresistible y empezó a dar sacudidas fuera de control.

Woodhouse, agazapado junto a él, emitió un áspero lamento y se abalanzó sobre Monson.

—¡Demasiado lejos! —gritó aferrándose a la borda para salvarse, Monson se había movido a sacudidas por encima y ahora caía sobre él.

Tan repentino fue todo que apenas una cuarta parte de la gente que iba y venía por Hyde Park, Brompton Road y Exhibition Road vio algo de la catástrofe aérea. Una forma distante y alada había aparecido sobre un grupo de casas del sur, había caído y había vuelto a elevarse; se había precipitado repentinamente hacia el Imperial Institute y una amplia extensión de las alas había barrido la cuarta parte de un círculo; luego se movió súbitamente hacia el este y entonces, de repente, se precipitó verticalmente en el aire. Un objeto negro se desprendió de él, y cayó. ¡Un hombre! ¡Dos hombres agarrados! Cayeron en remolino y se separaron al chocar contra el techo del club de estudiantes, yendo a parar sobre los arbustos de la parte sur.

Quizá durante medio minuto, el tronco puntiagudo del gran aparato siguió todavía una trayectoria ascendente, el propulsor giraba desesperadamente. Durante un breve instante, que pareció una eternidad a todos los que estaban observando, se quedó inmóvil en el aire. Entonces saltó una llamarada del motor de popa. Y veloz, más veloz, velocísimo, fulgurante como un cohete, se desplomó sobre la sólida masa de albañilería que fue anteriormente el Royal College of Science. El gran propulsor, blanco y dorado, tocó el parapeto y se aplastó como si fuera de blanco lino. Entonces el cuerpo llameante en forma de huso se estrelló y se hizo astillas en su caída sobre al ángulo noroeste del edificio.

Pero el estruendo, la llamarada de parafina que salió disparada hacia el cielo de los motores destrozados del aparato, los horrores de los aplastados que se encontraron en el jardín, junto al club de estudiantes, las masas de parapeto amarillo y de ladrillos rojos que cayeron impetuosamente en la carretera, las carreras de la gente como hormigas en un hormiguero destrozado, los motores, la acumulación de muchedumbres... Todas esas cosas no pertenecen a esta historia, que sólo ha sido escrita para relatar cómo se realizó el primer vuelo con éxito de la máquina voladora. Aunque fracasó, y fracasó desastrosamente, el récord de Monson se mantiene —un monumento suficiente— (para guiar al próximo de ese grupo de galantes experimentadores que tarde o temprano dominaran el gran problema que constituye volar. Y entre Worcester Park y Malden todavía existe aquella portentosa avenida de hierro, hoy día oxidada y peligrosa, testigo del primer esfuerzo desesperado del hombre en su derecho de viajar por el aire.

La historia del difunto míster Elvesham

ESCRIBO esta historia, no con la esperanza de que sea creída, sino para prepararle, en la medida de lo posible, una escapatoria a la próxima víctima. Tal vez ésta pueda beneficiarse de mi infortunio.

Me llamo Edward George Eden. Nací en Trentham, en Staffordshire, pues mi padre era un empleado de los jardines de aquella ciudad. Perdí a mi madre cuando tenía tres años y a mi padre cuando tenía cinco; mi tío George Eden me adoptó entonces como hijo suyo. Era soltero, autodidacta y muy conocido en Birmingham como periodista emprendedor; él me educó generosamente y estimuló mi ambición de triunfar en el mundo y, a su muerte, que acaeció hace cuatro años, me dejó toda su fortuna, que ascendía a unas quinientas libras después de pagar todos los gastos pertinentes. Yo tenía entonces dieciocho años. En su testamento me aconsejaba que invirtiera el dinero en completar mi educación. Yo ya había elegido la carrera de medicina y, gracias a su generosidad y a mi buena estrella al serme concedida una beca, me convertí en estudiante de medicina en la Universidad de Londres. Cuando comienza mi relato, me alojaba en el 110 de la University Street, en una pequeña buhardilla, de mobiliario muy zarrapastroso y muy expuesta a las corrientes, que daba a la parte posterior del local de Schoolbred. En este cuartito vivía y dormía, pues deseaba aprovechar los recursos de que disponía hasta el último chelín.

Llevaba yo un par de botas a arreglar a una zapatería de Tottenham Court Road cuando me encontré por primera vez con el viejecito de cara amarillenta con el que mi vida se ha enmarañado tan inextricablemente en este momento. El viejo estaba de pie, en la acera, contemplando el número de la puerta de mi casa en actitud vacilante, cuando yo la abrí. Sus ojos, unos ojos grises inexpresivos y enrojecidos en los bordes de los párpados, se posaron sobre mi cara, y su

semblante adquirió inmediatamente una expresión de arrugada afabilidad.

—Aparece usted en el momento oportuno —dijo—; había olvidado el número de su casa. ¿Cómo está usted, señor Eden?

Me quedé un poco sorprendido ante la familiaridad de su tono, puesto que yo jamás había visto a ese hombre. También estaba un poco irritado de que me hubiera pillado con las botas bajo el brazo. Él reparó en mi falta de cordialidad.

—Se estará usted preguntando quién diablos soy, ¿verdad? Un amigo, se lo aseguro. Lo he visto a usted antes, aunque usted no me haya visto a mí. ¿Puedo hablar con usted en alguna parte?

Yo vacilé. El desaliño de mi buhardilla no era cosa que se pudiera enseñar a cualquier desconocido.

—Tal vez podríamos hablar mientras paseamos —dije yo—. Lamentablemente, esto me impide... —mi gesto explicó la frase antes de que pudiera terminarla.

—Como guste —dijo, y se volvió primero hacia un lado y luego hacia otro—. ¿En qué dirección quiere que paseemos? —añadió, mientras yo deslizaba mis botas en el zaguán—. ¡Mire! —dijo bruscamente—, este asunto es un galimatías. Venga a almorzar conmigo, señor Eden. Yo soy viejo, muy viejo, y las explicaciones no se me dan bien, y con mi voz atiplada y el estrépito del tráfico...

Y posó una mano enjuta y persuasiva que tembló un poco sobre mi brazo.

Yo no era tan mayor como para que un viejo no pudiera invitarme a almorzar. Y sin embargo, su repentina invitación no terminaba de agradarme.

—Yo preferiría... —empecé a decir.

—Ande, no se haga de rogar —me interrumpió—; acepte mi invitación aunque no sea más que por el respeto que merecen mis canas.

De modo que acabé por aceptar y me marché con él.

Me llevó al Blativiski y tuve que andar despacio para acomodarme a

su paso. Durante el almuerzo, que resultó ser el mejor de toda mi vida, él se resistió a contestar a mi principal pregunta y yo tomé nota de su aspecto. Tenía la cara afeitada, flaca y llena de arrugas, sus labios ajados medio ocultaban una dentadura postiza y su pelo cano era fino y bastante largo; era pequeño de estatura, aunque la verdad es que a mí me parecía pequeña mucha gente, y tenía los hombros redondeados y la espalda encorvada. Al mirarle, no pude dejar de observar que él también estaba tomando buena nota de mí, recorriéndome con la vista con una curiosa mirada de codicia, desde mis anchas espaldas hasta mis manos tostadas por el sol, volviendo otra vez hasta mi cara pecosa.

—Y ahora —dijo mientras encendíamos nuestros cigarrillos— debo hablarle del asunto que me traigo entre manos. Debo decirle, pues, que soy viejo, muy viejo... —se detuvo un instante—, y sucede que tengo dinero que pronto deberé dejar en herencia y no tengo ningún hijo a quien legárselo.

Me acordé del truco de la confidencia y resolví permanecer alerta para conservar el resto de mis quinientas libras. Él prosiguió haciendo hincapié en su soledad y en los problemas con que se había enfrentado para hallar un destino adecuado para su dinero.

—He tomado en consideración un plan tras otro: beneficencia, instituciones de caridad, becas de estudio y biblioteca, y por fin he llegado a esta conclusión —dijo mirándome fijamente—: quiero encontrar a un joven ambicioso, de mente pura, que sea pobre, sano de cuerpo y alma, para, en breve, convertirlo en mi heredero y darle todo cuanto poseo —y repitió—: darle todo cuanto poseo, de modo que, repentinamente aliviado de todos los problemas y esfuerzos en los que su sensibilidad haya sido educada, se haga un hombre libre e influyente.

Traté de mostrarme desinteresado. Con no disimulada hipocresía, dije:

—Y usted quiere mi ayuda, mis servicios profesionales quizá, para encontrar a esa persona.

Él sonrió y me miró por encima de su cigarrillo, y yo me reí ante su tranquila reacción a mi modesta pretensión.

—¡Qué carrera podría hacer este hombre! —dijo—. Me llena de envidia pensar que otro puede gastar lo que yo he acumulado... Pero hay algunas condiciones, naturalmente, unas cargas que le impondré.

Por ejemplo, deberá adoptar mi nombre. No se puede esperar todo a cambio de nada. Y además debo estar al corriente de todas las circunstancias de su vida, antes de poder aceptarlo. Debe ser intachable. Debo conocer sus antecedentes, cómo murieron sus padres y sus abuelos, y llevar a cabo la más estricta investigación sobre su moral privada.

Esto alteró un tanto mi naciente y secreto júbilo.

—Y, ¿he de entender —dije— que yo...?

—Sí —dijo casi impetuosamente—. Usted. Usted.

No contesté ni una sola palabra. Mi imaginación se encontraba en plena efervescencia, mi escepticismo innato resultaba inútil para reprimir el paroxismo que me embargaba. No había en mi cabeza ni un asomo de gratitud..., no sabía ni qué decir, ni cómo decirlo.

—Pero, ¿por qué yo precisamente? —logré decir por fin.

Dijo que por casualidad había oído hablar de mí al profesor Haslar, quien me había descrito como un típico joven sano y honesto, y él deseaba, en la medida de lo posible, dejarle su dinero a alguien cuya salud e integridad estuvieran garantizadas.

Ése fue mi primer encuentro con el viejecito. Se mostró misterioso con respecto a sí mismo, no quiso desvelarme todavía su nombre y, después de contestarle algunas de sus preguntas, me dejó en el vestíbulo del Blativiski. Reparé en que había sacado un puñado de monedas de oro del bolsillo cuando llegó el momento de pagar la cuenta. Su insistencia sobre mi salud física resultaba curiosa. De acuerdo con el trato que hicimos, aquel mismo día solicité una póliza de seguro de vida por una gran suma en la Royal Insurance Company, y durante la semana siguiente tuve que soportar los exhaustivos reconocimientos de los asesores médicos de aquella compañía. Ni siquiera eso le satisfizo e insistió que debía pasar un nuevo reconocimiento médico efectuado por el gran doctor Henderson.

Hasta el viernes de la semana de Pentecostés no llegamos a un acuerdo. Me llamó para que bajara a última hora de la tarde, hacia las nueve, haciéndome abandonar el atracón que me estaba dando de ecuaciones de química para mi examen preliminar de Ciencias. Estaba en pie en el zaguán bajo la débil luz de una lámpara de gas y su rostro era una grotesca interacción de sombras. Me pareció más encorvado que el primer día que lo había visto y tenía las mejillas un poco más

hundidas.

Su voz tembló de emoción.

—Todo ha resultado satisfactorio, señor Eden —dijo—. Todo ha resultado muy, pero que muy satisfactorio. Y esta noche más que nunca debe usted cenar conmigo para celebrar su... ascenso —le sobrevino un ataque de tos—. Además, tampoco tendrá que esperar mucho —añadió, secándose los labios con su pañuelo y asiéndome la mano con su larga y huesuda garra que parecía tener una extraña vida propia—. Ciertamente, no será una larga espera.

Salimos a la calle y llamamos un coche. Recuerdo con mucha claridad cada uno de los incidentes de ese trayecto, la ligereza y la comodidad de aquel vaivén, el vívido contraste entre la luz de gas, la de petróleo y la luz eléctrica, la multitud de personas que había en las calles, el lugar de Regent Street adonde fuimos, y la suntuosa cena que allí nos sirvieron. Al principio me sentí desconcertado por las miradas que el camarero, bien uniformado, lanzaba a mi raída indumentaria; pero a medida que el champán me caldeaba la sangre, sentí revivir mi confianza. El anciano comenzó por hablar de sí mismo. Ya me había revelado su nombre en el coche: era Egbert Elvesham, el gran filósofo, cuyo nombre conocía yo desde que era niño en el colegio. Me parecía increíble que este hombre, cuya inteligencia había dominado la mía en época tan temprana, esta gran abstracción, se manifestara repentinamente en la forma de esta figura familiar y decrépita. Me atrevería a decir que todo joven que se haya visto rodeado de imprevisto por celebridades habrá experimentado una sensación de decepción parecida a la que yo experimenté. Me contaba ahora el futuro que se abriría ante mí al secarse el débil flujo de su vida: fincas, derechos de autor, inversiones. jamás había sospechado que los filósofos pudieran ser tan ricos. Me contemplaba, mientras bebía y comía, con una punta de envidia.

—¡Qué vitalidad desprende usted! —me dijo. Y luego, con un suspiro, con lo que me pareció un suspiro de alivio, añadió—: No tardará mucho.

—¡Ay! —dije, con la cabeza ya embotada por el champán—. Tal vez el futuro... me depare alguna alegría pasajera, gracias a usted. A partir de ahora tendré el honor de llevar su apellido. Pero usted tiene un pasado y semejante pasado vale tanto como mi futuro.

Negó con la cabeza sonriendo, dando muestras, pensé entonces, de apreciar mi adúladora admiración con una sombra de tristeza.

—Sinceramente —dijo—, ¿cambiaría usted ese futuro por mi pasado? —en ese momento se acercó el camarero con los licores—. Tal vez no le importe adoptar mi nombre, asumir mi posición, ¿pero estaría dispuesto de veras a cargar con mis años voluntariamente?

—Con su prestigio, sí —dijo galantemente.

Volvió a sonreír.

—Kummel para los dos —le dijo al camarero y dirigió su atención a un paquetito envuelto en papel que había sacado del bolsillo.

—Este momento —dijo—, este momento de la sobremesa es el de las pequeñas cosas. Éste es un fragmento de mi sabiduría inédita —abrió el paquete con sus dedos amarillos y temblorosos, y dejó entrever un poco de polvo rosáceo en el papel—. Bien —añadió—, ahora debe usted adivinar lo que es esto. Póngale usted al Kummel una pizca... de este polvo: es Himmel[2].

Sus grandes ojos grises se fijaron en los míos con una expresión inescrutable.

Me resultó un poco chocante constatar que este gran maestro le concediera importancia al sabor de los licores. No obstante, fingí interés por su debilidad, porque estaba lo bastante ebrio como para hacerle esa pequeña lisonja.

Dividió el polvo entre las dos copitas y, levantándose súbitamente con extraña e inesperada solemnidad, alargó la mano hacia mí. Yo imité su gesto, y las copas tintinearón.

—Por una rápida sucesión —dijo, y se llevó la copa a los labios.

—No, eso no —dije apresuradamente— Por eso, no.

Detuvo su copa a la altura de la barbilla y sus ojos centellearon en los míos.

—Por una larga vida —dije.

Él vaciló.

—Por una larga vida —dijo por fin, con una carcajada repentina, y, con los ojos fijos el uno en el otro, vaciamos las copitas. Su mirada se clavó en la mía, y mientras apuraba mi bebida noté una sensación

particularmente intensa. Su primer efecto fue el de organizar un furioso tumulto en mi cerebro; me parecía sentir una auténtica agitación física en el cráneo y un zumbido ensordecedor en los oídos, que me los humedeció por completo. No noté el sabor en la boca, ni la fragancia que llenaba mi garganta; tan sólo percibía la intensidad grisácea de la mirada del anciano que ardía en la mía. La bebida, la confusión mental, el ruido y la agitación en mi cabeza parecieron durar una eternidad. Unas imágenes curiosas y vagas de hechos semiolvidados bailaron y se desvanecieron en el borde de mi consciencia. Por fin él rompió el hechizo. Con un suspiro repentino y explosivo apoyó la copa sobre la mesa.

—¿Qué le parece? —dijo.

—Es excelente —dije, aunque no había paladeado el sabor.

Como la cabeza me daba vueltas, tomé asiento. Mi cerebro estaba sumido en el caos. Entonces mi poder de percepción se volvió más claro y minucioso, como si estuviera viendo las cosas en un espejo cóncavo. El viejo parecía ahora inquieto y nervioso. Sacó el reloj e hizo una mueca al ver la hora.

—¡Las once y siete! Y esta noche debo..., a las once y treinta y dos. ¡Waterloo! Debo irme inmediatamente.

Pidió la cuenta y pugnó por ponerse el abrigo. Solícitos camareros acudieron en nuestra ayuda. Al instante me estaba despidiendo de él, ante la portezuela del coche, y aún con aquella absurda sensación de minuciosa transparencia, como si..., ¿cómo podría expresarlo...?, no sólo estuviera viendo, sino palpando a través de unos gemelos de teatro.

—No debí darle esos polvos —dijo llevándose la mano a la frente—. Mañana le dolerá la cabeza. Un momento. Tenga —y me tendió un sobrecito con algo que semejaba polvos de seidlitz[3]. Tómelos diluidos en agua cuando se vaya a la cama. Lo otro era una droga. Pero cuidado, tómelos justo cuando vaya a acostarse. Le despejarán la cabeza. Eso es todo. Otro apretón de manos... ¡por el futuro!

Apreté su contraída garra.

—Adiós —dijo, y por la caída de sus párpados juzgué que él también se hallaba un poco bajo el influjo de ese cordial perturbador.

Luego, con sobresalto, recordó algo más, se palpó el bolsillo del

interior de la chaqueta y sacó otro paquete, esta vez un cilindro de la forma y el tamaño del jabón de afeitar.

—Tenga —dijo—. Casi se me olvida. Pero no lo abra hasta que yo regrese mañana.

Era tan pesado que casi se me cae.

—¡De acuerdo! —contesté, y él me sonrió enseñando los dientes por la ventanilla del coche mientras el cochero fustigaba ligeramente a su caballo adormilado.

Me había dado un paquete blanco, lacrado en los dos extremos y a media altura. «Si no es dinero», me dije sopesándolo, «debe de ser platino o plomo.»

Me lo metí en el bolsillo con cuidado y, con la cabeza dándome vueltas, me fui andando a casa, vagando por Regent Street y por las oscuras calles a espaldas de Portland Roadl. Recuerdo aún muy vívidamente las sensaciones de aquel paseo, por muy extrañas que fueran. Aún conservaba el dominio de mí mismo, puesto que me daba cuenta de mi extraño estado mental, y me preguntaba si aquel polvo que había tomado era opio, droga que jamás había experimentado. Me resulta difícil describir ahora la peculiaridad de mi extrañamiento mental, si bien podría decirse que era como una vaga sensación de tener un desdoblamiento mental. Mientras subía por Regent Street, me asaltó la extravagante convicción de que se trataba de la estación de Waterloo, y sentí un extraño impulso de meterme en el Politécnico, como si fuese un tren al que debiera subir. Me froté los ojos, y sin duda estaba en Regent Street. ¿Cómo podría expresarlo? Es como un actor consumado que os mira en silencio, luego hace una mueca y ¡hete aquí que es otra persona! Resultaría demasiado extravagante si os dijera que me parecía que Regent Street hubiera hecho todo eso en un instante. Luego, persuadido de que volvía a ser Regent Street, me sentí estrambóticamente confuso al aflorar a mi mente unas reminiscencias fantásticas.

«Hace treinta años», pensé, «me peleé en este mismo jugar con mi hermano». Luego estallé en una carcajada, ante el asombro y el estímulo de un grupo de noctámbulos. Hace treinta años yo no existía y en modo alguno tenía un hermano. Aquella substancia debía de ser seguramente una insensatez en forma líquida, ya que el agudo pesar por la pérdida de mi hermano aún persistía en mi memoria. Bajando por Portland Road, aquella locura adquirió un nuevo giro. Empecé a recordar tiendas inexistentes y a comparar el aspecto de la calle con el

que antaño tuvo. Las ideas confusas, trastornadas, resultan bastante comprensibles después de lo que había bebido, pero lo que me dejaba perplejo eran estos recuerdos fantasmales curiosamente vívidos, que se habían insinuado en mi mente de forma tan clara que hasta me parecía estar presenciándolos. Me detuve frente a Steven's, los comerciantes de historia natural, y me devané los sesos tratando de recordar algo relacionado con ellos. Pasó un ómnibus, pero hizo exactamente el mismo ruido que un tren. Me pareció estar buceando en algún oscuro y remoto pozo de recuerdos.

—Claro —dije por fin—, me prometió tres ranas para mañana. Es sorprendente que lo haya olvidado.

¿Se les sigue enseñando a los niños imágenes en disolvencia? En ellas recuerdo que una imagen empezaba como una aparición espectral que iba creciendo hasta desalojar a otra. Y exactamente de la misma manera luchaban en mí una serie de sensaciones espectrales con las mías propias...

Proseguí por Euston Road hasta alcanzar Tottenham Court Road, perplejo y un poco asustado, sin reparar apenas en el camino insólito que había escogido, ya que, generalmente, solía acortar por la maraña de callejuelas secundarias intermedias. Doblé por University Street para descubrir que había olvidado el número de mi casa. Sólo mediante un tenaz esfuerzo pude recordar el número 110, e incluso entonces me pareció que se trataba de algo que me había contado alguna persona ya olvidada. Intenté ordenar mi mente recordando las incidencias de la cena y a fe mía que no logré conjurar ninguna imagen de mi anfitrión; lo veía únicamente como un perfil indefinido, tal y como uno mismo puede verse reflejado en una ventana por la que está mirando. Sin embargo, en su lugar tuve una curiosa visión de mí mismo, sentado a la mesa, arrebolado, con los ojos brillantes y locuaz.

«Debo tomar estos otros polvos», me dije. «Esto es insoportable.»

Intenté buscar la bujía y las cerillas en el lado opuesto del vestíbulo al que solía dejarlas, y me entró la duda de en qué descansillo se encontraría mi cuarto.

«Estoy ebrio», me dije, «no cabe duda», y di un traspie en la escalera que confirmó mi sospecha.

A primera vista mi cuarto me pareció poco familiar.

—¡Qué sandez! —dije mirando a mi alrededor.

Creí recuperarme del esfuerzo y la extraña sensación fantasmagórica dejó paso a la realidad concreta y familiar. Allí estaban mis notas en papeles pegados con albúmina[4] en una esquina del marco y mi viejo traje de diario tirado por el suelo. Y sin embargo, no resultaba tan real después de todo. Sentí una especie de absurda sensación que trataba de insinuarse en mi cerebro, y era que me hallaba en un vagón de tren que acababa de detenerse, y yo me asomaba por la ventanilla escudriñando el nombre de alguna estación desconocida. Me agarré firmemente a la barandilla de la cama para tranquilizarme.

—Tal vez sea clarividencia —dije—. Debo escribir a la Physical Research Society[5].

Puse el cartucho sobre el tocador, me senté en la cama y empecé a quitarme las botas. Era como si la imagen de mis sensaciones actuales estuviera pintada sobre alguna otra imagen que intentara abrirse paso.

—¡Maldita sea! —dije— ¿Estoy perdiendo el juicio o es que estoy en dos lugares a la vez?

Medio desvestido, agité los polvos en un vaso y me los tomé de un trago. Antes de meterme en la cama, mi cerebro ya se había tranquilizado, sentí la blandura de la almohada sobre la mejilla y a partir de entonces debí quedarme dormido.

Me desperté sobresaltado de un sueño en el que aparecían extrañas bestias y me encontré tumbado boca arriba. Probablemente todo el mundo ha tenido ese sueño lúgubre e impresionante del que uno escapa al despertar, pero extrañamente acobardado. Tenía un sabor raro en la boca, una sensación de cansancio en los miembros y una especie de molestia cutánea. Me quedé inmóvil con la cabeza sobre la almohada, esperando que mi sensación de extrañeza y de terror se disipara y que fuera pronto vencida por el sopor. Pero en vez de eso, mis misteriosas sensaciones se incrementaron. Al principio no pude percibir nada preocupante a mi alrededor. Había una débil luz en la habitación, tan débil que era lo que más se aproximaba a las tinieblas, y los muebles resaltaban en ella como vagas manchas de oscuridad absoluta. Miré fijamente por encima de las mantas.

Me sobrevino la idea de que alguien había entrado en la habitación para arrebatarme el paquete con dinero, pero, después de permanecer tumbado unos momentos, respirando rítmicamente para simular estar dormido, me di cuenta de que esto era mera fantasía. No obstante, la

inquietante seguridad de que algo no iba bien se apoderó fuertemente de mí. Haciendo un esfuerzo, levanté la cabeza de la almohada y escudriñé la oscuridad a mi alrededor. No podía concebir de qué se trataba. Contemplé las formas borrosas que me rodeaban, los oscuros bultos más o menos voluminosos que sugerían cortinas, mesa, chimenea, estanterías y demás. Entonces comencé a percibir algo poco familiar en las formas que se insinuaban en las tinieblas. ¿Había girado en redondo la cama? Allí debería estar la estantería, pero en su lugar se levantaba algo pálido y amortajado, algo que, tras una atenta observación, no se asemejaba en absoluto a una estantería. Tampoco podía tratarse de mi camisa arrojada sobre la silla, pues era muchísimo más grande.

Sobreponiéndome a un terror infantil, eché a un lado las mantas y saqué una pierna de la cama. Me incorporé, pero, al intentar apoyar los pies en el suelo, me percaté de que apenas alcanzaban el borde del colchón. Di otro paso, por así decirlo, y me senté en el borde de la cama. Junto a ella debía estar la bujía, y las cerillas sobre la silla rota. Alargué la mano, pero no toqué nada. Agité la mano en las tinieblas y tropezó contra un pesado cortinaje, grueso y de suave textura, que produjo como un crujido ante mi contacto. Lo agarré y tiré de él, y resultó ser una cortina suspendida sobre la cabecera de mi cama.

Ahora ya me encontraba totalmente despierto y empezaba a darme cuenta de que me hallaba en una habitación extraña. Estaba anonadado. Intenté recordar las circunstancias de la noche anterior y, curiosamente, ahora las tenía muy vívidas en la memoria: la cena, la entrega de los paquetitos, mis interrogantes sobre si estaría intoxicado, mi lenta manera de desvestirme, la frialdad de la almohada contra mi cara arrebolada... Sentí una súbita inquietud. ¿Había sido anoche o la noche anterior? En cualquier caso esta habitación me resultaba extraña y no se me ocurría cómo había podido ir a parar hasta ella. Un pálido y borroso perfil cobraba poco a poco consistencia y yo me percaté de que se trataba de una ventana (junto a la que se percibía la oscura forma de un espejo ovalado de tocador) contra la tenue insinuación del alba, que se filtraba a través de la persiana. Al levantarme me sorprendió una curiosa sensación de debilidad y falta de equilibrio. Extendiendo unas manos temblorosas, caminé hacia la ventana lentamente, a pesar de lo cual me lastimé en una rodilla al tropezar con una silla que se interponía en mi camino. Busqué a tientas alrededor del espejo, que era grande y con elegantes candelabros de bronce, intentando localizar el cordón de la persiana. No lograba encontrar ninguno. Por azar topé con la borla y, con el chasquido de un resorte, la persiana se levantó.

Apareció ante mis ojos una escena que me resultaba absolutamente extraña. El cielo estaba encapotado y, a través del gris aterciopelado del cúmulo de nubes, se filtraba la débil penumbra del alba. En un extremo del cielo el dosel de nubes tenía los bordes tintados de un rojo sangriento.

Todo estaba oscuro e indistinto: colinas borrosas a lo lejos, una vaga masa de edificios que se levantaban como pináculos, árboles como tinta derramada y, bajo la ventana, una tracería[6] de arbustos negros y de senderos de un gris pálido. Todo me resultaba tan poco familiar que por un momento pensé que aún estaba soñando. Palpé la mesa del tocador. Parecía estar hecha de alguna madera barnizada y estaba trabajada con gran esmero; encima había varios frascitos de cristal tallado y un cepillo. Sobre un platito, había también un pequeño objeto extraño que, al tacto, me pareció que tenía forma de herradura, con relieves duros y lisos. No pude encontrar ni cerillas ni palmtoria.

Dirigí los ojos de nuevo hacia la habitación. Ahora que la persiana estaba subida, los tenues espectros de su mobiliario empezaron a cobrar consistencia. Había una enorme cama con cortinajes, y la chimenea situada a sus pies tenía una gran repisa blanca con un brillo marmóreo.

Me apoyé en la mesa del tocador, cerré los ojos, volví a abrirlos de nuevo e intenté pensar. Todo resultaba demasiado real para ser un sueño. Me inclinaba a pensar que aún había ciertas lagunas en mi memoria como consecuencia de la ingestión de aquel extraño licor; que quizás había pasado a disfrutar de mi herencia y que de improviso había perdido la noción de todo desde que me había sido anunciada mi buena suerte. Tal vez, si esperaba un poco, volvería a ver claramente las cosas. Sin embargo, la cena con el viejo Elvisham me resultaba ahora singularmente nítida y reciente: el champán, los obsequiosos camareros, los polvos y los licores. Hubiera apostado mi alma a que eso había sucedido hacía pocas horas.

Y luego me sucedió algo tan trivial y, sin embargo, tan terrible que un escalofrío me recorre al pensar en aquel momento. Hablé en voz alta y dije:

—¿Cómo diablos he venido a parar aquí?...

Y la voz que habló no era la mía.

No, no era la mía, pues ésta era fina y farfullaba al articular las palabras; la resonancia de mis huesos faciales era, además, diferente.

Entonces, para tranquilizarme, puse una mano encima de la otra, y percibí unos pliegues de piel caída, con la laxitud propia de la edad.

—Sin duda —dije con aquella horrible voz que de alguna manera se había instalado en mi garganta—, ¡sin duda, esto es un sueño!

Inmediatamente, y de forma involuntaria, me metí los dedos en la boca. Mi dentadura había desaparecido. Las yemas de mis dedos recorrieron la flácida superficie de una hilera uniforme de encías encogidas. La congoja y la repugnancia me produjeron náuseas.

Experimenté entonces un apasionado deseo de verme, de comprobar enseguida en todo su horror la horripilante transformación que se había operado en mí. Fui tambaleándome hacia la repisa de la chimenea y la tanteé buscando las cerillas. Mientras lo hacía, una tos aguda brotó de mi garganta y me apreté contra un grueso camisón de franela en el que descubrí que estaba envuelto. Allí no había cerillas, y súbitamente me percaté de que tenía frío en las extremidades. Moqueando y tosiendo, gimoteando un poco tal vez, regresé a tientos hacia la cama. «Seguro que es un sueño», me susurré a mí mismo mientras me arrastraba, «seguro que es un sueño». Era una repetición senil. Me subí las mantas por encima de los hombros y hasta las orejas, metí la mano enjuta bajo la almohada resuelto a conciliar el sueño. Claro que se trataba de un sueño: por la mañana todo habría terminado y yo volvería a despertar con la fuerza y el vigor de mi juventud y regresaría a mis estudios. Cerré los ojos, respiré con regularidad y, hallándome desvelado, repetí lentamente la tabla de multiplicar.

Pero el ansiado sueño no acababa de llegar. No lograba dormir. Y la persuasión de la inexorable realidad de la transformación que había sufrido iba creciendo en mí progresivamente. Abandonada la tabla de multiplicar, me encontré con los ojos abiertos de par en par y los dedos huesudos en mis encogidas encías. Me había convertido repentina y bruscamente en un viejo. De una manera inexplicable había malogrado mi vida y había llegado a la vejez, de algún extraño modo me habían robado lo mejor de mi vida, el amor, la fuerza y el ardor vitales, la esperanza. Me debatí en la almohada intentando persuadirme de que semejante alucinación no era posible. Imperceptiblemente, sin pausa, avanzaba el clarear del alba.

Por fin, perdida toda esperanza de conciliar el sueño, me incorporé en la cama y miré a mi alrededor. Una fría y tenue penumbra hacía visible toda la habitación. Era espaciosa y estaba bien amueblada, mejor amueblada que cualquier habitación en la que yo hubiera

dormido. Distinguí débilmente una bujía y unas cerillas sobre un pequeño pedestal en un nicho. Aparté las mantas y, tiritando por la crudeza del amanecer, aunque era verano, salí de la cama y encendí la bujía. Entonces, temblando horriblemente, avancé tambaleándome hacia el espejo y vi... ¡la cara de Elvesham! Y no resultó menos horrible porque yo ya lo hubiera sentido vagamente. Él ya me había parecido físicamente débil y digno de lástima, pero al verlo ahora, vestido solamente con un camisón de basta franela, que se abría revelando el correoso pescuezo, y encarnado en mi propio cuerpo, me resulta difícil describir su desolada decrepitud: las mejillas hundidas, los dispersos mechones de sucio pelo gris, los nublados ojos catarrosos, los labios temblorosos y encogidos, el inferior con el viso rosáceo de la parte interna, y aquellas espantosas encías negras. Vosotros, que tenéis un cuerpo y un alma formando una sola unidad, a vuestra edad natural, no podéis imaginar lo que significó para mí este diabólico encarcelamiento. Ser joven y estar lleno del deseo y de la energía de un joven y encontrarse atrapado y poco después aplastado en este cuerpo ruinoso y tambaleante...

Pero me estoy desviando del rumbo de mi relato. Durante algún tiempo debí quedar aturdido por esta transformación que me había sobrevenido. Era ya de día cuando logré por fin estar en condiciones de pensar. De alguna forma inexplicable había sido transformado, si bien no alcanzaba a comprender cómo y mediante qué mágico ardid lo habían llevado a cabo. Y mientras pensaba, la diabólica inventiva de Elvesham se fue perfilando cada vez más en mente. Me pareció evidente que, puesto que yo me encontraba en el suyo, él debía estar en posesión de mi cuerpo, de mi fuerza y de mi futuro. ¿Pero cómo demostrarlo?

Entonces, mientras pensaba, el hecho me pareció tan increíble que mi mente flaqueó y tuve que pellizcarme, palpar mis desdentadas encías, mirarme al espejo y tocar los objetos que me rodeaban, antes de calmarme y poder volver a enfrentarme con los hechos. ¿Acaso toda la vida era una alucinación? ¿Era yo realmente Elvesham y él yo? ¿Había estado yo soñando con Eden la noche pasada? ¿Acaso existía algún Eden? Pero si yo era Elvesham, debería recordar donde había estado la mañana anterior, el nombre de la ciudad en la que vivía, qué había sucedido antes de que empezara el sueño. Luché denodadamente con mis pensamientos. Rememoré la estrambótica duplicidad de mis recuerdos la noche pasada. Pero ahora tenía la mente lúcida. podía evocar no el espectro de unos recuerdos sino aquellos propios de Eden.

—¡Estoy al borde la locura! —grité con mi voz aguda. Me puse de pie tambaleándome, arrastré mis endeble y pesados miembros hasta el palanganero y zambullí mi canosa cabeza en una palangana de agua fría. Luego, secándome con una toalla, volví a intentarlo. Fue inútil. Sentía, fuera de toda duda, que yo era realmente Eden, no Elvesham. Pero ¡Eden en el cuerpo de Elvesham!

Si hubiera sido un hombre de cualquier otra época, me habría entregado a mi sino como una persona hechizada, Pero en estos tiempos de escepticismo los milagros no son nada corrientes. Aquí había algún truco psicológico. Lo que podía hacerse con una droga y una mirada fija, podía sin duda deshacerse con otra droga u otra mirada fija o con algún tratamiento similar. No sería la primera vez que algún hombre pierde la memoria. Pero ¡intercambiar memorias como quien intercambia paraguas! Reí. Aunque, ¡ay de mí!, no con una risa saludable, sino con una risita dificultosa y senil. Podía imaginarme al viejo Elvesham riéndose ante mi súplica, y un regusto de rabia petulante, insólito en mí, pasó arrasando mis sentimientos. Empecé a vestirme afanosamente con la ropa que encontré diseminada por el suelo, y sólo cuando me hube vestido me percaté de que me había puesto un traje de etiqueta. Abrí el armario ropero y encontré más trajes de diario, un par de pantalones de cuadros y una bata anticuada. Me puse una venerable chistera sobre mi venerable cabeza, y, tosiendo un poco a causa del esfuerzo realizado, salí tambaleándome al descansillo.

Eran entonces, quizás, las seis menos cuarto, y las persianas estaban cuidadosamente cerradas y la casa muy silenciosa. El descansillo era espacioso, y una ancha y alfombrada escalera bajaba hasta perderse en las tinieblas del vestíbulo y, ante mí, una puerta entornada me mostraba un escritorio, una estantería de libros giratoria, el respaldo de un sillón del despacho y una espléndida colección de libros encuadernados, estante sobre estante.

—Mi despacho —refunfuñé cruzando el descansillo. Entonces, el sonido de mi voz suscitó en mí un recuerdo. Volví al dormitorio y me puse la dentadura postiza, que se deslizó en mi boca con la naturalidad de un antiguo hábito—. Eso está mejor —dije, haciéndola rechinar mientras regresaba al despacho.

Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave. La estantería giratoria también estaba cerrada con llave.

Pero no vi llave alguna por ningún lado y tampoco las encontré en los bolsillos de mis pantalones. Regresé inmediatamente al dormitorio

y registré el traje de etiqueta y después los bolsillos de todas las prendas que pude encontrar. Estaba muy impaciente, tanto que, cualquiera que hubiera visto el estado en que quedó mi habitación cuando hube terminado, habría dicho que allí habían entrado ladrones. No sólo no había llaves, sino ni siquiera una moneda o un papel viejo, excepto el recibo de la cuenta de la cena de la noche anterior.

Entonces sentí una curiosa laxitud. Me senté y contemplé las prendas diseminadas aquí y allá, con los bolsillos vueltos hacia afuera. Mi frenesí inicial ya se había desvanecido. Comenzaba a darme cuenta por momentos de la inmensa sagacidad de los planes de mi enemigo, al ver con una claridad creciente lo desesperado de mi situación. Me levanté con esfuerzo y, cojeando, regresé apresuradamente al despacho. En la escalera se encontraba ya una criada subiendo las persianas. Se quedó mirándome fijamente a causa quizá de la expresión que debía tener mi cara. Cerré la puerta del despacho tras de mí y, agarrando un atizador, empecé a arremeter contra el escritorio. Así es como me encontraron. El tablero del escritorio se hallaba resquebrajado, la cerradura destrozada, las cartas rasgadas y diseminadas por toda la habitación. En mi furor senil había arrojado al suelo las plumas y otros pequeños útiles de escritorio, además de derramar la tinta. Más aún, se había roto un gran jarrón encima de la repisa de la chimenea, sin que yo supiera cómo. No pude encontrar ni el talonario de cheques, ni dinero, ni la menor pista para la recuperación de mi cuerpo. Estaba golpeando frenéticamente los cajones cuando el mayordomo, con la ayuda de dos criadas, me agarró fuertemente y me contuvo.

Ésa es, en suma, la historia de mi transformación. Pero nadie cree mis agónicas palabras. Me tratan como a un demente e incluso en este momento estoy bajo vigilancia. Pero yo estoy cuerdo, absolutamente cuerdo, y para demostrarlo me he sentado a escribir esta historia minuciosamente, tal y como me sucedió. Apelo al lector, para que él diga si hay indicios de demencia en el estilo o en el método de la historia que ha estado leyendo. Soy un hombre joven encerrado en el cuerpo de un viejo. Pero a todo el mundo le resulta increíble la innegable realidad de este hecho. Naturalmente, yo les pareceré demente a aquellos que no crean esto; naturalmente, no conozco el nombre de mis secretarios, ni el de los doctores que vienen a verme, ni el de mis criados, ni el de mis vecinos, ni el de esta ciudad (dondequiera que esté) en la que ahora me encuentro. Naturalmente, me pierdo en mi propia casa y sufro incomodidades de toda índole. Naturalmente, formulo las preguntas más extravagantes.

Naturalmente, lloro y grito y padezco paroxismos de desesperación. No tengo ni dinero ni talonario cheques. El banco no quiere reconocer mi firma porque supongo que, a pesar de la endebles de mis músculos, mi letra sigue siendo la de Eden. La gente que me rodea no me permite ir al banco personalmente. Parece como si no hubiera ningún banco en esta ciudad y que yo tengo una cuenta en alguna parte de Londres. Al parecer, Elvesham le ocultó el nombre de su abogado a todos los suyos. No puedo indagar nada. Elvesham era, por supuesto, un profundo estudioso de las ciencias mentales y todas mis declaraciones de los hechos del caso no hacen sino confirmar la teoría de que mi demencia es la consecuencia de una cavilación excesiva sobre la Psicología. ¡Desvaríos sobre la identidad personal, no cabe duda! Hace dos días yo era un joven sano con toda la vida por delante. Ahora soy un viejo furioso, desgredado, desesperado y lastimoso, que merodea por una gran mansión, lujosa y extraña, vigilado, temido y evitado como un lunático por todos cuantos me rodean. Y en Londres está Elvesham comenzando una nueva vida en cuerpo vigoroso y con todos los conocimientos y la sabiduría acumulada durante setenta años. Me ha robado la vida.

Lo que ha sucedido, no lo sé con claridad. En el despacho hay volúmenes de notas manuscritas referentes principalmente a la psicología de la memoria y fragmentos de lo que podrían ser bien cálculos o bien cifras en símbolos que me resultan absolutamente extraños. En algunos pasajes hay indicios de que también se ocupaba de la filosofía de las matemáticas. Deduzco que ha transferido la totalidad de sus recuerdos, la acumulación que conforma su personalidad, desde su marchitado cerebro al mío y, de un modo similar, que ha transferido mi personalidad a su desechada envoltura. Es decir, que prácticamente ha intercambiado los cuerpos. Pero cómo puede ser posible semejante intercambio, está fuera del alcance de mi entendimiento. Yo he sido un materialista a lo largo de toda mi vida, pero he aquí, de pronto, un caso claro de un hombre separado de la materia

Estoy a punto de intentar un experimento desesperado. Estoy aquí sentado escribiendo antes de llevar a cabo mi propósito. Esta mañana, con la ayuda de un cuchillo de mesa del que me había apoderado en secreto durante el desayuno, logré forzar un cajón secreto, aunque bastante evidente, de este escritorio destrozado. No descubrí nada excepto un pequeño vial" de cristal verde que contenía un polvo blanco. Alrededor del cuello del vial había una etiqueta sobre la que estaba escrita esta palabra: Liberación. Puede que esto, con toda probabilidad, sea veneno. Comprendo que Elvesham haya puesto

veneno a mi alcance y estoy seguro de que su intención era la de desembarazarse del único ser viviente que podría atestiguar en su contra, de no haber sido por este cauteloso ocultamiento. Ese hom. bre ha resuelto prácticamente el problema de la inmortalidad. A no ser por los avatares del azar, vivirá en mi cuerpo hasta que envejezca y entonces lo desechará y asumirá la juventud y la fuerza de alguna otra víctima. Cuando uno se para a cavilar sobre su crueldad, resulta terrible pensar en la experiencia que va acumulando... ¿Cuánto tiempo lleva saltando de un cuerpo a otro?... Pero estoy cansado de escribir. El polvo parece soluble en agua... El sabor no es desagradable...

* * *

Ahí termina la narración hallada sobre el escritorio del señor Elvesham. Su cadáver yace entre el escritorio y el sillón. Este último había sido desplazado hacia atrás, probablemente debido a sus postreras convulsiones. La historia estaba escrita a lápiz con letra de demente, muy distinta de sus minuciosos caracteres. Sólo quedan dos hechos curiosos por registrar. Indiscutiblemente existió alguna relación entre Eden y Elvesham, puesto que todas las propiedades de Elvesham fueron legadas al joven. Pero jamás las heredó. Cuando Elvesham se suicidó, Eden, por muy extraño que parezca, ya había muerto. Veinticuatro horas antes fue atropellado por un coche y murió en el acto, en el cruce atestado de gente en la intersección de Gower Street con Euston Road. Así, la única persona que podría haber arrojado luz sobre esta fantástica narración no puede ya contestar pregunta alguna. Sin más comentarios, someto este extraordinario asunto al juicio personal del lector.

En el abismo

EL teniente permanecía en pie frente a la esfera de acero y mordía un trozo de astilla de pino.

—¿Qué piensa de ello, Steevens? —preguntó.

—Es una idea —dijo Steevens con el tono del que se mantiene mentalmente abierto.

—Creo que se hará pedazos... completamente —dijo el teniente.

—Él parece haberlo calculado todo bastante bien —dijo Steevens, todavía desinteresado.

—Pero piense en la presión —dijo el teniente—. En la superficie del agua es de catorce libras por pulgada, a treinta pies de profundidad es el doble; a sesenta, el triple; a noventa pies, el cuádruple; a novecientos, cuarenta veces; a cinco mil, trescientas, esto es a una milla... es doscientas cuarenta veces catorce libras; o sea que... vamos a ver... treinta quintales... una tonelada y media Steevens; *una tonelada y media por pulgada cuadrada*. Y el océano a donde va tiene cinco millas de profundidad Es decir, siete y media...

—Suen a mucho —dijo Steevens—, pero es acero muy grueso.

El teniente no respondió, sino que volvió a su astilla de pino. El objeto de su conversación era una enorme bola de acero con un diámetro exterior de unos nueve pies. Parecía el obús de alguna pieza de artillería titánica Estaba cuidadosamente colocada en un monstruoso andamiaje montado dentro del almacén del buque y las gigantescas cabrias que pronto iban a echarla por la borda daban a la popa del barco una apariencia que hubiera despertado la curiosidad de cualquier modesto marino que la hubiera divisado, desde las aguas

de Londres al Trópico de Capricornio. En dos puntos, el uno sobre el otro, en el acero se abrían dos ventanas circulares de vidrio enormemente espeso; una de ellas, colocada en un marco de acero de gran solidez, estaba en ese momento parcialmente desenroscada. Ambos, hombres habían visto el interior de aquel globo por primera vez aquella mañana Estaba cuidadosamente forrado de cojines de aire y dotado de pequeños pivotes hundidos entre protuberantes almohadones para manipular el simple mecanismo del artificio. Todo estaba primorosamente forrado, incluso el equipo Myers que tenía que absorber el ácido carbónico y reponer el oxígeno inspirado por su inquilino, cuando se hubiera introducido por la boca de entrada y ésta hubiera sido atornillada. Estaba tan cuidadosamente forrado que un hombre podía ser disparado dentro del mismo por un cañón con total seguridad. Y así había de ser, pues pronto un hombre iba a meterse en él por aquella boca de entrada de vidrio y, herméticamente cerrado, sería arrojado por la borda para descender, descender y descender hasta cinco millas, como decía el teniente. Aquello había hecho presa fuertemente en su imaginación le había producido una ola de confusión, y encontró en Steevens, el recién llegado a bordo, un enviado del cielo con quien hablar de ello una y otra vez.

—Opino —dijo el teniente— que el vidrio se curvará, se combará y se hará pedazos bajo semejante presión. Bajo grandes presiones, Daubrée ha hecho que las rocas se vuelvan fluidas como el agua, y fíjese en lo que estoy diciendo...

—Si el cristal se rompiera —dijo Steevens—, ¿qué pasaría?

—El agua se introduciría como un chorro de hierro. ¿Ha sentido alguna vez un chorro directo de agua a alta presión? Golpea con la fuerza de una bala. Simplemente, le destrozarla y le aplastaría. Le desharía la garganta y se le metería en los pulmones; se introduciría en sus oídos...

—¡Qué imaginación tan detallista tiene! —protestó Steevens, que veía estas cosas vividamente.

—Es una sencilla explicación de lo inevitable —dijo el teniente.

—¿Y la esfera?

—Emitiría unas cuantas burbujitas y se posaría confortablemente hasta el día del juicio entre el cieno y el barro del fondo... con el pobre Elstead aplastado contra sus propios cojines como la mantequilla sobre el pan. —Y repitió esta frase como si le agradara

mucho—. Como la mantequilla sobre el pan.

—¿Echando una mirada al aparato? —dijo una voz, y Elstead apareció junto a ellos, de blanco flamante, con un cigarrillo entre los dientes y una sonrisa en la mirada que asomaba bajo la sombra de la amplia ala de su sombrero—. ¿Qué es eso de pan y mantequilla Weybridge? ¿Quejándose como de costumbre de la paga insuficiente de los oficiales navales? Falta menos de un día para que empiece. Hoy prepararemos las eslingas. Este cielo limpio y este mar apacible son lo más favorable para mecér una docena de toneladas de plomo y de hierro, ¿no es verdad?

—No te afectará mucho el tiempo que haga —dijo Weybridge.

—No. A setenta u ochenta pies de profundidad, y yo estaré allí en una docena de segundos, no se mueve ni una partícula aunque el viento se desgañe arriba y el agua salte a medio camino de las nubes. No. Lo que hay allí abajo es... —Se fue hacia el costado del buque y los otros dos le siguieron. Los tres se apoyaron en la borda y se quedaron mirando fijamente el agua verde-amarillenta.

—Paz —dijo Elstead terminando su pensamiento en voz alta.

—¿Estás completamente seguro de que el aparato de relojería funcionará? —preguntó Weybridge en seguida.

—Ha funcionado treinta y cinco veces —dice Elstead—. Está obligado a funcionar.

—¿Pero si no lo hace?

—¿Por qué no había de hacerlo?

—Yo no bajaría en ese maldito trasto —dijo Weybridge—, ni por veinte mil libras.

—Qué tipo mas alegre eres —dijo Elstead, y escupió amistosamente hacia una burbuja del agua.

—Todavía no comprendo cómo vas a intentar que la cosa funcione —dijo Steevens.

—En primer lugar, yo quedaré atornillado dentro de la esfera —dijo Elstead—, y cuando haya encendido y apagado la luz eléctrica tres veces para indicar que estoy dispuesto, me lanzarán por popa

mediante aquella grúa, con todas esas grandes plomadas colgadas debajo. El lastre de plomo tiene un carrete con unas cien brazas de cuerda fuerte enrollada y eso es lo que une las plomadas a la esfera, además de las eslingas, que serán cortadas cuando el artefacto sea bajado. Utilizamos cuerda en vez de cable porque es más fácil de cortar y más flotante; puntos ambos necesarios, como veréis.

> En cada uno de estos lastres veis que hay un orificio que atravesará una varilla de hierro la cual sobresaldrá seis pies por la parte inferior. Al ser atacada esa varilla desde abajo, golpea una palanca que pone en marcha el mecanismo de relojería situado en la parte del cañete en que se enrolla la cuerda.

»Bien. Todo el aparato se introduce suavemente en el agua y se cortan las eslingas. La esfera flota pues con aire en su interior es más ligera que el agua pero los lastres van rectos hacia abajo hasta que la cuerda se acaba. Cuando toda la cuerda esté desenrollada la esfera descenderá también, tirada por la cuerda.

—¿Pero por qué la cuerda? —preguntó Steevens—. ¿Por qué no atar los pesos directamente a la esfera?

—Por el choque, allí abajo. Todo el artefacto se precipitaría hacia abajo, milla tras milla, a toda velocidad al final. Se haría pedazos en el fondo si no fuera por la cuerda. Pero los pesos chocarían con el fondo, y en cuanto lo hagan se pondrá en juego la flotación de la esfera. Continuará hundiéndose cada vez más lentamente; por último se parará y a continuación empezará a ascender de nuevo.

»Es entonces cuando entra en acción el mecanismo de relojería. Los pesos se estrellan directamente contra el fondo del mar; la varilla es golpeada, acciona el mecanismo de relojería y la cuerda se rebobina en el carrete. Así, será arrastrado hacia el fondo del mar. Allí permaneceré una media hora, con la luz eléctrica encendida, observando a mi alrededor. Entonces el mecanismo de relojería disparará una cuchilla de resorte, la cuerda será cortada y yo me lanzaré de nuevo hacia arriba como una burbuja de agua carbónica. La propia cuerda contribuirá a la flotación.

—¿Y si por casualidad choca con un barco? —dijo Weybridge.

—Subiré a tal velocidad que lo atravesaré —dijo Elstead—, como una bala de canoa. No te preocupes por eso.

—Suponte que un hábil crustáceo se enreda en tu mecanismo de

relojería...

—Sería una apremiante invitación a detenerme —dijo Elstead, volviéndose de espaldas al agua y mirando fijamente la esfera.

Levantaron a Elstead sobre la borda a las once. El día estaba serenamente brillante y en calma, con el horizonte perdido en la niebla. El resplandor eléctrico del pequeño compartimento superior destelló jovialmente tres veces. Entonces le posaron suavemente en la superficie del agua y un marinero se colgó de las cadenas de popa dispuesto a cortar el aparejo que mantenía unidos los lastres a la esfera. El globo, que parecía tan grande en cubierta, bajo la popa del barco parecía la cosa más pequeña que se pueda concebir. Giró un poco y sus dos oscuras ventanas, que estaban por encima de la línea de flotación, parecían ojos girando asombrados hacia las personas que se apiñaban en la borda. Una voz se maravillaba de que a Elstead le gustara el balanceo.

—¿Está listo? —preguntó el comandante.

—¡Sí, sí señor!

—¡Entonces selladle!

La cuerda del aparejo se presionó contra la cuchilla y se cortó; un remolino agitó al globo de forma grotesca y desmañada. Uno saludó con un pañuelo, otro intentó un ineficaz saludo y un guardiamarina contaba lentamente:

—¡Ocho, nueve, diez! —Otro balanceo, y después, con una sacudida y un chapoteo, la esfera se enderezó.

Pareció quedar fija por un momento y hacerse rápidamente más pequeña; a continuación el agua se cenó sobre ella y por unos momentos aún fue visible, agrandada por la refracción y más oscura bajo la superficie. Antes de que se pudiera contar hasta tres había desaparecido. Hubo un centelleo de luz blanca bajo el agua hasta que se convirtió en un punto y desapareció. Después, nada excepto el abismo marino y la oscuridad de las profundidades en que nadaba un tiburón.

Bruscamente la hélice del barco empezó a girar, el agua se arremolinó, el tiburón desapareció en una rugosa confusión y un torrente de espuma se levantó de la claridad cristalina que había engullido a Elstead.

—Y ahora ¿qué pasa? —dijo un marinero a otro.

—Vamos a virar de borde un par de millas por temor a que choque con nosotros cuando suba —dijo su compañero.

El barco marchó lentamente hacia su nueva posición. A bordo casi todos los que estaban desocupados se quedaron observando el burbujeo en que se había hundido la esfera. Durante la siguiente media hora es dudoso que se hablara una palabra que no atañera directa o indirectamente a Elstead. El Sol de diciembre estaba en su punto más alto y el calor era considerable.

—Tendrá bastante frío allá abajo —dijo Weybridge—. Dicen que por debajo de cierta profundidad el agua del mar está casi congelada.

—¿Por dónde subirá? —preguntó Steevens—. He perdido la orientación.

—Aquél es el lugar —dijo el comandante, que se enorgullecía de su omnisciencia. Extendió un dedo seguro hacia el sureste. —Y éste, según calculo, es casi el momento preciso —dijo—. Ya lleva treinta y cinco minutos.

—¿Cuánto tiempo tarda en llegar al fondo del océano? —preguntó, Steevens.

—Para una profundidad de cinco millas y contando, como lo hemos hecho, una aceleración de dos pies por segundo, en ambos sentidos, viene a ser sobre unos tres cuartos de minuto.

—Entonces va retrasado —dijo Weybridge.

—Casi —dijo el capitán—. Supongo que hacen falta unos minutos para que la cuerda se enrolle.

—Lo había olvidado —dijo Weybridge, evidentemente aliviado.

Y entonces empezó el suspense. Un minuto transcurrió lentamente y la esfera no salió del agua. Siguió otro y nada rompía la tenue y oleaginosa marejada. Los marineros se explicaban unos a otros el detalle del enrollado de la cuerda. La arboladura estaba salpicada de rostros expectantes.

—¡Sube, Elstead! —llamó impacientemente un lobo de mar de pecho velludo; y los demás le instaron y gritaron como si esperasen a que se

levantara el telón de un teatro.

El comandante les miró irritado.

—Por supuesto, si la aceleración era inferior a dos —dijo—, estará más rato. No estamos absolutamente seguros de que ésa fuera la cifra exacta. No soy un creyente esclavo de los cálculos.

Steevens asintió concisamente. En el puente nadie habló durante un par de minutos. Entonces sonó el reloj de Steevens.

Cuando, veintiún minutos después de que el Sol hubiera llegado al cenit seguían esperando que reapareciera la esfera, nadie a bordo se había atrevido a musitar que la esperanza estaba perdida. Fue Weybridge el que primero expresó esta evidencia. Habló mientras el sonido de las campanas todavía resonaba en el aire.

—Siempre desconfié de esa ventana —dijo de pronto a Steevens.

—¡Dios mío! —dijo Steevens—; no creerás...

—¡Bien! —dijo Weybridge, y dejó el resto a merced de la imaginación.

—No creo gran cosa en los cálculos —dijo el capitán dubitativamente—, de forma que todavía tengo esperanzas.

A medianoche la cañonera seguía moviéndose lentamente en espiral alrededor del lugar en que se había hundido el globo; un blanco rayo de luz eléctrica huía, se detenía y barría de mala gana una y otra vez la inmensidad de las aguas fosforescentes bajo las minúsculas estrellas.

—Si la ventana no ha estallado y ha quedado aplastado —dijo Weybridge—, entonces el panorama es condenadamente peor, pues el mecanismo de relojería se habrá estropeado y estará vivo, a cinco millas bajo nuestros pies, en el frío y la oscuridad, anclado en su pequeña burbuja donde nunca ha brillado un rayo de luz ni un ser humano ha vivido desde que las aguas se formaron. Estará allí sin alimentos, hambriento, sediento y asustado, pensando si se morirá de hambre o ahogado. ¿Qué pasará? El equipo Myers se está agotando, supongo. ¿Cuánto durará? ¡Cielo santo! —exclamó—, ¡qué poca cosa somos! ¡Qué osados diablillos! Allá abajo, millas y millas de agua... sólo agua, y toda esta extensión de agua alrededor de nosotros, y este... —tendió sus manos, y mientras lo hacía, una pequeña raya blanca pasó silenciosamente por el cielo, como luego más lentamente,

se detuvo y se convirtió en un punto inmóvil, como si una estrella nueva hubiera saltado al cielo. Después se fue deslizándose de nuevo hacia abajo y se perdió entre los reflejos de las estrellas, la blanca niebla y la fosforescencia del mar.

Ante aquella escena se detuvo, con los brazos extendidos y la boca abierta. Cerró la boca, la volvió a abrir y agitó las manos con un gesto impaciente. Después se volvió hacia el primer vigía y gritó:

—¡Elstead, ah del buque! —y se fue corriendo. hacia Lindley y hacia el proyector—. ¡Le he visto! —dijo—. ¡Allí, a estribor! Su luz está encendida y ha salido disparado del agua. Gira el reflector. Lo veremos flotando cuando se eleve sobre las olas.

Pero no recogieron al explorador hasta el amanecer. Entonces casi le echan a pique. La grúa giró y la tripulación de un bote enganchó la cadena a la esfera. Cuando abordaron la esfera, desatornillaron la entrada y se asomaron a la oscuridad del interior (pues la luz eléctrica estaba prevista para iluminar el agua de alrededor de la esfera y no alumbraba su interior).

El aire estaba muy caliente dentro de la cavidad y el caucho del borde de la entrada se había reblandecido. No hubo respuesta a sus ansiosas llamadas, ni movimiento alguno. Elstead parecía estar echado sin sentido, encogido en el fondo del globo. El médico de a bordo se introdujo y lo alzó hacia los hombres que estaban fuera. Durante un momento no supieron si Elstead estaba vivo o muerto. Su rostro, a la luz amarilla de las lámparas del barco, relucía de sudor. Le llevaron a su propio camarote.

No estaba muerto, según comprobaron, pero sí en un estado de absoluto colapso nervioso y además cruelmente magullado. Durante algunos días tuvo que permanecer echado completamente inmóvil. Transcurrió una semana antes de que pudiera contar su experiencia.

Prácticamente sus primeras palabras fueron que pensaba descender de nuevo. La esfera tendría que ser modificada dijo, con el objeto de que se pudiera echar fuera la cuerda si fuera necesario, y eso fue todo. Había tenido la más maravillosa experiencia.

—Pensasteis que no encontraría más que fango —dijo—. ¡Os reísteis de mis exploraciones y yo he descubierto un mundo nuevo! —Contó su historia en fragmentos deshilvanados y en desorden, de manera que es imposible repetirla con sus propias palabras. Pero lo que sigue es la narración de su experiencia.

Empezó atrozmente, dijo. Antes de que la cuerda se tensara, el artefacto seguía rodando. Se sentía como una rana en un balón de fútbol. No podía ver nada excepto la grúa y el cielo por encima de su cabeza, con un panorama ocasional de la gente en la borda del barco. No tenía ni idea de cómo rodaría el objeto a continuación. De repente se encontró con los pies por alto, trataba de enderezarse y volvía a rodar, patas arriba y de cualquier modo, sobre el almohadillado. Cualquier otra forma que no fuera la estática hubiera sido más confortable, pero ninguna hubiera sido digna de confianza bajo la enorme presión del abismo submarino.

De pronto el vaivén cesó, el globo se enderezó y cuando se puso en pie vio el agua a su alrededor de un azul verdoso; una tenue luz se filtraba desde arriba y una muchedumbre de pequeñas cosas flotantes pasaban corriendo ante él, según le pareció, hacia la luz. Mientras miraba se hizo cada vez más oscuro, hasta que el agua se volvió tan oscura como el cielo a medianoche, si bien de un matiz más verde por arriba y por abajo, negra. Pequeños cuerpos transparentes formaban en el agua un débil destello de luminosidad y pasaban raudamente como lánguidas franjas verdosas.

¡Y la sensación de la caída! Fue como el arranque de un ascensor, sólo que se mantenía. Hay que imaginarse lo que significa esa sensación sostenida. Fue entonces el único momento en que Elstead se arrepintió de su aventura. Vio las probabilidades que tenía a una luz completamente nueva. Pensó en las jibias gigantes que se sabía existían en las aguas medias, en los cuerpos que se encontraban a veces medio digeridos en las ballenas o flotando muertos, descompuestos y medio comidos por los peces. Suponte que una se agarrara y no se soltara. ¿Y había sido el mecanismo de relojería en realidad suficientemente comprobado? Pero que deseara continuar o retroceder ahora no importaba lo más mínimo.

En cincuenta segundos todo se hizo tan oscuro como la noche, excepto donde el destello de su luz traspasaba las aguas y tocaba de vez en cuando algún pez o material en suspensión. Pasaban por delante de él demasiado deprisa para ver lo que eran. Una vez cree que pasó un tiburón. Y entonces la esfera empezó a calentarse por la fricción contra el agua. Habían subestimado eso, al parecer.

Lo primero que notó fue que estaba sudando; después oyó un silbido cada vez mas agudo bajo sus pies y vio una gran cantidad de burbujitas —eran muy pequeñas— abalanzándose hacia arriba, como un abanico, a través del agua exterior. ¡Vapor! Tocó la ventana y estaba caliente. Encendió la diminuta lámpara de incandescencia que

iluminaba su propia cavidad, miró el reloj acolchado que había junto a los pivotes y vio que llevaba viajando dos minutos. Pensó que la ventana se quebrarla por el contraste de temperaturas, pues sabía que el agua del fondo está cercana a la congelación.

Entonces repentinamente el suelo de la esfera pareció presionar contra sus pies, la carrera de las burbujas exteriores se hizo cada vez mas lenta y el silbido disminuyó. La esfera rodó un poco. La ventana no se había roto, nada había cedido y vio que los peligros de naufragio, por lo menos, habían pasado.

En otro minuto o así estaría sobre el lecho de las profundidades marinas. Pensó, dijo, en Steevens y Weybridge y en los demás que estaban a cinco millas por encima de su cabeza, a más altura que las nubes más altas que flotan sobre la tierra, navegando lentamente, mirando hacia abajo y preguntándose qué habría sido de él.

Escudriñó por la ventana Ya no había burbujas y el silbido se había parado. Fuera había una densa oscuridad, negra como el terciopelo negro, excepto donde la luz eléctrica perforaba el agua y mostraba su color, un verde amarillento. Entonces, tres cosas como formas de fuego se pusieron en su campo de visión nadando y siguiéndose unas a otras por el agua No podía decir si eran pequeñas y cercanas o grandes y alejadas.

Cada una estaba contorneada por una luz azulada casi tan brillante como las luces de una lancha pesquera una luz que parecía humear profusamente; a sus costados había nubes, como las troneras de iluminación de un buque. Su fosforescencia parecía apagarse a medida que entraban en el haz de su luz y entonces vio que eran pequeños peces de extraño aspecto, con enormes cabezas, grandes ojos y cuerpos y colas menguados. Sus ojos estaban dirigidos hacia él y entendió que le estaban siguiendo en su descenso. Supuso que eran atraídos por su fulgor.

En seguida se unieron a ellos otros de la misma clase. Mientras continuaba descendiendo, notó que el agua se volvía de un color pálido y que las pequeñas motas centelleaban bajo su haz de luz como partículas en un rayo de sol. Esto era probablemente debido a las nubes de fango y cieno que el impacto de sus lastres había removido.

Cuando fue arrastrado hacia las plumas estaba en una densa bruma blanquecina que su luz eléctrica no podía atravesar más de unas cuantas yardas, y transcurrieron muchos minutos antes de que se hundieran en parte las masas colgantes de sedimentos. Después,

iluminado por su lámpara y por la pasajera fosforescencia de un distante banco de peces, pudo ver bajo la enorme negrura de las aguas una ondulante extensión, de cieno blanco-grisáceo, roto aquí y allá por enmarañadas malezas de una vegetación de lirios marinos que ondeaban hambrientos tentáculos.

Más lejos estaban los graciosos y translúcidos contornos de un grupo de gigantescas esponjas. Sobre este lecho se esparcía gran número de penachos erizados, aplanados y de rico color púrpura y negro, que determinó debían ser alguna especie de erizos de mar, así como pequeñas cosas de grandes ojos o ciegas que tenían un curioso parecido, algunas a cochinillas y otras a langostas, que se arrastraban perezosamente por el rastro de luz y se desvanecían en la oscuridad de nuevo, dejando surcos tras de sí.

Entonces, repentinamente un enjambre revoloteante de peces pequeños viró y se dirigió hacia él como un bandada de estorninos. Pasaron sobre él como una fosforescente nevada y entonces vio detrás de ellos una criatura más grande que avanzaba hacia la esfera.

Al principio podía verla sólo débilmente, era una figura moviéndose lánguidamente que parecía un caminante; después entró en la luz que la lámpara arrojaba. Cuando el resplandor la hirió, cerró los ojos, deslumbrada. Se quedó con la vista clavada en rígido asombro.

Era un extraño animal vertebrado. Su cabeza púrpura oscura sugería vagamente a un camaleón, pero tenía la frente tan alta y un cráneo como jamás ningún reptil había presentado; el perfil vertical de su cara le daba un extraordinario parecido con un ser humano.

Dos grandes y protuberantes ojos se proyectaban desde los huecos —cosió un camaleón— y tenían una ancha boca de reptil con labios córneos bajo sus pequeñas fosas nasales. En lugar de orejas tenía dos agallas enormes, de las que sobresalía flotando un árbol ramificado de filamentos coralinos, casi como las branquias en forma de árbol que poseen todas las jóvenes rayas y tiburones.

Pero la humanidad de su cara no era lo más extraordinario de la criatura. Era un bípedo; su cuerpo casi esférico estaba posado sobre un trípode formado por dos patas como las de las ranas y una larga y gruesa cola; sus miembros delanteros, que caricaturizaban la mano humana, al igual que en la rana, portaban un largo eje óseo cobrizo. El color de la criatura era abigarrado; su cabeza, manos y patas eran púrpura; pero su piel, que colgaba descuidadamente sobre ella, como si fueran ropajes, era de un gris fosforescente. Y allí permanecía,

cegada por la luz.

Finalmente, esta ignota criatura del abismo entornó los ojos y, protegiéndolos con su mano libre, abrió la boca y dio escape a un sonido vociferante, articulado casi como pudiera ser el habla, que penetró incluso en la caja de acero acolchada de la esfera. Como pueda realizarse un sonido vociferante sin pulmones, Elstead no intenta explicárselo. Entonces se movió hacia un lado, fuera del resplandor, adentrándose en el misterio de las sombras que le rodeaban, y Elstead sintió más que vio que venía hacia él. Imaginando que la luz le había atraído, desconectó el interruptor de la corriente. En ese momento algo suave frotó sobre el acero y el globo se inclinó.

Entonces el grito se repitió y le pareció que un eco distante le contestaba. La frotación volvió y todo el globo se inclinó y se ancló en la barra en que estaba enrollado el cable. Permaneció en la oscuridad y escudriñó la inacabable noche del abismo. Y en seguida vio, muy débil y remotamente, otras formas fosforescentes casi humanas apresurándose hacia él.

Casi sin saber lo que había, tentó su tambaleante prisión buscando el pivote de la luz eléctrica exterior y dio por casualidad con su propia lamparita incandescente, que estaba en el hueco acolchado. La esfera giró y le derribó; oyó gritos como de sorpresa y cuando se puso en pie vio dos pares de acechantes ojos que miraban por la ventana inferior y reflejaban su luz.

Al poco unas manos frotaron vigorosamente su caja de acero y se produjo un sonido, bastante horrible en su situación, de la protección metálica del mecanismo de relojería, que estaba siendo fuertemente golpeado. Esto, ciertamente, le puso el corazón en la boca pues si aquellas extrañas criaturas lograban detenerlo, no se produciría nunca su liberación. Apenas lo había pensado cuando sintió que la esfera se balanceaba violentamente y el suelo le presionaba firmemente los pies. Apagó la lamparita que iluminaba el interior y envió el rayo de la lámpara grande hacia el agua exterior. El lecho del mar y las criaturas en forma de hombre habían desaparecido y un par de peces persiguiéndose se dejaron ver por la ventana.

Pensó en seguida que los extraños habitantes de las profundidades habían roto la cuerda y que se había soltado. Ascendió cada vez más deprisa y entonces se detuvo con una sacudida que le lanzó contra el techo acolchado de su prisión. Durante medio minuto, quizás, permaneció demasiado atónito para pensar.

Después sintió que la esfera giraba lentamente y se balanceaba y le pareció que era arrastrado por el agua. Agachándose junto a la ventana, trató de hacer efectivo su peso y de girar aquella parte de la esfera hacia abajo, pero no pudo ver nada salvo el pálido rayo de su lámpara cortando ineficazmente la oscuridad. Se le ocurrió que podía ver más si apagaba la lámpara y hacía que sus ojos se acostumbraran a la profunda oscuridad.

En esto fue sensato. Al cabo de algunos minutos la oscuridad aterciopelada se convirtió en una oscuridad translúcida; y entonces, allá a lo lejos, y tan débil como la luz de una tarde inglesa de verano, vio figuras moviéndose por abajo. Pensó que las criaturas habían desenganchado su cable y le estaban remolcando por el lecho marino.

Y entonces vio algo vago y remoto a través de las ondulaciones de la planicie submarina, un amplio horizonte de pálida luminosidad que se extendía por aquí y por allá tan lejos como el campo de visión de su pequeña ventana le permitía apreciar. Era remolcado hacia allí como un globo desde el campo abierto a la ciudad. Se aproximaba muy lentamente, y muy lentamente el brillo indistinto se concentraba en formas mas definidas.

Eran casi las cinco cuando llegó a esa zona luminosa, y para entonces pudo distinguir una distribución sugestiva de calles y casas agrupadas sobre una amplia elevación sin techo que sugería grotescamente una abadía en ruinas. Estaba desplegada como un mapa bajo él. Las casas eran recintos de muros sin techumbre y su material de huesos fosforescentes, como más tarde vio, daba al lugar la apariencia de estar construido a base de disparates sumergidos.

Entre las cuevas interiores del lugar, árboles liliáceos ondulantes extendían sus tentáculos, y altas, tenues y vidriosas esponjas brotaban como brillantes minaretes y lirios de luz membranosa del resplandor general de la ciudad. En los espacios abiertos del lugar pudo divisar un agitado movimiento de multitudes, pero él se hallaba a demasiadas brazas por encima de ellas como para distinguir a los individuos de aquella multitud.

Entonces le arrastraron lentamente hacia abajo, y mientras lo hadan, los detalles del lugar se introdujeron lentamente en su conocimiento. Vio que los caminos entre los nebulosos edificios estaban señalados por líneas rebordeadas de objetos redondos, y entonces percibió que en diversos puntos por debajo de él, en amplios espacios abiertos, había formas como de barcos incrustados.

Lentamente y con seguridad fue arrastrado hacia abajo y las formas que había bajo él se hicieron más brillantes, más claras, mas distintas. Era llevado, notó, hacia el gran edificio del centro de la ciudad, y pudo echar una ojeada de vez en cuando a las formas multitudinarias que tiraban de su cuerda. Se quedó asombrado al ver que la arboladura de uno de los barcos, que formaba la característica prominente del lugar, estaba repleta de una hueste de figuras gesticulantes que le observaban y a continuación los muros del gran edificio se levantaron silenciosamente alrededor de él ocultando la ciudad a sus ojos.

Y cómo eran las paredes, de madera anegada en agua y cable retorcido, arboladuras de hierro y cobre, huesos y cráneos de hombres muertes. Los cráneos corrían en zigzag, en espirales y en curvas fantásticas sobre los edificios; y dentro y fuera de las cuencas de sus ojos, sobre toda la superficie del lugar, acechaban y jugaban una multitud de pequeños peces plateados.

De repente sus oídos se llenaron de un grave vocerío y de un ruido como un violento resoplido de cuerpos, que fue sucedido por un fantástico canto. Por debajo de la esfera se hundían, más abajo de las enormes ventanas ojivales, a través de las cuales las vio vagamente, gran número de aquellas gentes fantasmales que le observaban, yendo finalmente a posarse en lo que parecía una especie de altar que se levantaba en el centro del lugar.

Ahora estaba en un nivel en el que podía ver a aquellas extrañas gentes del abismo distintamente una vez mas. Para su asombro percibió que se postraban ante él, todos menos uno, vestido según parecía con una ropa de escamas en placas y coronado con una diadema luminosa, que se quedó abriendo y cerrando su boca de reptil, como si dirigiera el canto de los adoradores.

Un curioso impulso llevó a Elstead a encender de nuevo su pequeña lámpara para hacerse visible a aquellas criaturas del abismo, aunque el resplandor las hiciera desaparecer rápidamente en la oscuridad. Tras esta repentina visión de él el cántico dio paso a un tumulto de alborozados gritos; y Elstead, ansioso por observarles, apagó la luz de nuevo y desapareció de su vista Pero durante un rato quedó demasiado cegado para distinguir lo que estaban haciendo, y cuando al final pudo descubrirlos estaban arrodillándose de nuevo. Y así continuaron adorándole, sin descanso o interrupción, durante tres horas.

Muy minucioso fue el relato de Elstead de su asombrosa ciudad y de

su gente, aquella gente de la perpetua oscuridad que nunca habían visto el Sol, la Luna o las estrellas, la verde vegetación ni ninguna criatura viviente de respiración aérea, que nada sabían del fuego ni de ninguna luz que no fuera la fosforescencia de los seres vivientes.

Con todo lo sobrecogedora que pueda ser su historia, todavía es más sobrecogedor saber que científicos tan eminentes como Adams y Jenkins no encuentran nada increíble en ella. Afirman que no ven ninguna razón por la que seres inteligentes, de respiración acuática, criaturas vertebradas habituadas a las bajas temperaturas y a una enorme presión y de tan pesada estructura que ni vivas ni muertas puedan flotar, no puedan vivir sobre el fondo del profundo mar enteramente insospechadas para nosotros, descendientes como nosotros de la gran *Thenomorpha* de la Nueva Era de Arenisca Roja.

Nosotros seríamos vistos por ellos, sin embargo, como criaturas extrañas, meteóricas, que habitualmente caemos de modo catastróficamente muertos de la misteriosa oscuridad de su cielo acuoso. Y no solamente nosotros, sino también nuestros barcos, nuestros metales, nuestras herramientas, llegarían lloviendo de la noche.

Algunas veces objetos de naufragios les golpean y aplastan, como si fueran el juicio de algún poder superior de las alturas, y algunas veces llegan cosas de la mayor rareza o utilidad o formas de sugestión estimulante. Cabe comprender, quizás, algo de su comportamiento ante el descenso de un hombre viviente, si se piensa qué gente bárbara podría parecer a quien se le presentara de súbito caído del cielo una resplandeciente criatura provista de un halo.

En un momento u otro probablemente, Elstead contó a los oficiales del *Ptarmigan* todos los detalles de sus extrañas doce horas en el abismo. Ciertamente también intentara escribir, pero nunca lo hizo, y así, desgraciadamente, hemos tenido que reunir trozo a trozo los discrepantes fragmentos de su historia según los recuerdos del capitán Simmons; Weybridge, Steevens, Lindley y los demás.

Nosotros lo vemos oscuramente en ojeadas fragmentarias: el enorme edificio fantasmal, los cantores prosternados con sus cabezas oscuras de forma de camaleón y su vestimenta débilmente luminosa; y Elstead, con su luz nuevamente encendida, tratando vanamente de llevar a sus mentes la idea de que la cuerda a la que estaba sujeta la esfera iba a ser cortada. Minuto a minuto se soltaba y Elstead, mirando su reloj, se horrorizó al ver que sólo tenía oxígeno para cuatro horas más. Pero el canto en su honor continuó tan despiadadamente como si

fuera la marcha fúnebre de su cercana muerte.

La forma de su liberación no la comprende, pero a juzgar por el extremo de la cuerda que colgaba de la esfera, había sido cortada por el roce contra el borde del altar. Bruscamente, la esfera giró y subió precipitadamente fuera de aquel mundo, como si una criatura etérea envuelta en el vacío volara por nuestra propia atmósfera de regreso a su éter nativo. Debió arrancarse de su vista como una burbuja de hidrógeno se precipita hacia arriba en nuestro aire. Debió parecerles una extraña ascensión.

La esfera se lanzó hacia arriba con mayor velocidad aún que cuando, cargada con las plumadas, se había precipitado hacia abajo. Notó un calor excesivo. Viajó hacia arriba con las ventanas por encuna y recuerda el torrente de burbujas espumeantes contra el cristal. A cada momento esperaba que echase a volar. Entonces, repentinamente, algo parecido a una enorme rueda pareció desprenderse sobre su cabeza, el compartimento acolchado empezó a girar y se desmayó. Su recuerdo siguiente fue el de su camarote y la voz del médico.

Ésta es la esencia de la extraordinaria historia que Elstead relató fragmentariamente a los oficiales del *Ptarmigan*. Prometió dejarlo por escrito en fecha próxima. Su mente estaba ocupada sobre todo por la mejora de su aparato, cosa que llevó a cabo en Río.

Queda solamente por decir que el 2 de febrero de 1896 realizó su segundo descenso al abismo del océano, con las mejoras que su primera experiencia le sugirió. Lo que sucedió probablemente nunca lo sabremos. Nunca volvió. El *Ptarmigan* batió todo el punto de su inmersión buscándole en vano durante trece días. Luego regresó a Río y las noticias fueron teleografiadas a sus amigos. De forma que hasta el presente así está el asunto. Pero es muy probable que se haga algún otro intento de verificar esta extraña historia sobre las hasta ahora insospechadas ciudades de las profundidades marinas.

FIN

NOTAS

[1] No se sabe de ningún europeo que haya visto un *Æpiornis* vivo, con la dudosa excepción de Macer, quien visitó Madagascar en 1745.- H.G.W

[2] Posiblemente tomó la palabra para designar este descubrimiento de Elvisham del alemán; significa «cielo» y también «mágico», lo que querría dar a entender algo así como «polvos mágicos».

[3] laxante compuesto de ácido tartárico, bicarbonato sódico y sal Rochelle.

[4] albúmina: sustancia que se halla en la leche y que se emplea como cola.

[5] Sociedad londinense creada en la segunda mitad del siglo XIX que tenía por objeto el estudio de las ciencias ocultas y el satanismo.

[6] tracería: decoración arquitectónica formada por combinaciones de figuras geométricas.